

Selección RNR

Emma J. Care

EL SABOR
DEL ÚLTIMO
VERANO



Romance Actual

El sabor del último verano

Emma J. Care



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Emma J. Care

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-826-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis abuelos, por quererme y cuidarme como lo hicieron
Por sus recuerdos imborrables que me acompañarán siempre.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

1ª PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

2ª PARTE

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Nota de la autora

Agradecimientos

La historia de Tina y Pablo continúa

Promoción

PRÓLOGO

Verano del 2001

Corrí por el largo pasillo de la casa de mis abuelos huyendo de mí misma; de todos; de él; de las palabras que acababan de asestarme un disparo mortal. A cada paso, una lágrima se desprendía de mis ojos, se deslizaba por mis mejillas abajo hasta perderse en algún sitio. Mis bailarinas chocaban contra el suelo de madera rompiendo el funesto silencio que me rodeaba; mis pisadas, atronadoras, retumbaban en las paredes como los truenos resonaban en la tormenta.

Escapaba de la destrucción que asoló mi vida en cuestión de segundos, que destruyó mi mundo empujándome a un abismo donde solo se sobrevivía a base de un dolor cada vez más punzante, lacerante hasta extremos indecibles.

Sentí en mis propias carnes cómo el amor se transformó en sufrimiento.

Mi pecho se abrió en canal para que un puñal de acero hirviente se clavara en mi corazón y lo descuartizara en mil pedazos imposibles de recomponer. La sangre, congelada en mis venas, me heló el cuerpo que, aun corriendo, estaba frío. En realidad, aunque estuviese viva, ya era un mero cadáver, víctima del dolor infligido. ¿Y mi alma? No tenía. Me la arrebataron; la apalearon con el único fin de no dejar rastro de su existencia.

Corría cada vez más rápido con la sensación de que algo, o alguien, estiraba el pasillo sin permitirme llegar a donde quería. Me movía a cámara lenta.

Cuando por fin lo conseguí, empujé la puerta de la biblioteca y fui directa al teléfono. Ni cuenta me di de que lo había cogido, no era consciente de lo que hacía. Mis dedos, temblorosos, marcaron los números. Al oír el primer tono, colgué; pensaba que me había equivocado. Rápido, pulsé de nuevo los botones. Nerviosa, contrita también, esperé hasta que saltó el contestador. La voz tranquila y pausada de mi padre me derrumbó más. Me mordí el labio

inferior esperando a la señal.

—Papá... —tomé una bocanada de aire—, papá, por favor, quiero regresar a Madrid —le pedí lacrimosa y con la respiración agitada—, no quiero estar aquí. —Hipé—. Por favor, papá, por favor, déjame marcharme hoy...

No pude continuar. El auricular se me escurrió de entre las manos y se estrelló contra el escritorio, aviso del inminente final. Sumida en un ataque de nervios, carente de fuerzas, caí de rodillas en el suelo. Me tapé la cara para ocultarme; así, lloré la pérdida acaecida.

Hecha un ovillo en el suelo, en un absurdo intento por hacerme invisible, esperé la respuesta de mi padre.

1ª PARTE

El amor es la cosa más dulce

Love

*Love is a sweet thing
I sang, love, love, love
Love is a sweet thing*

Love

Love is a sweet thing

Oh yes it is.¹

¹ *El amor / El amor is la cosa más dulce / Yo canto, el amor, el amor, el amor / El amor es la cosa más dulce / El amor / El amor es la cosa más dulce / Oh, sí lo es.* Faith Hill “Love Is a Sweet Thing”. *Breathe*. Warner Bros. 1999.

Capítulo 1

Empezamos bien

Un año antes. Verano del 2000

—Voy a la playa. —Asomé la cabeza por la puerta de la salita, donde mi abuela estaba sentada en su butaca orejera, leyendo.

—Ten *cuidadiño*.

Su voz maternal me hizo sonreír. Era lo más parecido que tenía a una madre. Giré contenta sobre mis pies para salir y aprovechar el sol de media tarde.

—Espera. —Me volví hacia ella, estaba reclinada sobre el reposabrazos. La vi entrecerrar los ojos detrás de sus gafas de pasta oscura—. ¿Llevas reloj?

—Sí, ¿por?

Ladeó la cabeza como si fuese obvio.

—Tina, cuando lees, pierdes la noción del tiempo. —Estiró los labios en una de sus extrañas muecas, con las que expresaba su buen atino. En este caso no le hizo falta intuir mucho: en mi mano derecha sujetaba una novela.

Sin perder la sonrisa de la cara, se la mostré.

—Abuela, no sabría decirte de qué rama familiar me viene el amor por la lectura.

Hizo un gesto con la mano pasando de mi broma.

—Venga, vete ya.

—Hasta luego.

Apurada, como si la playa se marchara de su sitio, recorrí el pequeño pasillo de paredes blancas impolutas y suelo de castaño que desembocaba en el gran recibidor, donde durante todo el día se mantenía abierto el gran

portón. De aspecto pesado, para nada deslucía su antigüedad, al contrario: las tallas, delicadamente trabajadas, sus remaches de metal y el picaporte en forma de cabeza de león le conferían cierta fineza que, a simple vista, parecía no tener. Me resultaba fascinante cómo en Galicia, tierra que me vio nacer, convivían lo antiguo y lo moderno sin importunarse. El primero no restaba importancia al segundo, mientras que este se embecía de la riqueza de lo antiguo. Mi abuelo, gallego de pura cepa, repetía hasta la saciedad: «Toda piedra tiene su historia». Esa vieja casona, en la que veraneábamos desde siempre, era un ejemplo, un reflejo de aquellos tiempos en que las familias pudientes se diferenciaban, las unas de las otras, mediante sus propiedades. Así lo hicieron los Ulloa-Castro en su momento.

—¡Tina!

La voz de Rosario, la señora que nos cuidaba a todos, me sacó de mis pensamientos, y esperé a que saliera de la cocina.

—Toma un pisco. —Me tendió una pequeña bolsita de merienda.

—Rosario, no necesito un...

—Es fruta recién cogida del árbol —me interrumpió, corrigiendo mi error.

—¡Ah! Trae. ¡Gracias! —Le di un beso en su regordeta mejilla y salí feliz afuera.

La luz del sol resplandecía por doquier. Caminé por el mullido campo inspirando ese aroma inigualable a tierra, salitre, hierba cortada, ya que en alguna parte estarían a ello Alfonso, el marido de Rosario, y mi abuelo. Atravesé todo el jardín hasta el borde del acantilado: allí había unos estrechos escalones contruidos en la propia roca. Debía andar con tiento, pues si pisabas mal podías resbalar.

Me encantaba estar allí. Me sentía libre, mi humor irradiaba una alegría inusitada, aunque lloviese y el cielo cayera sobre mí en forma de gotas de lluvia. Nada me parecía imposible, era mi lugar para recargar energías; alejada del calor asfixiante de Madrid en verano; lejos del asfalto abrasador, de la polución. El aire puro procedente de los centenarios carballos, castaños, pinos, que mis ancestros fueron plantando en nuestra finca, como los

eucaliptos del bosque aledaño eran un verdadero baile aromático. Levantarse y ver ese color verde, único, de sus montes y praderas; escuchar el canto de los gorriones entre la llamada del cuco, el graznido del cuervo, mezclado con el grito de la gaviota, o de cuando en vez observar el vuelo sigiloso del águila que surcaba los vientos, a veces ligeros; otras el *nordés* agitaba con toda su fuerza la tierra, acariciaba el mar, te golpeaba la cara y rozaba fresco tu piel. Ese espectáculo solo lo podías encontrar en estas tierras de relieve ondulante, suavizado a través del tiempo y con ese toque agreste que tanto me apasionaba.

Siempre fui una loca enamorada de mi tierra.

Galicia tenía un extraño poder sobre mí, consecuencia de la magia que los viejos decían que emanaba esta tierra.

En el último escalón me saqué las chancletas y hundí los pies en la ardiente arena. Rápido, puesto que la sensación de quemazón era muy intensa, me dirigí hacia la gran sombra proyectada entre dos salientes rocosos. Ya en el fresco me senté en una roca, me re Coloqué el sombrero de paja y abrí la novela donde la había dejado. El murmullo del mar, las olas rompiendo en la orilla, me ayudaron a concentrarme más, a adentrarme por completo en la historia. Me convertí en la propia Tatiana de Pushkin, mientras le escribía la famosa carta a su amado Oneguín. Me sumergí tanto en las letras, en las palabras que un joven corazón recitaba en un papel, que ni cuenta me di de la presencia de otra persona.

Alguien se me acercaba por el flanco izquierdo.

—¡Oye! ¿No sabes que esta playa es propiedad privada? —me llamó la atención una voz masculina a mis espaldas.

Alcé la vista al mar, atónita y, al mismo tiempo, clavada en la roca, cual estatua de sal. Era la primera vez que me echaban de mi propia playa.

—¿Es que estás sorda? —prosiguió el grosero de turno.

Con aparente tranquilidad, me levanté, cerré la novela tan fuerte que retumbó en la roca y la estrujé entre mis manos para encararme con ese ser impertinente, pero la impresión frenó mi cometido. Incluso me mordí la

mejilla por dentro en un intento de que mi mandíbula no se precipitara al suelo, porque delante de mí estaba el chico más guapo del mundo. Mi mejor amiga, Noa, diría: «Está para mojar pan». Su gesto de mala leche le restaba belleza a su rostro de frente amplia con unas cejas muy bien definidas que casi se juntaban en el centro, debido al ceño fruncido que se gastaba, aunque no oscurecían sus rasgados ojos marrones. Pómulos altos y nariz larga daban paso a una boca sugerente de gruesos labios, de los que sobresalía el inferior. Su rostro terminaba en un mentón estrecho, sombreado por una incipiente barba que recubría la sinuosa línea de su mandíbula, ahora tensada, y le daba un aspecto de chico duro. Aun así, era, más o menos, de mi edad.

—No debes estar aquí.

Su voz era un cautivador susurro lejano para mis oídos, ya que, por mucho que quisiera darle una contestación, no podía. Tenía las palabras atrancadas en la garganta; mi corazón brincaba de emoción en mi pecho; sentí las mejillas encendidas, no por la acción del sol. No era capaz de separar la vista de él. Era demasiado atractivo.

—¡Fuera! —Señaló las escaleras con su dedo índice.

—Me estás echando —afirmé, petrificada por su orden.

Fue lo único que pude articular. Sí, también lo más ridículo que dije en mi vida.

—¡Anda! Si hablas y todo —se chanceó irónico—. ¡Fuera!

Pegué un brinco asustada. Su voz no era ni un mero reflejo del gesto crispado de su rostro: sus labios fruncidos, las alas de la nariz abierta, sus ojos entrecerrados, confirmaría que inyectados en odio. ¡Claro que me fui! No quería estar cerca de ese loco.

Pero aquello no había terminado. La batalla no había hecho más que empezar.

Subí las escaleras descalza, sin preocuparme un ápice la posibilidad de despeñarme barranco abajo. Me daba igual ese detalle. La furia corría por mis venas a toda velocidad, la sangre me hervía hasta tal punto que me consumía la piel, y todo por mi falta de reacción ante ese energúmeno. Estaba cabreada conmigo misma. No era de las que se amilanaban, tenía el arrojo suficiente para enfrentarme a cualquiera, sin embargo, en esta ocasión, su belleza jugó en mi contra.

—Esto no va a quedar así —bufé frustrada, subiendo un nuevo escalón.

Todavía más enfadada conmigo misma, llegué arriba con los dientes tan apretados que la mandíbula me dolía, los labios apretados, al igual que mis puños. No recordaba haber estado tan cabreada como en ese momento. A un lado del jardín, se dibujó la silueta de mi abuelo.

—¡Abuelo! —lo llamé.

Eché a correr hacia él, nerviosa. Era mi oportunidad, una señal del Destino que no debía dejar pasar si quería hacer justicia para que ese tío no quedase impune.

Se detuvo mirando en mi dirección. Su rostro alargado, que aún mostraba el atractivo de antaño, se tornó preocupado a medida que me acercaba. Llegué junto a él casi sin aliento. Él me sujetó por los hombros, escrutándome alarmado.

—Tina, ¿qué ha pasado?

—Hay un chaval en la playa que me acaba de echar —le resumí todo en esa frase.

Alzó las cejas sorprendido. Me soltó y dio un paso hacia atrás más relajado. No era lo que esperaba.

—¿Al menos le dirías que la playa te pertenece?

—No, no lo hice, preferí callarme. Estaba muy molesto con mi presencia —le mentí.

Mi abuelo, con las manos apoyadas en las caderas y una sonrisa ladeada, asentía como si estuviese procesando la información. De inmediato me

arrepentí de mis propias palabras. Tragué saliva mezclada con un extraño resabio. Tenía lo que me merecía por idiota. Avergonzada, bajé la mirada, así, escondía el poco orgullo que me quedaba.

—Espera aquí un momento.

Levanté la cabeza hacia él cuando se daba media vuelta. Asustada, lo agarré por la vieja camisa que vestía.

—Abuelo, no hace...

—Tranquila, creo que sé cómo solucionar este malentendido.

«¡¡Disculpa!!» grité para mí misma. ¡Malentendido! ¡¿En serio?! Si era broma de mi abuelo, era de muy mal gusto.

Me dio unas palmadas en la cabeza, a modo de caricia, y siguió su camino hacia casa; mientras, yo, en medio del jardín, trataba de encontrarle sentido a esa palabra. No había ningún malentendido: verlo de ese modo era tener mucha imaginación, algo de lo que mi abuelo carecía, o eso creía.

A los pocos minutos salió de casa con ese ademán, típico en él, que lo hacía parecer superior a los demás. Quizá su casi metro noventa de estatura ayudaba a ello. Sin embargo, no era tan fiero como aparentaba. Al tratarlo era el hombre más amable, generoso, que conocía. Siempre tenía las palabras adecuadas para ese instante en el que te sentías zozobrar, o un sabio consejo cuando se lo pedías. Escuchaba pacientemente los problemas; era justo y cavilaba sus decisiones al detalle. De hecho, todavía mi padre, así como Santiago Hernández de Huría, acudían a él en busca de su opinión a pesar de estar retirado hacía ya algunos años. No me costaba reconocer que lo admiraba desde niña.

—Vamos. —Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—¿Adónde?

—A la playa, ¿adónde va a ser? —contestó en tono simpático.

¡No podía ser verdad! De repente, comprendí sus intenciones: enfrentarse a ese fulano. Cerré los ojos pidiendo que la tierra se abriese y me engullera entera. Iba a quedar como una niña malcriada a ojos de él.

Un escalofrío me recorrió entera.

Tuve miedo. No miedo por mí, sino por mi abuelo, a que le sucediese algo malo por mi culpa. Pesarosa, asustada, bajé las escaleras detrás de él.

Cuando llegamos, el consabido fulano, que lo que tenía de atractivo lo tenía de gilipollas, estaba con un hombre mayor al que reconocí enseguida: Lucas Hernández de Huría, el mejor amigo de mi abuelo, además del fundador del banco en el que mi familia contaba con más de la mitad de las acciones. Sí, los Ulloa-Castro y los Hernández de Huría siempre estaríamos unidos por el trabajo. Un destino, en mi caso, impuesto por nacimiento del que quería huir corriendo si pudiese.

Lucas es también propietario de esta playa, al igual que nosotros. Era propiedad de las dos familias desde hacía generaciones, ya que se ubicaba entre las dos propiedades.

Nada más verse, los dos se fundieron en un abrazo que seguía mostrando la camaradería compartida a lo largo de sus vidas.

—Álvaro, amigo.

—Hola, Lucas. Hace días que no te veo, estaba preocupado.

—Sí, lo sé y lo lamento, pero, ya sabes, hay veces que preciso de la soledad. —Cabeceó un poco.

Mi abuelo, por su parte, chasqueó la lengua en disconformidad. La verdad, la apariencia de Lucas, aunque buena, reflejaba una pena que arrastraba con pesar. Desvió sus ojos marrones hacia mí y su tristeza se aflojó al sonreírme con ternura.

—Tina, cuánto tiempo, estás hecha toda una mujer. —Compartieron una mirada cómplice—. Tiene a quién parecerse.

Mi abuelo, orgulloso, asintió hacia mi dirección.

—Hola —saludé escueta.

—Pablo, acércate —le invitó Lucas a este encuentro.

«Así que tiene nombre», pensé irónica. Hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano. Su cercanía tensó mi cuerpo y, para

protegerme de él, pegué al pecho, a modo de escudo, el libro que aún no había soltado. Su presencia me hacía temblar las piernas. Me hacía sentir insegura.

—Tina, te presento a mi nieto, Pablo. —Lucas lo abrazó por los hombros. No podía disimular su orgullo.

—Pablo, ella es mi bien máspreciado, mi nieta, Tina...

—Valentina —corregí, dejando a todos estupefactos. Mi abuelo me dirigió una mirada reprobatoria sin comprenderme—. Para él soy Valentina. —Lo señalé sin importarme la educación.

—Lo lamento, no debí tratarte tan mal, no sabía quién eras...

«¡Vaya trola!», me dije. Desconecté; era la disculpa más falsa que escuché jamás. Parecía arrepentido, porque sus bonitos y atrayentes ojos marrones así lo mostraban, pero no me colaba. Todo era una farsa. Había creado esa pantomima por respeto a nuestros abuelos, estaba convencida.

—Sí, sí. —Le di la razón como a los locos.

—¿Eso es una disculpa? —me censuró mi abuelo, cruzándose de brazos. Me encogí de hombros. No tenía por qué aceptar sus disculpas.

—Álvaro, son cosas de jóvenes, dejémoslos que solucionen sus cuitas. —Lucas metió las manos en los bolsillos de su pantalón al tiempo que alternaba su mirada, también marrón, entre su nieto y yo.

Era increíble el parecido entre ellos, salvo por un detalle: el nieto era algo más bajo que su abuelo. Me sorprendí a mí misma observándolos; no me cansaba, sobre todo a Pablo, que lucía más tímido. Apenas me miraba.

—Tienes toda la razón.

—Mañana a la tarde te espero en casa. —Lo invitó.

—Hecho, así terminamos esa partida que quedó a medias.

Un apretón de manos y unas carcajadas fueron suficientes para cerrar el próximo encuentro.

—Me alegro de verte, Tina. —Lucas ladeó la cabeza, mirándome con cariño.

—Igualmente.

—Hasta la vista, señor Ulloa-Castro —Pablo le estrechó la mano a mi abuelo.

—Muchacho, hasta pronto.

Mi abuelo y yo volvimos sobre nuestros pasos. Por el camino recuperé mis chancletas y la bolsa, olvidadas en la arena.

Descubrir que el gilipollas de turno, en el futuro, se convertiría en mi inseparable compañero de trabajo me sentó como una bofetada. Los nervios me agarrotaron el cuerpo; el estómago me subía y bajaba en movimientos espasmódicos que acrecentaban las ganas de vomitar.

Me arrepentía de haber venido a la playa.

—Adiós, Tina —oí la despedida de Pablo a mis espaldas.

Su voz clara, dulce, al pronunciar mi nombre, tuvo su efecto inmediato: temblé. El nerviosismo inicial se transformó en una punzada de excitación que se asentó en mi bajo vientre. Mi corazón, músculo singular donde los haya, brincó de alegría en mi pecho, acelerándome el pulso. Así, abrazada todavía a la novela, una curiosidad malsana me llevó a girar la cabeza hacia atrás en el instante exacto en que Pablo hacía lo mismo. Nuestras miradas, sin rastro de rechazo o enfado, se encontraron, y a duras penas pude separarla de él, pues cada vez me resultaba más fascinante.

Capítulo 2

Las cuerdas de una guitarra

Hacía dos días que no bajaba a la playa. ¡Dos! Mi abuela sospechaba algo, tenía un sexto sentido muy bien afinado para su edad. Me escrutaba con detenimiento militar, buscaba cualquier resquicio en el que adentrarse y, así hacerme flaquear. Pero esta vez le salió el tiro por la culata. No tenía pensado confesarme ni con el cura del pueblo.

Lo peor eran las miraditas de mi abuelo.

Él conocía la historia y entreveía mi plan: evitar la playa conllevaba no ver a cierto personaje. Al principio sus ojos verdes eran reprobatorios; después de su visita a casa de Lucas eran divertidos. Sí, mi abuelo se reía de mí. Esa era la sensación que me daba, porque me miraba y su boca se estiraba en una pícaro sonrisilla, principalmente cuando mi abuela no rondaba cerca. Su actitud me alteraba mucho a pesar de mostrar una apariencia tranquila. Procuraba en todo momento mantener la compostura, aunque cada vez me costaba más. De modo que pensé en una solución y la encontré.

Durante esos dos días me recliné en la vieja casita del árbol construida en un antiquísimo castaño, donde jugaba de niña. Para matar las horas muertas, contemplaba el horizonte por sus pequeñas ventanas; me tumbaba sobre los tablones y dejaba que el reloj corriese. Leer no podía; en mi estado era un arduo trabajo de concentración, debido a que en algunas escenas me imaginaba que éramos Pablo y yo, no dos personajes ficticios surgidos de la pluma de Pushkin. Mi encierro autoimpuesto, vino acompañado por un calor abrasador para ser Galicia. El bochorno cargaba el ambiente, sudaba aun estando quieta; apenas podía pegar ojo, me molestaba el colchón. Solo la sombra, de vez en cuando, daba un respiro con una ligera brisilla.

En ese lugar podía poner distancia con lo ocurrido aquella tarde, cosa que mi abuelo no me lo permitía. Yo quería olvidar ese detalle que me hacía hervir la sangre y me traía la imagen de Pablo a la mente. Bueno, esto último no era del todo cierto: su recuerdo, persistente, venía a mí sin previo aviso. No era capaz de alejarlo o relegarlo a un rincón. A veces, me parecía escuchar la voz de Noa preguntándome: «¿Eso es lo que quieres?» Mi respuesta era el silencio. No lo tenía claro.

Ese chico ocupaba mis pensamientos en su totalidad, incluso me sorprendía a mí misma pensando en él. No entendía qué me pasaba. Era cierto que nunca había estado enamorada y sabía por Noa que en ese estado entrabas en una especie de bucle en el que solo estaba esa persona. En mi caso podía recrearme en cada uno de sus detalles debido a la radiografía que le había hecho: metro ochenta, no más. Delgado, de hombros anchos, fuertes, quizás debido a la práctica de algún tipo de deporte. Su espalda y su torso estaban enfundados en una camiseta imperio blanca que contrastaba con su piel color canela, enrojecida un poco en la base del cuello, bien por el cabreo, bien por el sol, que aclaraba su cabello castaño claro, cortado más por los lados y dejando más volumen en la parte de arriba, peinada en una simpática cresta.

«¿Enamorada?!», me grité a mí misma.

Puse los ojos en blanco.

Vamos, lo mío fue *express*, mejor dicho, un flechazo. Ante tal conclusión, tumbada en el suelo, me tapé los ojos con el brazo. ¿Cómo podía ser? ¿Bastaba con verlo una vez? Resoplé por mi ignorancia en esos temas.

—¡Maldito Cupido! —mascullé sin saber si alguien me escuchaba.

La réplica me la dio la suave melodía de una guitarra. Me incorporé para saber quién tocaba, me asomé por el ventanuco, pero las ramas del árbol se interponían. No conocía a nadie que supiese tocar un instrumento musical. Salté al suelo y escudriñé el jardín dispuesta a encontrar al músico. No había nadie, giré sobre mis pies para cerciorarme bien. Nada, estaba sola, mientras la guitarra sonaba delicada a cierta distancia. Con los brazos en jarras,

frustrada por mi mal sentido de la orientación, mis ojos se clavaron en el acantilado y dos palabras asaltaron mi mente: la playa. Mis labios se estiraron en una mueca de desaprobación. A medida que las agujas del reloj se movían, yo me dividí en dos: una parte de mí me decía que no fuera; la otra, algo más inconsciente, me empujaba a la aventura por una única razón: saber si era Pablo.

Y no se equivocó.

Bajé las escaleras y lo vi sentado como un indio sobre la arena. Estaba muy concentrado en el movimiento de sus dedos; tenía los ojos cerrados, dejándose arrastrar por la música.

Cautelosa, me acerqué a él. No quería importunarlo, sino todo lo contrario, la magia que desprendía me empujaba hacia él que ni cuenta se dio de mi presencia en un principio; normal, estaba en su mundo paralelo. En el momento en que los abrió, como si me percibiese, su expresión cambió por completo, pasó del asombro al fastidio en cuestión de segundos; el marrón de sus ojos se oscureció a pesar de la claridad del sol. No me equivocaría si dijese que su estado de ánimo también lo hizo: dejó de tocar.

—Ya me voy. —Ágil, se levantó de un salto dispuesto a marcharse.

—No hace falta —reconocí en un intento por pararlo.

Me obvió, literalmente. Lo supe porque no nos separaba una distancia tan grande como para que no me escuchase bien. Dispuesto a cumplir su palabra, comenzó a caminar.

—Quédate —le ordené sin querer a media voz. Solo pretendía que tocase para mí una última vez.

Se paró en seco. Los nervios me subieron por el estómago arriba. Esperaba que no se tomase a mal mi petición. Se giró hacia mí enarcando una ceja en señal interrogante.

—Salió mandona la niña. —Me percaté de su ironía—. ¿Quieres que me quede?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí —repetí mi afirmación.

—¿Por qué?

Un poco harta de tanta pregunta, le fui sincera:

—Me gusta cómo tocas la guitarra.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, pero, cohibida, la bajé. Mis propias palabras me sonrojaron las mejillas, me lo advirtió el calor que sentí en ellas. Más nerviosa que en mi vida, comencé a frotar las manos en el *short* vaquero.

—Vale. —Se sentó cerca de donde había estado antes—. ¿Quieres alguna canción en especial?

—Me da igual.

Asintió perdido en sus pensamientos. Frotaba las cuerdas con la palma de la mano, así no producía ningún sonido, hasta que volvió a puntearlas.

—Ven, sienta. —Hizo un gesto con la cabeza para que me acercase a él.

Me costó un poco que mi cuerpo reaccionase, estaba agarrotado. Era como si mis articulaciones se convirtiesen en piedra. Al final, me obedeció y pude acomodarme a su lado, un tanto alejada de él. A esa distancia comprobé que sujetaba la guitarra con suma delicadeza y sus dedos acariciaban las cuerdas hasta hacerlas cantar. Ese simple movimiento fue muy hipnótico, era incapaz de separar los ojos.

«¿Tocará todo con la misma suavidad?», pensé para mis adentros. Azorada, alcé las cejas y me volvieron a arder las mejillas. Mi atrevimiento había ido demasiado lejos. Sin embargo, deseé, por primera vez, que me recorriesen el cuerpo de esa manera. Consciente de que mis pensamientos me podían jugar una mala pasada, debía hablar, preguntar lo que fuese, más que nada para enfriar mi calenturienta mente.

—¿Dónde aprendiste a tocar? —pregunté sin ánimo de parecer cotilla.

—Me enseñó Julián, mi mejor amigo —contestó sin perder el compás de las notas que apretaban sus dedos—. Él iba a clases de guitarra y un verano

que no pude venir, aprendí.

Si siguió hablando, no le presté atención, porque estar junto a él, verlo, escuchar su guitarra, me relajó. Entré en una especie de trance en el que solo la música tenía cabida, y él, por supuesto. La pieza era famosa, me sonaba mucho, aunque no sabía ubicarla si en una película, serie o qué.

—¿Qué tocas? —No me prestaba atención, tenía los ojos cerrados.

—Es una canción francesa.

—¿Sabes francés?

La curiosidad no era buena consejera, así que, intuyendo que mi intromisión podía ser causa de un mal mayor, pegué las piernas a mi pecho a modo de escudo protector, las rodeé con los brazos y clavé los ojos en la orilla para evitar una mirada reprobatoria.

—Mi madre es francesa —aclaró. Su tono transmitía total tranquilidad—. Mi abuelo emigró a Francia muy joven, allí conoció a mi abuela. No volvió a España, salvo para la boda de mis padres...

—Se conocieron en Francia —supuse.

—¿Quiénes?

—Tus padres. —Volví los ojos hacia él por si me estaba tomando el pelo.

—No, en Madrid, mi madre trabajaba en un colegio —me explicó—. No es la única extranjera en mi familia: mi abuela paterna era inglesa, amante de la copla y la zarzuela. —Alzó sus ojos sonriéndome—. Tendrías que escucharla cantar con ese acento guiri —se rio al recordarlo.

Tenía una risa tan contagiosa que no pude evitar contener la mía.

—Debía de ser muy gracioso.

—Lo era. —Dejó de tocar para centrarse en mí. Su mirada se tornó dulce, lo que produjo que mi corazón perdiese varios latidos—. ¿Y tu familia?

—Sabes todo sobre nosotros, estoy segura —afirmé.

Enterré los pies en la arena.

—¿Conocías tú la historia que acabo de contarte? —preguntó con acierto.

—No.

—Yo tampoco sé mucho de la tuya, en casa no hablamos todo el día de los Ulloa-Castro ni del banco —confesó.

Pablo esperaba paciente una respuesta por mi parte. Inspiré profundamente, lo lógico era corresponder de la misma manera. No lo hice esperar más:

—En mi familia somos todos españoles, aunque ocurre algo muy singular: los hombres son gallegos y las mujeres, madrileñas.

—¿De verdad?! —exclamó con aire divertido.

—Sí. Mi hermano y yo rompemos esa tradición.

—Un hermano. —Se agarró más fuerte a la guitarra—. Soy hijo único. —Reconocerlo, lo puso más afligido, incluso el aire que nos rodeaba cambió un poco.

No sabía bien dejarlo así, por eso me vi en la obligación de sincerarme con él:

—Puede decirse que yo también. Murió a los dos años en un accidente de tráfico junto con mi madre.

Nunca contaba ese episodio del cual no tenía ni un solo recuerdo. Era muy pequeña cuando sucedió; tenía tres años, uno más que Martín. En casa tampoco se hablaba de este tema, todavía causaba bastante dolor, sobre todo a mi padre, que, en algún momento, ordenó retirar las fotografías de ellos, quedando relegadas a las hojas de los álbumes.

—Joder —protestó—, qué mano tengo contigo.

Me dio un suave apretón en el hombro. Mi piel, bajo sus dedos, se erizó, se calentó hasta casi derretirse. Una extraña electricidad me recorrió el cuerpo, estalló en mi bajo vientre a modo de pinchazo, a la vez que mil mariposas revoloteaban traviesas en mi estómago. Ya no podía reírme de Noa. Las sensaciones de las que me había hablado eran íntegramente verdaderas. Cerré los ojos sin moverme. Quería que el tiempo se congelase en esa caricia, que su tacto quedase impreso en mí. Nunca había sentido algo semejante. ¡No me conocía! Incluso, un suspiro se quedó colgando entre la punta de la lengua y mis labios que, como pude, disimulé.

—No pasa nada, no me acuerdo de ellos, así que no me puede doler —le expuse, tratando de sonar impassible a su contacto.

—Esas palabras son muy duras. —Tan pronto como lo dijo, se separó de mí.

Cambié de postura, me senté de lado apoyada en mi brazo izquierdo. Fijé la vista en él. Me observaba como si quisiese adentrarse en mí.

—Es la verdad. No puedo decir lo contrario, estaría mintiendo.

—Vale, pero suena duro.

—Pablo, tenía tres años, no puedo acordarme de ellos. —Me encogí de hombros.

No se pronunció, solo ladeó un poco la cabeza y bajó la mirada a la arena. Cerré la mano derecha en mi regazo procurando no cometer la locura de acariciarle la mejilla. La barba había crecido desde que no lo veía.

«¡Por Dios, qué guapo es!», exclamé para mis adentros. Debía dar gracias que el sol nos daba de pleno, así pensaría que la causa del color de mis mejillas era el calor.

—No vas a volver a estar sola —soltó de repente, con una extraña intensidad en sus ojos.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño perpleja y la mandíbula se me descolgó hasta el suelo.

—No te voy a dejar sola.

Estaba claro que empezaba a sufrir una insolación, ya no razonaba muy bien.

—No, no estoy sola...

—Yo me entiendo —me interrumpió—. ¿Qué hora es?

Alcé la mano y, limpiando un poco el reloj vi... ¡Habían pasado dos horas!

—Las ocho y media, debo irme.

—Yo también —dijo mirando hacia el acantilado en el que estaba su casona—. Mañana por la tarde voy a ir hasta el riachuelo, vente.

—Bue... bueno... no... —Se me atascaban las palabras en la garganta, no contaba con esta invitación tan repentina.

De un salto se puso en pie con la guitarra en las manos. Muy caballeroso, me ofreció una para ayudarme. La acepté y, ¡hala!, allí estaba esa electricidad de nuevo, efecto del roce de nuestras pieles. Lo miré, quería saber si él sentía ese fognazo que chispeaba entre nosotros. Su rostro no mostró alteración alguna.

—Mañana te espero allí y no acepto una negativa.

Empezó a caminar en sentido contrario al mío.

—Pero... —susurré.

—Hasta mañana, Tina.

Capítulo 3

Ese momento en el tiempo

—Tina, no se juega con la comida.

La advertencia en la sosegada voz de mi abuela me hizo bajar a la tierra cuando quería seguir en la nube que había creado el día anterior. La miré desconcertada, no sabía a qué se refería. Estaba sentada frente a mí, a la derecha de mi abuelo, siempre con la misma postura recta, la vista pegada al plato, y utilizaba los utensilios con una elegancia propia de la realeza.

—No juego con la comida —me defendí como pude.

—Mira tu plato, anda.

Me arrepentí nada más bajar los ojos: era la primera vez que las patatas fritas aliñaban la ensalada. Aunque la peor parte se la llevó el filete, parecía un maniquí con el que se había practicado tiro. Mi abuela tenía razón, no había dado bocado. Ni ganas tenía. La ansiedad me cerraba el estómago debido a la invitación inesperada de Pablo. Me cortaba la respiración cada vez que la recordaba; me hacía sonreír y me había arrebatado el sueño, consiguiendo que mi noche se alargase hasta límites insospechados. Eso solo me ocurría cuando tenía exámenes. A veces, mientras escuchaba retumbar las campanadas del viejo reloj de pared del salón, me pellizcaba para demostrarme que no estaba soñando, porque aquella frase sonaba a cita en mi alocada imaginación. Había una fina línea divisoria entre las dos. Así, la ilusión pasaba a la alegría desbordante que todo el mundo podía ver reflejada en mi cara.

Pese a no tener muchas ganas, comencé a comer.

—¿Cómo llevas la lectura? —inquirió, interesada—. Esta mañana quería preguntarte y se me olvidó.

—Bastante bien, aunque voy lenta, no me quiero perder ningún detalle — mentí. Llevaba días sin leer.

—¿Qué libro lees? —intervino mi abuelo. Tomó su copa de vino inclinándose un poco en la silla.

—*Onegin*, de Pushkin.

—Buen libro, recuerdo que fue el primero que me recomendó tu abuela, después leí *Doctor Zhivago*.

—¡*Doctor Zhivago*! —Abrí los ojos cuanto me dieron, no conocía la vena lectora de mi abuelo.

—Sí, me duró poco en las manos...

—No le hagas caso —le interrumpió mi abuela—, tardó algo más de un mes en terminarlo. Es verdad que trabajaba en la fábrica, pero cuando llegaba solo tenía ganas de hablar, no se callaba ni en cama.

Los dos sonrieron a un tiempo. Llevaban juntos toda su vida y aún se acordaban de esos pequeños detalles. Eran mi prototipo de pareja ideal. Ni una riña, ni un mal gesto, solo sonrisas.

—Hoy voy a dar una vuelta al riachuelo —les informé.

—Muy buena idea, en esta época del año, la zona es preciosa —puntualizó él.

—Tenemos que ir por allí, Álvaro —dijo mi abuela casi con alegría juvenil. Dejó los cubiertos en el plato y se limpió con la servilleta antes de seguir—. A lo mejor hay *careixóns*².

—¿Qué es eso? —Fruncí el ceño. Nunca había escuchado ese nombre.

—Fresas silvestres —me tradujo—. Las conocí gracias a tu abuelo y son muy sabrosas.

—Y no me equivoqué. —Le guiñó este un ojo en actitud cómplice.

—Nunca te equivocas.

Viendo la posibilidad de que se pusieran tiernos, me levanté de la mesa para prepararme sin terminar de comer.

—Abuela, si los encuentro, te traigo unos pocos.

—Gracias, cariño —me respondió sin apartar sus ojos azul zafiro de mi abuelo.

Montada en mi bicicleta rosa palo, me encaminaba a la entrada de la propiedad familiar por el ancho camino de grava flanqueado por unas enormes y cuidadas tuyas que siempre recordaba ahí. Además, desde abajo, pues la casa estaba construía en un alto, hacían un efecto cortina que no permitía a ojos ajenos asomarse ni observar la casona. Al final, una muralla de piedra gris natural, de diferentes tamaños, la separaba de la carretera general. Giré a la izquierda, desvío que me llevaría directa al monte colindante que, otrora, mis antepasados utilizaban para pasto de los animales. Hoy en día esa senda no se inutilizaba, a no ser, por algún que otro senderista.

Era una fabulosa tarde de principios de verano. El cielo, amplio sobre mi cabeza, que albergaba el vuelo de dos solitarias gaviotas, estaba de un azul deslumbrante. Su brillo se difundía en la naturaleza desbordada de vida, en una perfecta combinación entre el verde de la hierba y el rojo intenso de las amapolas que, salvajes, nacían en estos lares salpicando de color los campos. Pronto dejé ese idílico paisaje para adentrarme en otro no menos espectacular. El monte me dio la bienvenida con sus altos eucaliptos de refrescante perfume, centenarios carballos, impresionantes castaños y nogales. Sus altas, retorcidas o inclinadas ramas creaban un singular claroscuro, tanto era así que, en esas partes del camino donde la luz del sol no llegaba, la tierra estaba húmeda. También se notaba en el ambiente la cercanía del río que propiciaba un agradable frescor. No debía de estar muy lejos porque, a través del rotar de las ruedas sobre la tierra, podía escuchar su discurrir. No me equivoqué. Al poco tiempo llegué a una explanada de hierba alta, salpicada por unos cuantos árboles y atravesada por el río que bañaba

estas tierras. Me llamó la atención cómo un sauce llorón se inclinaba sobre él rindiéndole pleitesía. Sentado a sus pies, Pablo jugaba con una gramínea perdido en sus pensamientos.

Me bajé de la bici y la dejé en el suelo, justo en el momento en que él se percataba de mi presencia.

—¡Ey, hola! —Se levantó de un salto, regalándome una gran sonrisa—. Pensé que no venías.

—¿Por?

Pablo se acercaba a mí con paso decidido, y yo a él. Entre los dos salvamos la distancia que nos separaba.

—No habías dado una respuesta clara. —Tímido, bajó la cabeza, rascándose la nuca.

—Aquí estoy —dije con voz queda.

—Te veo.

Sus ojos marrones se clavaron en mí con una fuerza inusitada. Nuestras miradas quedaron prendidas en un baile lento que me empujaba a pegarme más a él, a abrazarlo hasta el fin de mis días. Era tal la fuerza de la atracción que me asusté de mí misma, de mis sentimientos. Al regresar a la realidad, me di cuenta del silencio que nos rodeaba. Debía romperlo, pues él estaba en el mismo estado que yo, o eso me pareció.

—Tengo un encargo —dije sin más, mirando de un lado a otro.

—Muy bien, ¿qué hay que hacer? —preguntó, solícito.

—Buscar *careixóns* —le expliqué.

Me alejé un poco de él, más que nada, para relajarme.

—¿Qué es eso? —Su voz sonó extraña detrás de mí.

—Fresas silvestres —traduje—, nunca las vi, no sé cómo son.

Comencé a mirar el suelo entre las gramíneas y la hierba de color verde intenso en busca de algo parecido a una fresa mientras ponía distancia entre nosotros. No sabía qué estaba sucediendo esa tarde, solo tenía una cosa clara: si Pablo abría los brazos me lanzaría a ellos. Sin embargo, sentía su presencia

a mi espalda, ya que la fuerza que desprendía, de la cual no me percaté hasta ese día, era un imán sobre mí. Avancé un poco más; intenté olvidarme de él, cuando me adelantó. Fue casi al borde del río, donde los arbustos y árboles protegían esa zona de tierra de los excelsos rayos solares.

—¡Ven! —Me hizo un gesto con la mano para que me acercase.

Me acerqué a él y ahí estaban: unas pequeñas plantas, de cuyos estrechos tallos pendía una fruta similar a la fresa pero más diminuta, redonda, muy colorada. Volví los ojos a Pablo que sonreía con aire de suficiencia.

—¿Son esos? —Me acuclillé a su lado.

—Deben serlo, es lo más parecido a una fresa que hay por aquí. —Cogió una con sumo cuidado y se la metió en la boca; sus sienes se movían de manera hechizante al masticar—. ¡Están cojonudas! Toma, prueba.

Sin darme tiempo a decir nada, me metió una en la boca. No se equivocaba. Esas fresas en miniatura eran una verdadera explosión de sabor, más incluso que las grandes.

—¿Has traído algo donde llevarlas? —inquirió comiendo otra.

—En la cesta de la bici tengo un recipiente.

—Muy bien, voy a por él.

Se levantó, como siempre, con una agilidad felina. Inspiré para retener en mis pulmones su aroma a jazmín, almizcle y otras notas verdes que no supe distinguir. Cerré los ojos al tiempo que mi cuerpo se rendía a esa punzada similar a la excitación. Llegó a mi lado ignorante de lo que me pasaba, lo cual yo agradecía, porque si no saldría corriendo.

En silencio empezamos a llenar el cuenco que Rosario me había dado. No me atrevía a mirarlo. A veces sentía sus ojos sobre mí; de reojo veía su expresión plácida, alegre, diría que se lo pasaba bien. No entendía por qué, no estábamos haciendo nada divertido, aunque me alegraba que mi persona no le provocase rechazo.

—Mañana, en la playa —rompió el silencio, de repente.

—¿Qué? —Me volví hacia él desconcertada.

—Mañana —repitió— quedamos en la playa.

Lo miré fascinada. Era increíble su capacidad de planificación sin contar con los demás. Decidida, me negué a ceder tan pronto.

—A lo mejor mañana no puedo.

—Sí puedes.

—¿Cómo lo sabes? —solté, molesta por su seguridad.

Me fijé en una hoja que había caído sobre su alborotado pelo.

—Estás en mi misma situación, sola —afirmó, contundente.

—Vale.

Alcé la mano y se la quité. Las yemas de mis dedos rozaron su suave pelo brillante. Mi mano tembló, ansiosa por perderse entre sus mechones, por darle una verdadera caricia. Me contuve. Debía hacerlo o no sería dueña de mis propios actos. Empecé a sudar y no precisamente de calor: el corazón me galopaba en el pecho igual que un caballo salvaje, la respiración se me aceleró un poco y un hormigueo me cubrió el abdomen.

Pablo enarcó una ceja en mi dirección. Ese movimiento impelió mi mano hacia su mejilla.

—Tenías una hoja —comenté, con el aire congelado en mis pulmones.

Mi mano quedó anclada allí unos segundos. Acariciarlo por primera vez fue mágico y raro a partes iguales, ya que la fina piel de su pómulos contrastaba con la aspereza punzante de su incipiente barba. Ese simple roce consiguió que notase una corriente eléctrica que me recorrió entera. Él también la sintió, pues sus ojos resplandecieron en un tono similar al *whisky*, como si un rayo los atravesara. Comprobarlo, ser testigo de ello, hizo que mi corazón volase sin alas al paraíso.

—Tina... —susurró. Me fijé en su boca de labios rosados, algo entreabiertos. Embrujada, los acaricié con la yema de mi pulgar y sentí en mi piel su cálido aliento que me hizo estremecer—. Sigamos cogiendo más.

La invisible burbuja que se había originado a nuestro alrededor se rompió, me escupió a la realidad, lugar del que no tendría que haber salido. Un nudo

se aferró a mi garganta. La oprimió, la cerró, dificultándome tragar. No supe cómo, logré centrarme en las frutas, buen modo para esconder la decepción y la vergüenza por pensar que él podía sentir algo por mí.

Al menos me quedó claro que era una ignorante en los asuntos del corazón y del amor.

—Por cierto, me dijo mi abuelo que tú y yo ya nos conocíamos — comentó, dejando algunos *careixóns* en el cuenco—. Varias veces jugamos juntos de niños.

—No me acuerdo —le respondí sin levantar la vista.

Ya no me cogía de sorpresa, porque con referencia a Pablo mi cerebro se había bloqueado y se negaba a recordar.

—Tampoco yo. ¿Me harías un favor?

—Claro.

—Pregúntale a tu abuelo. No es que no me fie del mío, pero me extraña que no nos acordemos.

—Está bien.

Eché el cuerpo hacia delante para coger una fresa en forma de canica y la fuerza de la gravedad, con su rapidez habitual, tiró de mí haciéndome perder el equilibrio. Grité y cerré los ojos ante la inminente caída, una que nunca llegó. Unos brazos fuertes me sujetaron por la cintura, no obstante, no impidieron que cayésemos los dos. Encima de él, con la nariz pegada a su camiseta, respiré no su perfume, sino su esencia; bajo mi mejilla oí el ritmo acelerado de su corazón, muy acompasado al mío. Su pecho vibró. Nerviosa, azorada al máximo, me incorporé. Pablo contenía la risa, lo que no me hacía ninguna gracia, pues la situación, para mí, se complicaba más.

—Lamento si te hice daño.

Él no respondió. Me imaginé que estaría partiéndose de la risa, aunque no lo oyese.

Me equivoqué. Su reacción me cogió desprevenida: me besó en la cara.

Fue el más dulce y cálido beso que jamás me dieron.

Su tacto, único donde los hubiera, fue dulce, liviano y fugaz como el vuelo del colibrí.

Mi mundo giró con un nuevo entusiasmo, con una luz diferente. A partir de ese momento, Pablo fue el dueño de las riendas de mi vida y mi corazón.

2 Es el nombre que reciben en Galicia ciertas fresas silvestres.

Capítulo 4

Cuando una historia lleva a otra

Llegué a casa entre algodones, ¡qué digo! Entre nubes. Nubes de color rosa en las que danzaba con alborozo. Mi corazón no latía, pegaba brincos de alegría, y en la retina de mis ojos todavía estaba presente Pablo, el dueño de cada uno de mis suspiros. El ladrón que me había robado el alma para cuidarla entre sus brazos; el dueño de esos labios que me besaron la mejilla, encendió mi piel, para luego sonreírme a quemarropa y subirme a su noria de luz y color. Solo quería gritarle al mundo lo feliz que me sentía.

Muy a mi pesar, la felicidad de esas horas no fue infinita.

En la faz de la tierra no hay nada infinito. Esa era la lección más importante que debía aprender. Sin embargo, mi inmadurez no me permitió verlo.

Cuando crucé el umbral de casa, un ambiente lóbrego, triste, y un silencio funesto me rodearon; se clavaron en mí rompiendo la magia en la que estaba sumergida. Tan pronto lo respiré, mi felicidad estalló en mil pedazos imposibles de recoger.

—Tina —me avisó Rosario desde el pasillo que daba a la cocina—, tu abuelo te espera en su despacho.

Rosario nunca fue una mujer seria. Siempre desprendía muy buena onda. De palabra fácil, podía estar horas escuchando sus aventuras de niña, o de cómo conoció a Alfonso. Ese no era uno de esos días. Su rostro redondo, relleno, poco arrugado para su edad, que aguantaba una corta cabellera cana, había perdido todo ápice de esa mujer dicharachera. Sus ojos apagados y el amago de sonrisa que acarició sus labios eran una prueba tácita de que algo no iba bien. Además, estrujaba entre sus manos, con demasiada fuerza, un

pañó de cocina.

Un pinchazo de preocupación me cruzó el pecho y se quedó anclado en la boca del estómago.

—Vale. Toma, son *careixóns*, traje muchos; comed algunos, seguro que a la abuela le sobran. —Le tendí el cuenco, que ella, solícita, cogió.

El temblor de sus manos me indicó que las cosas no estaban bien, al igual que su estado de ánimo.

—*Veña, ve a xunto do teu avó*³.

Asentí y salí hacia el otro lado del pasillo, a la puerta del fondo.

¡Alucinante! Era tal el nivel de silencio que se escuchaba el ruido de mis tenis contra el suelo de madera. ¡Retumbaba hacia todas direcciones!

Me paré delante de la puerta del despacho; levanté el puño para llamar, pero lo dejé así, no lo moví. En ese instante me di cuenta: tenía miedo. No sabía qué me iba a contar; qué había pasado; a quién le había ocurrido algo. De repente, mi mente se llenó de terribles imágenes sobre accidentes de coche, mi padre tirado en el asfalto, sangre fluyendo... La angustia se iba apoderando de mí; la garganta empezó a dolerme debido al nudo que se había forjado a su alrededor; el pecho me subía y me bajaba descontrolado al respirar por la boca. Estaba a punto de llorar. Cerré los ojos con fuerza y agité la cabeza, a fin de librarme de mis propios miedos internos.

—Pasa —oí la voz de mi abuelo al otro lado.

Él me dio el coraje que me faltaba para enfrentarme a esa noticia que parecía haber sumido a toda la casa en la más amarga de las tristezas.

Agarré el frío pomo y empujé la puerta un poco con el hombro. Era de madera, vieja y pesada, tanto que, al abrirla, chirrió. Ese sonido podía ser el prelude de la nefasta noticia. Entré en el despacho de mi abuelo: la biblioteca. Una de las estancias más grandes y luminosas de la casa, ahora estaba bañada por una luz mortecina que le daba un aspecto más lúgubre, adjetivo que también podía aplicarse al resto de la casa. Las paredes, pintadas en blanco, quedaban ocultas, casi en su totalidad, por las estanterías, dos

mastodontes que me acorralaban y formaban un truculento pasillo de la muerte que debía cruzar. Rozaban el techo, del cual pendían dos impresionantes lámparas clásicas que creaban fantasmagóricos claroscuros cuando se encendían. Frente a mí, estaba el escritorio de castaño en el que mi abuelo trabajaba, revisaba recibos o leía el periódico. Tras él, una enorme cristalera, que iba del suelo al techo, te permitía ver casi todo el jardín, a esas horas en semipenumbra, y la iluminaba durante todo el día. El suelo, también de madera de castaño, estaba cubierto por dos enormes alfombras mullidas en tonos azules, dorados y granates.

—¿Cómo sabías que era yo?

Ni que mi abuelo tuviese un radar en vez de orejas.

A medida que me acercaba, me fijé en su rostro: parecía haber envejecido diez años más. Las marcas de expresión que rodeaban su boca eran más profundas que al mediodía, incluso su tez era más pálida.

—Porque nadie pisa tan liviano como tú. —Se sacó las gafas y se frotó los ojos con el dorso de su mano derecha—. ¿Te lo pasaste bien?

—Sí y encontré los *careixóns*. —Aplaudí con las yemas de los dedos para no hacer ruido—. Están riquísimos.

Se levantó y se dirigió a mí con esa sonrisa sesgada que te regalaba cuando no quería sonreír, pero tenía que hacerlo.

—Cierto. Recuerdo que Lucas y yo subíamos allá arriba y merendábamos con la fruta. En mi época ese camino estaba más transitado porque se utilizaba para llevar a las vacas a pastar. —Me rodeó los hombros con un brazo.

A partir de ahí se sumergió en su mundo de recuerdos. Me narró algunas travesuras que, con mucho ingenio, Lucas y él cometían sin importar los castigos posteriores. Su rostro, antes fatigado, se relajó mientras me contaba sus vivencias, algunas acaecidas durante la Guerra Civil. Embargado por la alegría que le suscitaban esas historias, tuve la impresión de que firmaría donde fuese para poder regresar a esos tiempos de despreocupaciones, de risas infantiles y juegos.

Yo me abracé a él escondiendo la mitad de la cara en su amplio pecho. Su calidez, ese olor a colonia fresca tan suya, en definitiva, el sentirme protegida, logró calmar esos miedos con los que entré. Si pasara algo me lo hubiese dicho ya, así que todo debía de estar bien. Aun así, no entendía ese ambiente tan enrarecido.

Caminamos hasta la mesa redonda, que estaba a la derecha de la puerta. Una vez sentados, continué escuchándolo con atención. Lo que sí me sorprendió fue la aparición de Rosario que colocaba la mesa para cenar.

—¿Hoy cenamos aquí? —pregunté frunciendo el ceño, extrañada por ese repentino cambio.

Mi pregunta tuvo un efecto inmediato en mi abuelo. Observé su cuerpo tensarse, envararse en la silla, y su alargado rostro se volvió pétreo. ¿Había hecho mal en preguntar?

—Sí, tu abuela está un poco indispuesta y no nos acompañará.

—Después de cenar le haré una visita, a...

—No —me interrumpió cortante, apretando los puños a ambos lados del plato y la vista clavada en él—. Déjala descansar, mañana ya la verás.

Ese cambio de actitud provocó que el ambiente viciado se acomodara entre nosotros como una losa pesada que no nos permitía articular palabra. Su mutismo, el hermetismo en el que se sumergió, me convirtieron en una desconocida, en otro mueble más de la decoración de la biblioteca al que no prestar atención. A ello se le unía la falta de mi abuela y la consabida prohibición de verla. ¿Qué ocurría? Nada ni nadie me daba una respuesta. Esa situación, insólita para mí, me hizo sentir un cero a la izquierda en mi propia casa. No obstante, me quedaba pendiente lo que Pablo me había contado. No sabía si era buena o mala idea romper de ese modo el iceberg, así que me lancé a la aventura.

—Abuelo —dejé los cubiertos en el plato—, ¿Pablo y yo jugamos alguna vez de niños?

—¿Qué Pablo? —Levantó la cabeza, regresando al aquí y al ahora.

—El nieto de Lucas.

Cogí mi vaso y bebí de un trago el agua para aflojar la ansiedad que se había apoderado de mí. Todo lo sucedido hasta entonces me superaba: no acordarme de ciertos hechos; la situación en casa que, aunque pareciese lo contrario, me afectaba bastante; la posibilidad de que Pablo me mintiese. Caminaba sobre una cuerda floja sin un apoyo al que sujetarme.

—Sí, claro. De vez en cuando pasábamos allí la tarde, a escondidas de tu abuela. Recuerdo... —hizo una breve pausa. Abstraído, encogió los labios a la vez que movía los ojos buscando algo en los recodos de su memoria—, sí, recuerdo una tarde en la que cazasteis un renacuajo. ¿Por qué lo preguntas?

Sus ojos verdes, media hora antes vacíos, perdidos en algún lugar inaccesible a mi persona, brillaron curiosos. Separó su plato y apoyó los antebrazos echando un poco el cuerpo hacia delante.

—Coincidí con él en el riachuelo —le expliqué inquieta en la silla—. Me contó que su abuelo se lo había dicho, por eso te pregunto.

—Les debo mucho a los Hernández de Huría —musitó.

—Las dos familias nos debemos...

—*Non miña ruliña*⁴, no me refiero a eso, es otra historia —suspiró cansado—. Cuando tu madre y tu hermano fallecieron, me quedé aquí contigo. Tu abuela partió con tu padre hacia Madrid nada más enterarse de la noticia. Al día siguiente, me llamaron; se requería mi presencia, porque era mi coche el que conducía Martina. Rosario y Alfonso querían hacerse cargo de ti, mas no me parecía buena idea dejarte en esta casa sin estar ninguno de nosotros. Esa misma tarde, Lucas vino a darme el pésame. Al poco llegó Adelle, su esposa; fue ella quien alejó mi inquietud para contigo. Se ofreció a cuidarte aprovechando la presencia de Pablo. —Se terminó su vino sin soltar luego la copa—. Te quedaste con ellos unos quince días, mientras Rosario me encubría. Gracias a ellos, apenas notaste nuestra ausencia.

¿Qué respondía yo a aquello? ¿Cómo tenía que reaccionar? Si me pinchaban no sangraba. La sangre se me congeló en las venas tras esa confesión y lo miré sin parpadear.

—Abuelo, no... no... —Las palabras se me atascaban en la garganta

debido al alcance de este descubrimiento— Nunca me lo dijiste.

—¿Cómo te lo voy a contar si tu abuela parece un halcón?

Su tono de burla no era capaz de esconder su pena, menos aún de enmascarar la verdad que había detrás de sus palabras. ¡A mi abuela no se le escapaba una! A veces parecía que tenía en casa cámaras ocultas. Era increíble, pero así era ella. Lo controlaba todo. Poco después de esa conversación me retiré exhausta, no física, sino psicológicamente. Había sido demasiado conocer de golpe historias de las cuales no tenía ni idea, porque mi mente se negaba a recordar un solo detalle. Además, mi abuelo, tras lo confesado, tampoco tenía mucho humor ni ganas de compañía.

Me despedí de él con un beso de buenos noches y, antes de irme a dormir, me paré delante de la habitación de mi abuela. Todo parecía tranquilo salvo por un leve quejido, similar a un sollozo, que llegó a mí amortiguado por la puerta. Luego, otro. Abrí los ojos como platos al sospechar qué ocurría al otro lado.

¿Estaba llorando mi abuela?

3 Venga, ve junto a tu abuelo.

4 La traducción literal sería: «no, mi tortolita», porque la palabra rula significa es «tórtola». Esta expresión de cariño que se aplica a mujeres o niñas, como en este caso, es muy utilizada en Galicia.

Capítulo 5

Una tarde olvidada en el tiempo

Verano de 1989

En una tarde apacible del verano gallego; el cielo azul, salpicado de algodonosas nubes, acompañaba al sonido de la marea baja rompiendo en la playa, al zumbido de las abejas, a los graznidos de las gaviotas navegantes en las alturas o la carrera sigilosa de la lagartija entre los recovecos de la vieja muralla recubierta de musgo, recuerdo de aquellos tiempos en los que separaba las lides entre fincas.

El aroma al café de pota⁵, que se colaba por las ventanas abiertas de la gran casona, llegaba hasta la mesa del jardín situada bajo una enorme parra, de la cual pendían bellos racimos todavía verdes. Protegidos bajo su enorme sombra de los cálidos rayos del sol, dos hombres disfrutaban de la serenidad estival, rota por unos alegres chillidos infantiles que, apresurados, se acercaban a ellos, aligerando, a un tiempo, el ambiente entre ambos.

—¡Abuelo, abuelo! —Una niña se acercó corriendo a Álvaro, a quien se le iluminó el rostro antes atormentado. No tendría más de seis años; sus mejillas blancas estaban teñidas de color rosa, debido a la exposición del sol, y sus dos trenzas castañas estaban algo despeinadas—. ¡Mira qué bicho tiene Pablo! —gritó, entusiasmada.

Álvaro se incorporó en su silla rodeando los pequeños hombros de su nieta, a la espera de ver la captura del niño.

—¿Qué traes? —Lucas, recostado en su vieja hamaca, descubrió lo buen alumno que era su nieto. Sonreía, cual colegial, a la imagen venidera que en un futuro podía repetirse. Ilusión compartida con Álvaro, aunque su alegría era más contenida.

—Un renacuajo —contestó el niño—. Hice como me enseñaste.

El niño rubio, de pelo alborotado y brillantes ojos color marrón, dejó encima de la mesa la mitad de una botella de plástico, en la que nadaba, nerviosa, una mancha oscura.

—¿Todavía recuerdas cómo se cazan? —Álvaro, divertido, se echó hacia delante apoyando un brazo en la mesa, sin soltar a Tina, interesado en la respuesta de su amigo.

—Hay cosas que nunca se olvidan, amigo mío.

Los dos hombres se rieron con ganas, ya que de niños era su mayor diversión para frustración de los sirvientes de sus hogares.

Hacía tiempo que no compartían unas buenas risotadas. Lo sabían, y eso les hizo aflojar las cadenas de sus corazones.

—Es muy feo —señaló Tina, con su regordete dedito apuntando a la mancha.

—Lo es, pero cuando crezca se convertirá en una rana —le explicó su abuelo.

Tina frunció su naricilla en un gesto de asco.

—Venga, ahora sentaos y a merendar —les indicó Lucas, frotándose las manos.

Su nieto, incapaz de aguantarse, cogió un trocito de bocadillo bajo la atónita mirada de Tina.

—Eres un cochino, eso no se hace.

—¿Por qué?

—Antes de comer hay que lavarse las manos —lo regañó con aire de sabidilla.

Pablo, desconfiado, levantó sus ojitos hacia Lucas, que asentía. Resoplando, el pequeño se encaminó hacia la casa.

—*Miña ruliña*, espera. —Álvaro la paró antes de que siguiese sus pasos—. Prométeme que no le dirás a tu abuela que hemos estado aquí.

La niña, indecisa, alternó su chispeante mirada azul entre los dos hombres

que le sonreían con cariño. Asintió y corrió detrás de Pablo.

5 Olla.

Capítulo 6

Sombras a mi alrededor

De vuelta verano del 2000

—¿Abuela, se puede? —inquirí en voz baja.

Asomé la cabeza por el hueco de la puerta. No quería importunarla o despertarla si fuera el caso.

—¡Cariño mío, claro, pasa! —exclamó, un tanto exagerada.

—¿Te sientes mejor? —Cerré la puerta.

Su amplia habitación, puesto que hacía años que mis abuelos dormían separados, estaba casi en penumbra, salvo por un cortinaje que estaba recogido en la esquina. La escasa luz creaba fantasmagóricas sombras y los dos tapices se convirtieron en siniestras imágenes que te observaban desde la pared de enfrente.

—Ay, Tina, los achaques de la edad no perdonan y tu abuela ya va para vieja —suspiró, colocando la cabeza sobre uno de los almohadones.

Me senté con cuidado de no perturbar su descanso; tampoco lo lograría, era tal la dureza de su colchón que no se movió bajo mi peso. Me acomodé a su lado y la cogí de la mano para sentirla más cerca.

—No vas para vieja, abuela.

—Eso es porque me ves con buenos ojos. ¿Tú cómo estás?

—Bien. —Tomé una pausa. Bajé la mirada a su mano, que, a diferencia de la mía, no me agarraba—. Terminé el libro.

—¿Qué opinión te refiere?

Desperté su interés. Sus ojos del color de los zafiros me miraron ansiosos, no obstante, no brillaban como otras veces, a la espera de mi comentario.

—Fue una historia muy intensa, creo que me voy a tomar unos días antes de empezar un libro nuevo.

—Cuando seas mayor, conocerás el sabor del desamor. —Sus manos de dedos finos y arrugados cubrieron las mías, como cada vez que me daba un consejo—. El amor es tierno, suave, ligero, una brisa fresca que te revitaliza, mas es una ensoñación perecedera; por el contrario, el desamor es el sentimiento verdadero, la bofetada que te despierta y te llama tonta a la cara.

Sus palabras me agitaron por dentro, ¿sabría de mi amistad con Pablo? Lo dudaba, entonces hablaría a las claras de su malestar: era una Hernández de Huría. Me sujetó las manos con firmeza, tanta que de refilón me pareció que tenía los nudillos los blancos. En cuestión de segundos, en su rostro se reflejaron la alarma y la desesperación que le provocaban pequeños espasmos en el labio inferior como en los párpados, a medida que perdía el color y se tornaba más lívido.

—Tina, prométeme que jamás ¡jamás! te enamorarás. Los hombres son falsos, exterminadores de sueños, destructores de ilusiones, ladrones de corazones. No te enamores. No sé si viviré para protegerte, pero debes protegerte tú. —Tomó aire al tiempo que una furtiva lágrima rodaba por su mejilla—. Qué mal te he enseñado, mi vida, qué mal...

—¿Por qué dices eso, abuela? —Tragué para aflojar un poco el nudo que se formó en mi garganta.

—Nada —me soltó las manos, apartándose de mí—, cosas de viejas. Ahora vete, voy a ver si descanso otro poco. —Su tono algo brusco me indicó que mi presencia le molestaba. Por si me quedaba alguna duda, giró la cabeza hacia el otro lado.

Salí en silencio con una extraña sensación que me superaba, porque no llegaba a entenderla y más viniendo de ella, una mujer que lo tuvo todo en la vida, aun en los peores momentos. Una mujer, según tengo entendido, que contrajo un matrimonio admirado socialmente junto a un hombre que le dio un buen vivir, además de proporcionarle libertad en tiempos donde aquello era impensable. Una mujer bien tratada por la vida hablaba con rabia del

amor, cuando para mí era lo más bonito que tenía el hombre.

Necesitada de la visión de una persona ajena a mi familia, saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón y le escribí un SMS a mi amiga Noa.

Hola! Estás en casa? Quieres hablar un rato?

Su respuesta no se hizo esperar:

Pedorra! Qué va! Estoy en el pueblo
Aquí la cobertura va más lenta que una
tortuga estresada. Cuando llegue a Madrid te llamo.
Un besito;*

Reprimí un bostezo tras leer la respuesta.

—¿Hay sueño?

Levanté la cabeza y al otro lado del pasillo vi a Rosario que se acercaba, siempre con esa sonrisa cariñosa; su delantal blanco; un paño entre las manos; de aquí para allá. Nunca la vi hacer un mal gesto, decir una mala palabra, al contrario, cuidaba de todos nosotros con devoción y alegría.

—Sí, no dormí bien. —Me encogí de hombros sin darle importancia.

—¿Y eso?

—No lo sé, me despertaba en mitad de la noche, escuchaba ruidos, voces, alguien llorando —le expliqué.

Miró a nuestro alrededor, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Es una casa *moi vella*⁶, guarda muchos secretos que a veces deja salir.

«¿Secretos? ¿Qué secretos?». Todas esas preguntas tenían una parte en común: no eran normales. ¿Es que todos se habían puesto de acuerdo en no explicarme nada? Quizás fuese el cansancio, quizás fuese que era un poco cortita, pero no me enteraba. La verdad, esos mensajes encriptados, o entre líneas, despertaban en mí esa sensación de sentirse un cero a la izquierda en mi propia casa que pensaba que había dejado atrás. Me equivoqué.

—Ahora sé porqué te levantaste tan pronto. —Me acarició la mejilla con

su regordeta mano—. Ve a dormir, procuraré que nadie te moleste.

Asentí, bostezando sin poder reprimirlo. Me dio un beso en la mejilla y me empujó para que comenzase a caminar. Arrastré mis extremidades doloridas hasta la habitación. Como un peso muerto, caí en la cama boca abajo, con la mitad de la cara escondida en el colchón, cerré los ojos y Morfeo me capturó.

Me desperecé a alguna hora de la noche, estirando los músculos tras pasar todo el día en la cama. Mis ojos todavía estaban bajo el velo del sueño, pues mis párpados insistían en cerrarse. Me coloqué sobre el brazo derecho, lo que me permitió mirar por la ventana.

Era una noche apacible del veintialgo de junio. No sabía en qué día vivía. En la bóveda celeste, oscurecida, la luna no se mostraba ante mí, sin embargo, por muy lejos que estuviese de la ventana, percibía muy bien su claridad. Las estrellas titilaban graciosas, mientras el carro de la Osa Mayor me saludaba con su brillo. Bajo él, la naturaleza dormía arrullada por la sinfonía de los grillos, sin inmutarse de los gestos que los humanos se regalaban y que no eran precisamente de cariño.

Un portazo, en alguna parte, hizo temblar los cimientos de la casa.

Con el corazón en un puño, me incorporé en la cama sobresaltada, asustada por cómo mi alrededor se llenaba de sombras que acosaban mi mente. Ya no era el hecho de no acordarme de ciertas cosas, era que todos me ocultaban información. Pese a que sus rostros estuvieran tranquilos, eran sus palabras, aquellas que se guardaban, las que iban haciendo mella en mí.

No estaba acostumbrada a esas situaciones.

Nunca las había vivido.

Empujada por un impulso malsano, me levanté y me dirigí a la puerta, donde pegué la oreja para oír lo que sucedía detrás de ella.

Nada.

Eso era lo que se escuchaba, nada.

Agarré el frío pomo dorado. Bajo la yema de mi pulgar noté la bonita filigrana con la que estaba adornado y que le confería un aspecto casi aristocrático. Tiré de la puerta hacia mí y oteé en la oscuridad. El silencio atronador que procedía de fuera congelaba al más valiente de los hombres. Despacio, para no llamar la atención de espectros, o de alguien que pudiera rondar escondido, salí de mi habitación. Me conocía de memoria cada pasillo, cada mueble y cada puerta de aquella casa, así que no me suponía ningún problema andar a oscuras, con el aliciente de que nadie me escucharía porque mis pies descalzos quedaban amortiguados por la alfombra que cubría la madera del suelo.

Caminé hasta la baranda de la escalera, hecha de la misma madera noble, me incliné sobre ella y vi luz. Bajé los escalones de puntillas, decidida, sin respirar; de esa manera evitaba que los ruidos me permitiesen conocer qué ocurría. En cuestión de segundos pude comprobar sorprendida que la claridad salía de la habitación de mi abuela. Me acerqué sigilosa, pendiente por si aparecía mi abuelo o Rosario. Pero no. Nadie fue a su lado a consolarla. Ni yo misma me atreví, pues lo que vi me dejó desolada.

Sentada en la cama, lloraba desconsolada abrazada a una foto. Lo supe porque el marco plateado resplandecía cada vez que mi abuela lo acunaba entre sus brazos. Me quedé petrificada, jamás la había visto en esa tesitura, afligida, triste, incluso débil, cuando siempre se mostró fuerte como una roca. Ella era el pilar de la familia. Unos pasos me advirtieron que alguien venía; rápido, me escondí en la oscuridad. Mi abuelo subía las escaleras con aire derrotado y frotándose los ojos con los dedos de su mano derecha. Se paró en el descanso observando la puerta entreabierta. Su gesto mudó a uno más severo, incluso podría decir que rozó el odio. Desde mi escondrijo vi cómo sus puños se cerraron con fuerza, su boca se convertía en una fina línea y las aletas de la nariz se abrían. Se encaminó hacia la puerta y se detuvo negando con la cabeza.

—No hagas ruido. Si el resto no te importamos, ten piedad al menos de tu

nieta.

Dicho lo cual, cerró la puerta con cuidado, pasando olímpicamente de ella. Ni una palabra de cariño, ni un consuelo, nada. Mi abuelo la dejó sola y se encerró en su habitación.

6 Muy vieja.

Capítulo 7

¿Crees?

—Mierda, Pablo —me recriminé a mí misma.

Esos últimos días había pasado de él, mejor dicho, me había olvidado de él como de nuestra cita en la playa. Habían pasado setenta y dos horas del encuentro en el riachuelo. Tres días habían transcurrido de aquel beso en la mejilla; cada vez que lo recordaba, la piel, en ese mismo lugar, cosquilleaba igual que si me lo acabase de dar.

«¿Y ahora qué le voy a decir?». No quería explicarle la situación de mi casa, porque ni yo misma la entendía. Sí, tenía boca para hablar, para preguntar, sin embargo, por respeto a mis abuelos prefería permanecer en un segundo plano y no dar follones, mucho menos importunarlos. Tenía que continuar siendo ese cero a la izquierda que, silentes, me indicaron. Aun así, la escena que había presenciado me heló la sangre, convirtiendo esa noche en un punto y aparte.

Las siguientes horas no pegué ojo. Intentaba comprender por qué mi abuelo actuó como lo hizo. Había una explicación, una que se me escapaba. Durante el desayuno, ese hombre, cuyo rostro reconocería con los ojos cerrados —alargado, con las sienas tintadas por las nieves de las décadas vividas; unos impresionantes ojos verdes, idénticos a los de mi padre, siempre atentos a todo lo que acontecía a su alrededor; nariz alargada; boca de labios finos y la línea de su mandíbula de líneas suaves, ligeramente redondeada y estrecha—, sí, ese hombre resultó al final un desconocido que mi memoria no evocaba, pues era el mismo que me ayudaba a levantarme cuando caía, que me sonreía para que el sol volviese a salir; en su silencio me entendía. Con él podía hablar de todo, estaba a mi lado sin pedirlo...

«Cómo cambian las cosas», pensé para mis adentros. Lo que atrás parecía un amor incondicional no lo era. Ese matrimonio estable se convirtió en una mera pantomima; una máscara de cara al exterior, al público que los rodeábamos, seguramente para no dar de qué hablar, no despertar rumores, así dejar la galería tranquila de miradas indiscretas o dedos acusadores. Entonces, ¿en qué lugar quedaba el amor? ¿Lo hubo alguna vez? Ya no lo tenía tan claro al recordar cómo ese hombre tan bueno se había convertido en un monstruo sin sentimientos por tratar así a mi abuela...

¡Toc, toc!

Si alguien llamara a mi puerta me parecería normal, pero a la ventana ya no lo era tanto. Cabía la posibilidad de que lo hubiese soñado, porque la cascada emocional que estaba viviendo me superaba en todos los ámbitos, así que podía ser que un ave nocturna se posara en el alfeizar.

—Tina, abre.

—¡Pablo! —exclamé.

Pegué un salto desde cama.

—Sí, ese es mi nombre —dijo en tono burlón—. Ahora, ¿me abrirías la ventana?

Corrí las cortinas y ahí estaba, colgado en la fachada de mi casa, apostado en mi ventana un tanto colorado, no por el calor de la noche, sino por el esfuerzo titánico que estaba haciendo. Di gracias a que la ventana se abriera hacia adentro, de lo contrario lo vería volar despedido hacia el suelo. Una brisa fría se coló en mi habitación al abrirla. Me recorrió un escalofrío y, en cuanto pude, cerré de inmediato.

—¿Por qué tardaste tanto en abrirme? —me preguntó, limpiándose las manos en el vaquero.

—No sabía que eras tú. —Me senté en el borde de la cama un poco nerviosa. No estaba acostumbrada a tener chicos en mi habitación.

—Tina, ¿quién iba a ser si no hay más gente viviendo en esta zona?

—Podía ser cualquiera, además, no todos los días entra gente por la

ventana de mi habitación.

—La ventana me permite no coincidir con nadie y escapar de tu abuela, te recuerdo que mi apellido es Hernández de Huría. Vamos, que es el método “anti odio ancestral” más eficaz.

Tenía razón, no se lo iba a discutir. De cuando en vez había escuchado de mi abuela algún comentario despectivo hacia esa familia, de ahí que los temas del banco no se comentaran delante de ella, sobre todo para prevenir peleas innecesarias; tampoco ningún otro relacionado con ellos. Esa inquina debía de proceder de una historia o un suceso del pasado que todos superaron, en cambio ella no logró. «¡Anda que si se entera que Pablo está en casa!», me advertí a mí misma. Pasé la mano por la frente a fin de no caer en un ataque de pánico, cambié de tema:

—Por cierto, lamento no haber ido a la playa.

—Tranquila, tu abuelo nos contó que tu abuela no está bien.

—¿Mi abuelo?!

Apreté el colchón con el puño, un tanto dolida. Sus palabras fueron un duro golpe, ya que eran la confirmación definitiva: mi familia me apartaba de todo. Al reconocerlo, aunque fuese en silencio, un pinchazo me encogió las entrañas.

—Sí, gracias a su explicación, mi cabreo desapareció.

«¿Qué?!» Aquello ya era el colmo. Una ya no estaba bien por lo que sucedía en su casa, que también debía aguantar las exigencias de un chaval al que acababa de conocer. ¡Ni que fuera mi novio! Mejor que no se enterara de que me había olvidado de él. Literalmente.

Levanté la cabeza, decidida a responderle como era debido, pero no pude. Su presencia, su porte, su... Todo me lo impidió. Estaba muy guapo con una camiseta de pico blanca, unos vaqueros desgastados azul claro, tenis y, cómo no, su pelo algo despeinado, creaba una imagen que me hacía temblar las piernas. Mientras él oteaba mi habitación con muchísima curiosidad y giraba sobre sus pies sin perder detalle —la verdad, no era muy llamativa, más bien sencilla: una cama, amplia para una sola persona, dos mesitas de noche, un

escritorio con su silla, un espejo y el armario eran los muebles que la componían—, yo hacía lo propio con él. Me recreé, memoricé cada línea de su cuerpo: el pantalón se pegaba a sus largas piernas como una segunda piel, sobre todo en su trasero que remarcaba la sinuosa curva de sus nalgas; la camiseta se movía por los músculos tensados de su espalda y sus mangas se ceñían a los bíceps. De repente, Pablo se tornó en un imán imposible de repeler. Alejé la vista de él, aunque el rabillo del ojo era bastante traicionero.

—Música folk. —Su tono fue reflejo de su asombro—. Quién lo diría, tienes pinta de ser fan de los Backstreet Boys o de una de esas bandas y no de música folk.

—Pues te equivocas, no a todas las chicas nos gusta lo mismo —arremetí, fulminándolo con la mirada a pesar de estar de espaldas a mí—. Y a ver, ¿tú qué música escuchas?

—Soy más de U2.

Se sentó a mi lado tras acabar de hacer su inspección.

—Siento decirte que no tienes pinta de *rockero*.

—Mi alma lo es. —Me guiñó un ojo en el instante preciso en que una sonrisa pícaro se dibujó en su boca.

Durante unos instantes nos quedamos en silencio. No era incómodo, al contrario, cada vez estaba más a gusto a su lado, pero los últimos acontecimientos que había vivido me llevaron a adentrarme en un campo que, a veces, podría estar lleno de espinas. Froté las manos contra los muslos, buscando las palabras correctas que quería decir:

—Tengo que hacerte una pregunta y me gustaría que me hablaras con sinceridad

—De acuerdo.

—¿Crees en el amor?

—No.

¡Toma estocada! Eso solo le podía pasar a una ingenua como yo. Nunca se estaba lo suficientemente preparado para escuchar la verdad. Me estaba bien

empleado.

Pablo se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas con las manos entrelazadas.

—No te doy esa respuesta porque lo considere un tema de chicas, tengo mis razones. Verás, en mi casa vivo dos situaciones opuestas: por un lado están mis padres, tan enamorados como al principio y, créeme... —Bufó avergonzado—. ¡Joder! No sabes el reparo que da entrar en el salón y verlos morreándose... —Se tapó la cara con las manos.

—¿Qué? —Alcé las cejas en su dirección y metí los labios hacia dentro mordiéndolos para evitar prorrumpir en carcajadas.

—Sí, imagínate el cuadro. La otra parte es mi abuelo. —Su actitud se volvió un poco más seria—. Después de dos años, todavía llora la pérdida de mi abuela. Para mí ese es el amor, el dolor que queda. Esa es la parte que no quiero vivir. ¿Tú crees? —Entornó los ojos con curiosidad y atención.

Nerviosa comencé a retorcer las manos instintivamente.

—No lo sé.

—Mmm... sueñas descontenta, ¿quieres hablar?

Negué con la cabeza, ¿qué le iba a decir? ¿«Creo que mis abuelos se odian»? No, prefería que no supiese nada de los trapos sucios de mi casa, al menos no por mí. Pablo se recostó sobre sus codos y algo llamó su atención, ya que el silencio, instalado de nuevo entre nosotros, duró poco esta vez.

—Tina, eres una caja de sorpresas, ahora también estás tatuada —dijo, divertido. Se incorporó, pegándose tanto a mí que su respiración se perdió entre los poros de la base mi cuello—. ¿Me permites verlo?

—Sí, claro —contesté con voz queda.

Sus osados dedos separaron los tirantes del top y del sujetador, mostrando las tres golondrinas que adornaban mi omóplato derecho. Cadenciosos, dibujaron sobre mi piel cada una de las aves, inconscientes de que encendían mi sangre, prendían fuego a mi piel y mi cuerpo pedía más. Giré el rostro hacia él; sus ojos estaban más oscurecidos, había una intensidad en ellos

desconocida hasta entonces. Mi error fue mirar su boca. Tenía separados los labios; los míos, por acto reflejo, se abrieron.

Estábamos enganchados el uno en el otro.

—Creo... —carraspeó—, creo que es hora de marcharme. —Nunca había escuchado su voz tan enronquecida.

Sin darme tiempo a despedirme siquiera, abrió la ventana y se descolgó. La rapidez con la que se separó de mí, solo igualada a la de un superhéroe de la televisión, me dio a entender que, a lo mejor, mis sentimientos no eran correspondidos.

Ese temor estrujó mi corazón poniéndome al borde las lágrimas.

Capítulo 8

El beso

Esa noche apenas pegué ojo, no por los ruidos o sollozos que se colaban entre las piedras procedentes de la habitación de mi abuela, sino por los sentimientos encontrados que empezaban a nacer en mí. Por un lado, veía cómo la imagen idílica de mis abuelos se desvanecía, no existía, y cabía la posibilidad de que ese ideal del amor para siempre fuese más una falacia que una realidad. Por el otro, estaba Pablo. Era distinto a todos los chicos que conocí. Sin embargo, tras la conversación de la noche, supe que no me correspondería. Lo había dejado claro: no creía en el amor. A esa máxima me aferré durante horas, ya que nada podía hacer, solo callar.

A la mañana siguiente no desayuné, tampoco hice el esfuerzo de comer ante la atónita mirada de mi abuelo y la reprobatoria de Rosario. Tenía el estómago agarrotado; no estaba nerviosa, aunque la procesión iba por dentro. No era de extrañar, la situación en casa no era la más halagüeña; mi abuela seguía recluida en su habitación como una ermitaña; mi abuelo a lo suyo; además, mentalizarme de que con Pablo todo era un imposible. No, no era la mejor ocasión para un buen atracón.

Sin decir nada, desganada, bajé a la playa donde lo encontraría. O él me encontraría a mí. Dejé las cosas sobre unas rocas y, aprovechando la marea baja, me acuclillé en la orilla en busca de alguna concha bonita para mi habitación. Debía ser sincera: era una artimaña con el fin de disimular mis nervios por miedo a que no apareciese. En esos momentos, ni el sonido del mar, ni su frescor sobre mi piel, ni el olor a salitre, nada me tranquilizaba, porque iba a utilizar ese último encuentro con Pablo para tratar aquel tema de nuestra infancia que había quedado colgando entre nosotros y despedirme de

él. Debía hacerlo. Seguir viéndolo, más tarde o más temprano, me haría sufrir.

Cuando al fin hizo acto de presencia, una tonta sonrisa se me dibujó en los labios; el corazón se me desbocó; las mariposas me revoloteaban en la barriga, y mi cuerpo, en general, se encendió. Ajeno a mi situación interna, me saludó, alegre, con la mano, gesto que le devolví. Me levanté y caminé hacia él contenida, debía dominar el ansia de estar junto a él. A partir de ese momento debía ser así.

—¡Hola! Has venido sin que te dijera nada.

—Tenemos telepatía. —Me retorcí las manos, nerviosa.

Sí, lo admito. Respuesta tonta donde las haya, pero la culpa fue de esa inconfundible sonrisa que se presentó ante mí más amplia. Mostraba una dentadura perfecta; iluminaba su rostro; rasgaba sus ojos, y su boca quedaba enmarcada por unas finas líneas de expresión.

Acercó sus labios a mi oído:

—No, estamos conectados —me susurró.

Su aliento se filtró por mi piel y me agitó entera.

—Puede ser. —Hice una pausa antes de exponer el tema que me interesaba—. ¿Sabes aquel asunto de si jugábamos de niños?

—¡Cierto! —Chasqueó los dedos—. ¿Preguntaste?

—Sí, y es verdad.

—Joder, mi abuelo no se equivocaba —señaló, en un tonillo burlón, mientras colocaba su toalla al lado de la mía.

—Hay más —puntalicé.

Se sentó y miró hacia arriba con una mano abierta en la frente, a modo de visera.

—¿Hay más?

—Ya te digo. Me contó que, tras la muerte de mi madre y mi hermano, estuve con vosotros varias semanas, ¿te acordabas de eso?

—¡Qué va!

—Mientes. —No pude controlar la acusación.

—No miento Tina, no lo recuerdo...

—Me fastidia no acordarme de esas cosas —mascullé entre dientes.

Algo alterada puse los brazos en jarras y, nerviosa, comencé a agujerear en la arena con la punta del pie.

—Es normal. —Se rodeó las piernas con sus brazos—, éramos unos enanos cuando sucedió. Vamos a ver, ¿en qué año naciste?

—En mil novecientos ochenta y tres.

—Yo, un año antes, es decir, tú tenías tres años y yo cuatro; éramos muy pequeños. —Resopló—. Si nos acordásemos de todo, nos volveríamos locos.

De repente, su presencia me molestó. Sí, tenía razón en todo, era impepinable, pero su actitud de chico mayor, que todo lo sabe y todo lo entiende, me cabreó. Dando por concluido el tema, giré sobre mis pies. No estaba dispuesta a recibir una clase magistral de madurez, menos con él de profesor. Me dirigí de nuevo a la orilla y, sin pensarlo dos veces, me zambullí en el mar. Fue mi escapatoria. Necesitaba poner distancia entre nosotros. Debía despejarme y, al mismo tiempo, enfriar mi cuerpo, pues su cercanía trastocaba las intenciones con las que vine. Nadé rápido para soltar la energía acumulada que se podía transformar en un gran enfado. Así, olvidándome de todo, solo sentía la frialdad del agua en mi piel, la sal en los ojos, como en la boca; mi cuerpo respondía al ejercicio bien, aunque, debido al esfuerzo y a la tristeza que suponía no poder dar rienda suelta a los sentimientos hacia Pablo, mi corazón palpitaba a mayor velocidad. ¡Quería salir del pecho!

Fui hasta unas rocas bastante alejadas de la playa. Paré y disfruté de la tranquilidad que me proporcionaba el mar, además de ese extraño chapoteo que se originaba entre los huecos de la piedra. No obstante, curiosa por cómo habría reaccionado Pablo, miré por encima del hombro. No estaba, al menos eso me pareció. Un pinchazo de dolor me encogió las entrañas. Allí, dentro del agua, ese «sí, pero no» en el que me debatía, se tornó más vívido. Si la verdad dolía, reconocerla era peor, ya que en mi caso él siempre estaría en mi mente. Era muy doloroso no poder estar a su lado. Mis ilusiones se

derrumbaban, y yo con ellas. Inspiré hondo para aguantar las lágrimas. No quería llorar, así que me centré en ese punto en el que cielo y mar, aire y agua, se besaban siempre.

Más sensible de lo normal, quizás por efecto del mar, percibí cómo una tormenta eléctrica me cubría entera; me golpeó la piel, erizándola; traspasó todos los poros y fue directa al corazón que, encabritado otra vez, retumbó fuerte en mi pecho. De algún modo inexplicable, sentí su mirada en mi nuca. Pablo estaba detrás de mí. Unos dedos largos y fuertes me asieron por los hombros. Mi húmeda piel se activó bajo su contacto; cada fibra, cada partícula vibraron. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se agitaron bajo sus manos. Si eso no era atracción ¿qué era entonces?

—Tina. —La voz ronca de Pablo derribó, hechicera, el muro que intentaba construir entre nosotros—. No debes cabrearte, al contrario, podemos crear nuevos recuerdos.

—¡Crearlos! —exclamé escéptica a sus palabras.

Me giró y quedamos cara a cara.

—Sí —afirmó muy seguro.

—Lo ves muy fácil...

Me calló al pegar sus labios a los míos.

Abrí los ojos cuanto me dieron, sorprendida por su atrevimiento. Sin embargo, en vez de oponer resistencia, me dejé arrastrar como las olas en el mar.

Fue la primera vez que me besaron de ese modo. Aquel beso, un tanto tímido, contenía la combinación perfecta de ternura y una pizca de pasión, que, desprendida de su sedosa lengua, hizo flamear mis venas, y lo convirtió en el más excitante.

Tardaría muchísimo tiempo en experimentar de nuevo las sensaciones que Pablo despertó en mí esa tarde.

Capítulo 9

Late el pulso

—Soy adicto a tus besos, Tina —susurró sobre mi boca.

Estábamos tumbados en mi cama, abrazados, uno frente al otro; nuestros alientos se convertían en uno; mi pierna derecha le rodeaba la cintura, así me pegaba más a él. Su cuerpo se acoplaba al mío a la perfección. En esa postura aumentaba mi deseo y el ansia de llegar a más. Me perdía en sus chispeantes ojos marrones; nuestros labios estaban hinchados, rojos de tanto besarnos. Solo había pasado un día desde aquella tarde en la playa, suficiente, para que fuésemos inseparables.

—Exagerado. —Reí entre dientes. Le rodeé el cuello con los brazos y mis dedos bucearon entre los mechones de su pelo.

¡Eso era el paraíso! Si ese lugar existía, había descendido a la tierra y se había convertido en chico.

—Piensa lo que quieras.

—¿Dónde han quedado aquellas palabras: «No creo en el amor»?

—Y no creo —se reafirmó.

—¿Entonces por qué nos besamos? ¿Por qué esta...?

—Me haces querer cosas que antes no quería, eso no significa que crea en el amor —confesó abrazándome más fuerte por la cintura.

Escondí la cara en el hueco de su cuello, decepcionada, no sabía si con él o conmigo, porque, tonta de mí, había albergado, en un rincón de mi mente, la posibilidad de que algo hubiese cambiado. Se separó un poco y me besó invadiendo mi boca con su cálida lengua. Me había atrapado en un sensual juego, gracias al cual me olvidé de la respuesta que había agriado, en cierto

modo, esos maravillosos minutos, y que también despejó la desilusión que me albergaba. Solo éramos él y yo. Esclava de sus besos, perdía la realidad de vista y me transportaba a un mundo paralelo donde él era el rey.

Pablo fue el primer chico que me besó de verdad, con entrega, pasión. Sus besos eran tiernos, profundos, y su forma de besar dejaba al resto en una categoría inferior. La delicadeza, la gentileza, ese punto dominante me hacían desearlo el doble.

Embriagada por el placer que recibía de su boca, rodamos entre besos, risas, algunos mordiscos, hasta que él quedó encima de mí. Una vez más, pude contemplar su bello rostro, memorizar esas líneas angulosas; recorrer con las yemas de mis pulgares las cejas, bajar a los pómulos y perfilar el contorno de sus labios.

—¿Quién fue el capullo que te enseñó a besar? —preguntó, airado.

—¿Celoso? —Le devolví la pregunta con una sonrisa.

—Dímelo.

—Hubo varios...

Molesto, se incorporó y se sentó en la cama dándome la espalda. Desde mi posición vi cómo varias veces se mesaba el pelo, nervioso. Quizá mi respuesta no le gustase, pero no iba a mentirle. Me abracé a su cintura, apoyando la frente en su hombro, no sin antes darle un beso en la nuca. Apreté mi agarre; no quería perder lo único bueno que me había regalado el verano.

—¡Joder! —Golpeó el colchón con el puño—. Hubiese disfrutado mucho enseñándote.

—Aún puedes ser el primero.

—Lo sé.

—¿Cómo? —Levanté la cabeza, sorprendida.

«¿Soy tan evidente?», me pregunté a mí misma.

—Tina, es fácil descubrirlo. —Se volvió hacia mí y coló las manos por mi camiseta—. Al roce de mis dedos, tu piel se eriza, tu cuerpo tiembla, tus

mejillas se sonrojan porque nadie te ha tocado de este modo antes. —Sus ojos brillaron al posarse en los míos. En ese preciso instante nos reconocimos. Para siempre—. Quiero ser el primero en todo.

—Ya lo eres.

Se inclinó y atrapó mis labios de nuevo en un beso casi reverencial. Saboreó mi boca como si fuese la primera vez. Con él, siempre era la primera vez. A medida que el ritmo aceleraba, lo hacían nuestros pulsos. Sus veloces manos subieron a mis pechos, los apretaron con delicadeza, arrancándome suspiros de gozo. Sin previo aviso, rompió el beso, me recorrió la línea de la mandíbula y bajó hasta el cuello con extrema lentitud. Eché la cabeza hacia atrás para dejarle acceso libre al resto de mi piel. Entrelacé los dedos en su nuca, ya que me sentía en caída libre y sin paracaídas.

No se podía frenar.

Irremediablemente, no había vuelta atrás.

Estaba enamorada.

No obstante, la situación de mi casa rompió ese dulce momento. La burbuja que habíamos creado explotó y nos devolvió a la realidad en forma de portazo.

Pablo, asustado, se separó de mí, tenso como una vara, pendiente por si alguien entraba en mi habitación de improviso.

—¿Qué coño ha sido eso? —inquirió, señalando la puerta con el dedo índice.

El susto del principio dejó paso a la alteración, puesto que su expresión interrogante me indicó que no estaba acostumbrado a esos bruscos modales.

—Creo que es mi abuela —expliqué.

—Tiene mala leche la señora a estas horas...

—Lleva días así. —Metí el pelo detrás de las orejas—. A veces no me deja dormir...

—Vente a mi casa.

—¿Qué? —Mi voz sonó más más aguda de lo normal.

Abrí la boca y los ojos todo lo que me dieron. No daba crédito a lo que acababa de oír. ¡Se había vuelto loco!

—Ven a dormir a mi casa —repitió.

—Sabes que no puedo. —Estiré los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—Bueno, pues dormiré contigo —contestó con una franqueza abrumadora—. No me puedo quedar toda la noche, mi abuelo está solo en casa, pero me encargaré de que duermas. Vamos, acuéstate.

Gateó al otro lado de la cama bajo mi atónita mirada. ¡Estaba hablando en serio! No me lo podía creer cuando se quitó los tenis, apagó la luz de la lamparilla de noche, me cogió de la muñeca y tiró de mí atrayéndome a su pecho. Me acomodé a su lado cumpliendo mi sueño: estar abrazada a ese ser especial. Compartimos el silencio, la decadencia de la noche, mientras disfrutaba de sus caricias en mi espalda, de su calidez, del movimiento pausado de su pecho al respirar. Su cuerpo se convirtió en mi nuevo refugio, ese lugar donde resguardarme.

—Duerme, princesa, duerme —murmuró con sus labios sobre mi pelo.

Comenzó a tararear una canción que me condujo directa al sueño.

Capítulo 10

La rosa

Pablo fue fiel a su palabra, consiguió que durmiese toda la noche sin sobresaltos. No supe a qué hora se fue, o cómo se fue, si salió por la puerta o si se descolgó de nuevo, cual Romeo, por la ventana. Cuando me desperté, ya estaba sola, salvo por un pequeño detalle: una rosa.

Sí. En el hueco de la almohada, donde su cabeza había reposado tranquila, encontré una rosa roja fresca. En sus encarnados pétalos interiores todavía quedaba alguna gota de rocío que la hacía más especial, pues parecía que lloraba tras haber sido cortada del rosal. La olí; su intenso perfume me trasladó a la noche anterior, a los besos regalados, a las caricias grabadas a fuego en mi piel, a las palabras silenciadas, escondidas, a un mismo tiempo, en nuestros incipientes sentimientos. Estaba segura, ¡Pablo sentía algo por mí! Me negaba a pensar lo contrario después de su «princesa»; después de la rosa.

Me levanté más risueña de lo normal. Mi mundo giraba de nuevo al son de esa canción que mi mente repetía una y otra vez, como una gramola, sin cesar. Me sonaba muchísimo, era conocida, eso desde luego, pero no sabía ubicarla ni tampoco identificar dónde la había escuchado. Me vestí y, con mi flor entre las manos, pegada a la nariz, bajé a desayunar. La casa estaba en silencio, algo que ya era habitual en los últimos días; en cambio, en mi situación de ensoñación, la soledad que aparentaban estas paredes no se dejaba sentir. Era mucha la felicidad que corría en mis venas y bombeaba mi corazón dentro de mi pecho.

—¿Quién te ha enseñado esa canción?! —bramó mi abuela detrás de mí.

Me quedé fría en el sitio. Nunca me había hablado de esa manera tan

arisca, ni tan siquiera cuando se cabreaba conmigo. Me volví sobre mis pies y, la verdad, no me creía que fuese ella. Tenía el rostro descompuesto, iracundo; sus labios solo se apreciaban por la fina línea en la que se habían convertido; tenía las alas de la nariz dilatadas, y sus ojos entrecerrados disparaban flechas envenenadas por la rabia. Se abrieron de golpe al ver la rosa.

—Na...

—¡¡Tú!! —Me apuntó con un dedo acusador—. ¡¿Cómo te has atrevido a cortar una rosa de mi rosal?! ¡¿Es que no te dije que jamás lo hicieras?! — Acortó la distancia que nos separaba en dos zancadas—. ¡¡Estúpida!! ¡¿Creías que no me iba a enterar?!

—Yo... —No era capaz de articular palabra.

De repente, me dio tal manotazo en la mano que solté la rosa, y esta, tras un vuelo delicado, se estrelló contra el suelo. Mi abuela, fuera de sí, me sujetó por los hombros y me zarandeó igual que a una alfombra, de hecho, sus uñas se iban clavando en mi piel a cada nuevo movimiento. Muerta de miedo comencé a temblar, ya que jamás me había tratado con esa agresividad tan desbordante. ¿Quién era esta persona? No la conocía, ni mucho menos la reconocía. En esa mujer no había ningún vestigio de la abuela cariñosa y amable que me había cuidado siempre.

—¡No vuelvas a coger ninguna de mis rosas! ¡¡Son mías!! —gritó con los ojos inyectados en odio.

—Esas rosas estaban en el jardín mucho tiempo antes de tu llegada, Magdalena —aclaró mi abuelo. Su tono acerado cortó el aire que nos rodeaba—. Así que mi nieta puede coger las flores que le dé la gana, no eres quién —remarcó la palabra— para prohibírselo.

Mi abuela me soltó de un empujón. Imprimió tanta fuerza que casi me tiró al suelo. Más enfurecida lo encaró.

—¡¿Fuiste tú quien le enseñaste esa canción?! —Inclinó el cuerpo hacia delante en actitud combativa. Sus manos se fueron cerrando hasta convertirse en puños.

—No sé de lo que me hablas, Lena. —Mi abuelo se pellizcó el puente de la nariz, parecía a punto de perder la paciencia.

—¡Traidor! Eso es lo que eres...

—Tina, vete —me ordenó.

No podía andar. Mi cuerpo, paralizado, se negaba a obedecer esa orden. Las invisibles manos del suelo adherían mis pies, prohibiéndoles cualquier tipo de movimiento. Miré a mi abuelo al borde de las lágrimas. Su pétreo rostro no dejaba lugar a posibles interpretaciones, solo el irisado verdor de sus ojos me daba muestra de su enfado.

—¡Vete! —repitió, alzando la voz.

—Sí, eso, corre, así no verás la verdadera cara de tu querido abuelo. Ya veremos quién te salva cuando te mueras —escupió ella maliciosamente.

Caminé hacia atrás durante unos segundos sin despegar los ojos de mi abuelo que, en el que, a pesar del enfado, pude distinguir su afán por protegerme, como bien había señalado mi abuela. Asintió con la cabeza, gesto que me valió para salir disparada de casa. Atravesé el jardín y, en la esquina, monté en mi bicicleta. Quería alejarme de aquella terrible estampa que me habían regalado.

Desde aquel día, la imagen idílica que de ellos tenía se rompió para siempre.

Pedaleé.

Pedaleé con todas mis energías. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, arramblaban con mi alma, encogían mi corazón de dolor. Tomé, en algún momento, un camino, no supe cuál. Uno cualquiera que me llevara a un sitio donde poder refugiarme. La verdad, no sabía adónde me dirigía. No obstante, la naturaleza, compasiva de mí, se detuvo a mi paso. Como si fuese la espectadora tácita de mi pena, se mantuvo impasible: los gorriones, las gaviotas, se callaron nada más verme; el viento no soplaba; los árboles parecían estar pintados al óleo. Mientras, yo me desmoronaba y me ahogaba en un mar de congoja que no sabía navegar.

No supe cuánto tiempo avancé, solo que, de pronto, estuve delante de un

viejo portalón de hierro forjado, abierto de par en par. Parecía estar esperándome. Entré sin pensar. Seguí un camino asfaltado que me llevó a la parte delantera de una gran casona de dos alturas que resaltaban su planta rectangular. Bajé de la bici y corrí, empujada por un ente superior que me guiaba a buscar a alguien que sabía que sí me podría ayudar.

Así fue.

Debajo de una gran parra, Pablo y su abuelo desayunaban apaciblemente. Al verlos, paré. La angustia se hizo más vívida y me estrujó tan fuerte el pecho que me era imposible respirar; el nudo invisible atado alrededor de mi garganta no me permitía ni hablar ni tan siquiera soltar el grito anclado en ella.

—Valentina. —Lucas se fijó en mí y se levantó con urgencia.

Entre lágrimas, vi a Pablo girarse en su silla.

—Tina.

Su voz, ese murmullo cariñoso en la lejanía, no llegó a tiempo para salvarme: mis rodillas cedieron a la fatiga; el suelo se abrió bajo mis pies, precipitándome a un oscuro agujero de dolor y pena insufribles que atenazaban mi alma. Pero unos brazos fuertes me sostuvieron en el último momento, sin permitirme caer.

—Ey, ey, ey... no, princesa.

Me sujeté a la camiseta de Pablo con fuerza, por miedo a que me soltara. Al calor de su cuerpo, me sentía desfallecer de dolor.

—Valentina, muchacha, ¿qué te ocurre?

Con la mirada perdida en un punto invisible del césped, intenté articular alguna palabra:

—Mi... mi... —Las palabras se me atrancaban entre los sollozos—. Ella...

—¿Tu abuela? —inquirió Pablo entre dientes con los labios pegados a mi sien.

Asentí, llorando. Mis ojos no paraban de derramar lágrimas; las imágenes

de todo lo acaecido se agolpaban en mi mente atormentándome más de lo que estaba.

—¡Maldita mujer! —exclamó Lucas embravecido—. ¡¿Qué hizo ahora?! Josefa, traiga algo para calmar a la niña; Pablo, llévala a la mesa.

Obedeciendo a su abuelo, me izó en brazos con gran facilidad. Su cuerpo, vigoroso y firme, el mismo que la noche anterior era mi deseo, se tornó en mi balsa salvavidas. Era mi hogar. En ese instante supe que junto a él nada malo podría pasarme.

A pesar de todo ello, temblequeaba sin cesar por el recuerdo de lo vivido; el miedo aún me corría en las venas; mi corazón repiqueteaba en el pecho al toque de la aflicción. Un resabio amargo me inundó la boca debido a que no sabía en qué modo anochecería. Notando mi cambio, Pablo me abrazó más fuerte y me sentó sobre su regazo. Como si fuese una niña pequeña, me acunaba, me arropaba con todo su ser y me acariciaba el pelo en su empeño por calmarme.

—Voy adentro, ahora vuelvo —avisó Lucas.

—Princesa, ya está —me susurró—. Estás conmigo y te juro que no permitiré que te pase nada.

Capítulo 11

De bendiciones a confesiones

Después de varias tilas, conseguí aplacar un poco los nervios que, como el acero más frío, me iban rasgando por dentro. Aun así, no necesitaron mucho tiempo para conocer lo acaecido horas antes.

Sentada al lado de Pablo en el gran salón, me abrí en canal sin importarme la imagen que dibujaba de mi familia. Las apariencias eran lo de menos cuando llegué a esta casa y les interrumpí el desayuno. A medida que relataba todo lo que vi, todo lo que viví en aquellos escasos minutos que parecían haberse convertido en la hora más horrible de mi vida, Pablo se levantó del sofá increpando, caminaba de un lado a otro como un animal falto de libertad. Aunque nieto y abuelo se parecían en lo físico, el primero era la representación del ímpetu efervescente de la adolescencia, del brío de la juventud; por el contrario, Lucas, más cauteloso, escuchaba mi relato con atención. Era la imagen de la experiencia, de las alegrías vividas, de los problemas resueltos. En aquellos momentos una cosa me quedó clara: con los años, Pablo desprendería la misma seguridad que Lucas, pues su sola presencia llenaba una sala.

—Tina. —Una voz similar a la de mi abuelo sonó a mi espalda.

Giré el rostro y ahí estaba. Caminaba hacia mí pausado, con esa apariencia cansada que lo acompañaba desde que todo se turbó. Como un resorte me levanté y me tiré a sus brazos.

—Abuelo —sollocé de nuevo.

—*Xa pasou miña neniña*⁷ —me consoló en gallego.

Durante un buen rato estuve abrazada a él. Me separó para observarme con ese inmenso cariño que reconocí en sus verdes ojos. Me limpió con las yemas

de los pulgares las lágrimas que rodaban por mis mejillas sin cesar.

—Ya pasó, todo terminó.

Un pinchazo de miedo estrujó virulentamente mis entrañas hasta que mi corazón lloró sangre.

—Ella... tú... —No sabía cómo exponerlo—. Tú a ella...

—No, Tina, jamás pegaría a tu abuela, ni a nadie. —Confirió más fuerza a sus manos que me sostenían el rostro.

—Muchacha, no pienses así de tu abuelo —intervino Lucas. Se colocó a su lado palmeándole la espalda—. Lo conozco desde que no levantaba un palmo del suelo y, créeme, más de una vez me merecí un pescozón, claro que sí, aunque me los daba verbales.

—Era una de las cosas que te daban miedo, ¿verdad? —comentó Pablo detrás de mí.

Clavé la vista en la camisa blanca de rayas azules de mi abuelo. Asentí, porque era verdad.

Bufó crispado.

—En serio, ¿todo esto por una maldita rosa? Si lo sé, no la corto, porque no sabía que las rosas llevasen nombre.

Pegué un respingo y la mandíbula se me precipitó al suelo por su atrevimiento al decir lo que pensaba delante de ellos dos. Alcé los ojos hacia mi abuelo; no estaba molesto. Me soltó antes de preguntar:

—¿Fuiste tú? —Enarcó una ceja divertido.

—Sí, y si lo sé, no lo hago. No sabía que eran propiedad privada.

—Para ella sí —le contestó Lucas, cruzándose de brazos.

—No conoces a mi esposa, Pablo. Cuando cree que alguien le arrebató algo que, según ella le pertenece, puede reaccionar de esta manera.

—Tampoco quiero conocerla, ¿sabe?

Se puso a mi lado entrelazando nuestras manos mientras nuestros abuelos compartían una mirada llena de intenciones. Se comunicaron a través de ella, estaba segura, pues los dos sonrieron a la vez.

—El banco no correrá peligro con él —apuntó mi abuelo con cierto orgullo.

—Te lo dije, las nuevas generaciones vienen pisando fuerte.

—Lo cual me alegra.

—Amigo mío, lo harán mejor que nosotros.

—¡Por supuesto! —exclamó rotundo—. No esperaba menos de ellos.

—Vamos, Tina. —Tiró de mí.

—Espera. —Lo paré—. Abuelo, ¿me podría quedar aquí?

No quería volver a mi casa, no quería ver a mi abuela, necesitaba poner distancia con todo lo que había sucedido.

—Me lo suponía, por eso vine con Rosario a traerte ropa limpia —me confirmó para mi tranquilidad—. Mañana hablaremos.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla y me fui con Pablo.

—Tenéis nuestra bendición.

La afirmación de Lucas me cogió por sorpresa.

—¿De qué carajo hablas?

—Pablo, un respeto —lo regañó su abuelo con una sonrisa ladeada.

—Me recuerda a ti a su edad —mi abuelo se rascó la barbilla, pensativo—, cuando te dabas ínfulas de adulto. —Estaba claro que se lo estaba pasando muy bien a costa de aquella situación tan surrealista.

—De tal palo, tal astilla. —Los dos se carcajearon.

—¿Bendecirnos? ¿Por qué? —pregunté, estupefacta, intentando que me esclareciesen ese misterio.

—Nosotros nos entendemos —retomó Lucas—, pero prometednos que nunca atentaréis contra el corazón, porque es lo más sagrado que el humano tiene, y os guardaremos el secreto.

Pasamos todo el día juntos. Me enseñó la casa, que de pequeña tenía bien poco. Su estructura, según él cuadrangular, se debía a dos factores: el primero, estaba asentada en una parte bastante abrupta del acantilado y hubo que adaptarla al terreno, así se disfrutaba de las vistas marítimas desde casi cualquier punto de la casa; el segundo, el patio interior, al que desembocaban algunas estancias como la cocina o las antiguas caballerizas, establos y habitaciones de criados, transformadas en bodegas. Aunque el exterior pudiera ser austero en comparación con las construcciones actuales, el interior era muy acogedor. Tenía tantas habitaciones como la mía y nada le debía envidiar, pues las dos se remontaban bien al s. XIX, sino antes. Redecorada por su abuela, sobresalían las mullidas alfombras, los muebles estilo inglés, cortinajes de terciopelo recogidos a los lados por unos cordones dorados, pero, sobre todo, en cualquier lugar de la casa había un jarrón con flores. Eso me llamó la atención. Cuando le pregunté, Pablo me explicó que su abuela siempre se encargaba de llenar la casa de flores; tras su muerte, Lucas mantuvo esa costumbre.

A lo largo de las horas comprobé la diferencia entre una y otra: aquí se respiraba un sosiego que se iba filtrando a través de mi piel o de la respiración; en la mía, pendía sobre cada uno de nosotros cierto nerviosismo insano. Pablo y Lucas se afanaron en entretenerme, en hacerme la estancia lo más cómoda posible, no dejarme pensar en lo ocurrido, si no era con las anécdotas de infancia o de juventud de nuestros abuelos, era jugando al parchís o a las cartas.

El resultado fue mejor de lo esperado.

7 Ya pasó, mi niña.

Capítulo 12

El despertar de Tina

Con la melena desparramada y la cabeza apoyada en una mullida almohada que desprendía un agradable aroma a jabón natural, recordaba cada segundo de esa tarde, mientras Pablo tocaba sobre la piel de mi abdomen las notas invisibles de una guitarra. Él me instaló en su habitación sin dar opción a otra posibilidad. Al principio no estaba conforme, sin embargo, una parte de mí agradecía tenerlo cerca.

—*Volverán las oscuras golondrinas...* —Me besó en el omóplato, estremeciéndome entre sus brazos—. Llevaba días deseando besarlas.

—Lo hubieras hecho.

—No es tan fácil. —Pegó su frente a mi nuca.

—¿Por?

—Es tu piel, tiene un extraño poder en mí: no me puedo separar una vez que te toco, y me olvido del resto. Eres como velcro. —Su aliento viajaba a lo largo de mi columna vertebral provocándome un excitante cosquilleo.

Giré la cara para mirarlo por encima del hombro

—Vaya comparación —protesté—. ¿No podías utilizar pegamento?

—Me valdría si me hubiese acordado. —Recorrió mi cuello con besos, al tiempo que sus manos inquietas volaron hasta la goma de mi pijama.

Me arqueé de gusto.

Por una vez en la vida, quería más.

Con Pablo siempre quería llegar más allá.

Deseaba consumir ese primer momento que se suponía único en la vida de una persona, aunque también el primero que querías olvidar según la

situación. Lo agarré por la cintura para pegarlo más a mí, pero, anhelando un mayor contacto, bajé por su cadera hasta dar con su ropa interior. Allí mis dedos se demoraron acariciando su erguido pene. Enardecida por el placer de tenerlo conmigo y, no podía negarlo, entusiasmada porque mi despertar a la sexualidad fuese a su lado, me giré. Levanté su bello rostro y lo besé. Igualé el ritmo del beso al de mi mano, ya dentro de sus calzoncillos.

—No sigas tocándome así —jadeó en mis labios.

Yo no le podía prestar atención cuando la novedad desconocida, él y su cuerpo, me tenían abnegada. Esa loca pasión, que se generó entre nosotros desde el principio, comenzaba a explotar; me dominaba al convertirme en su esclava, en una aprendiz de concubina. Me sedujo sin control; me trasladó a otra dimensión donde me sentí mujer, no la niña que todavía creían ver algunos. Allí, me olvidé de todo lo acontecido, excepto de Pablo; él se convirtió en mi única realidad. Éramos dos amantes con un mismo destino que desnudaron sus almas para que los sentimientos fluyeran en cascada. Debí guardar esa noche en un recodo de mi mente, ya que, con el paso de los años, no recordaba ese exquisito frenesí, ni tampoco que un día toqué el cielo.

A esas alturas estábamos completamente enredados. Una de sus manos ya se había colado entre mis braguitas, proporcionándome un placer tal que, al introducir dos dedos en mi interior, mi bajo vientre se cargó de una extraña sensación. Caliente, hasta límites que jamás pensé, estallé en una vorágine de mil sensaciones que surgieron de mi interior, consiguiendo que me licuara como la lava. Temblé y me estremecí del mismo modo que lo hizo mi propia existencia pues nada sería igual después de aquella noche. Pablo, casi a la vez, se dejó ir, no obstante, sacó mi mano de su ropa interior.

Todavía con las respiraciones alteradas, nuestras miradas se tropezaron. Sus ojos marrones tenían un brillo que no había visto; su piel, bañada por el sudor, parecía teñirse de canela al estar la habitación a media luz. Mi sonrisa era reflejo de la suya, amplia, que le iluminaba el rostro.

—¿Te ha gustado? —preguntó con voz enronquecida.

Un ataque de timidez se apoderó de mí y me separé de inmediato.

—Has tenido mi pene en tu mano, lo tocaste, me has masturbado; ahora no puedes ponerte tímida.

—Sí puedo —musité.

Tiró de mí atrayéndome hacia su pecho. Mi lugar favorito en el mundo.

—No me has respondido —aludió, acariciándome el pelo.

—¿Se parece a cómo será la primera vez? —Alcé los ojos hacia él.

—Vale, respuesta a la gallega —se rio—. No se iguala, es más intenso.

Asentí con los párpados pesados debido al cansancio, notaba el cuerpo demasiado relajado y algo pesado.

—Tina...

—Sí, me gustó.

Lo último que sentí fueron sus labios en mi frente.

Capítulo 13

El color de los reproches

La mañana siguiente amaneció entre nubes y claros, pero nada borraba mi radiante sonrisa. Observándome en el espejo del baño, casi ni me reconocía. En las pocas semanas que llevaba en Galicia, pues junio no había terminado, mi piel había cobrado un tono moreno que resaltaba el azul de mis ojos. Mis pómulos arrebolados, a saber desde hacía cuánto, le conferían un toque de luminosidad raro en ellos. En mi rostro —ovalado como el de mi abuela, con su misma mirada salvaje; los labios carnosos iguales que los de mi madre, o eso decía la gente, así como su nariz y su color del pelo, castaño oscuro—, algo había cambiado, no externa, sino interiormente. Si la cara era el reflejo del alma, en ella moraba Pablo.

Mi sonrisa se ensanchó.

Nunca creí que se pudiera amar sin condición, porque sí, lo amaba, por él estaría dispuesta a hacer las locuras más grandes. Lo seguiría a los confines del mundo si fuese necesario.

No creía en los cuentos de hadas, sin embargo, mi corazón, del color carmesí, florecía cada día un poco más, abriendo, mostrando sus pétalos hechos de terciopelo. Ellos eran el signo de ese amor.

«¿Él estará enamorado?, ¿o es cosa mía?», medité. Ese era mi mayor temor.

No, no lo sabía de su propia boca, y el recuerdo de Noa deshojando la margarita con ese tal Julián lo tenía muy reciente. Un chico, un año mayor, que solo parecía quererla para la cama. ¿Pablo querría lo mismo de mí?

Agité la cabeza a fin de apartar esos pensamientos un tanto oscuros; no quería estropear un día que podía ser bello. Me recogí la melena en una cola

de caballo y salí hacia el comedor para desayunar con Lucas y él. Fui casi corriendo. También agradecí que la puerta estuviese cerrada, así pude tomar una bocanada de aire para calmarme. La abrí y me llevé una gran sorpresa: mi abuelo estaba a la mesa con una taza de café.

—Buenos días —me saludaron al unísono los tres.

Sin saber cómo debía comportarme, pasé de darle el beso matutino a mi abuelo y me senté al lado de Pablo, que me guiñó un ojo cuando cruzamos una mirada. Me sentí un tanto incómoda por la situación; desvié los ojos hacia el desayuno compuesto por fruta fresca, pasteles caseros y un plato de...

—¡Pan frito! —Mis manos cobraron vida y lo atacaron. Poco a poco lo fui partiendo encima de la taza—. Hacía años que no tenía este desayuno.

—Tu abuelo me lo refirió —me confesó Lucas.

—Gracias.

—Come, *neniña*, come. —Alzó su vaso de café con leche.

No hacía falta que me animasen, ya lo hacía yo solita. Mi estómago rugió, rendido a lo que veían mis ojos, mientras la boca se me hacía agua. Las voces de los tres, a medida que comía, se convirtieron en meros murmullos; además, por mucho que quisiera, me sería imposible levantar la vista. Más pronto de lo esperado, la taza menguó y me sacié como hacía tiempo que no lo estaba.

—Nunca vi comer a una persona con tanta agonía —me bromeó Pablo.

Limpiándome la boca, me encogí de hombros en su dirección.

—El apelativo de princesa no se corresponde con la realidad, voy a tener que buscarte otro. —Chasqueó la lengua con falsa molestia.

—¡He aquí lo que te relaté ayer! ¿Me crees ahora?

Lucas se recostó en la silla y juraría que estiró las piernas en actitud triunfal. Mi abuelo, estático en la silla, con el pocillo de café enganchado en el dedo índice de su mano derecha, alternaba la mirada entre Pablo, que bajó la cabeza ruborizado, y yo, que, básicamente, quería esconderme en el

interior de la taza.

«¡Por Dios, qué vergüenza!», me grité a mí misma. Cerré los ojos en un burdo intento por hacerme invisible.

—Cuídala, muchacho, es lo único que te pido —le dijo muy sereno.

Con los ojos entreabiertos vi que su voz correspondía con su gesto. No estaba molesto, o protector. No. Le estaba dando a Pablo el sitio que le correspondía: a mi lado. Al darme cuenta de ese detalle, lo miré y varias preguntas asaltaron mi mente: ¿estaba dispuesto? ¿Querría ocupar ese sitio? Las inseguridades sobre lo nuestro comenzaron a volar, cuales gorriones, en mi mente. De repente, ya no me sentía tan a gusto; estaba caminando por un terreno que desconocía, que siempre desconocí, y tarde lo comprendí.

Me froté los ojos con el dorso de la mano para disimular el popurrí sentimental de mi interior, apretando tan fuerte que parecía que iba a arrancarlos de las cuencas. Mi deseo era más obvio: ¡salir corriendo a la de ya!

—Tina, ¿lo has pensado? —me preguntó mi abuelo de forma un tanto misteriosa.

—Antes quiero saber cómo está.

No me iba a exponer a otro numerito de mi abuela, ni tampoco a correr riesgos innecesarios con ella. No me fiaba.

—Encerrada en su habitación —me aclaró sin perder la calma—. Entonces, ¿te quedas o te vienes? —reformuló la pregunta.

—Se queda —contestó espontáneamente Pablo por mí.

—No.

Su cambio fue instantáneo y nada disimulado: se tensó, sus ojos marrones se clavaron en mí igual que dos agujijones, abrió las alas de la nariz, apretó la mandíbula y frunció los labios en un gesto de total discordia.

—Pablo, me tengo que ir a casa, no me puedo quedar aquí para siempre —le expliqué, procurando no alterarlo más.

Tiró la servilleta que tenía estrujada entre las manos, encima de su taza,

detalle que no me pasó desapercibido, antes de salir a toda prisa. Lo seguí, ¡por supuesto que sí! Más cabreada tenía que estar yo, pues había sido él quien tomó la palabra por mí sin mi consentimiento. Corría a grandes zancadas y no lo alcancé hasta que se paró en el jardín, cerca de la parra.

—¿Por qué estás enfadado? —Lo agarré del brazo para girarlo hacia mí.

—¿Tienes que preguntarlo? —Alzó el rostro al cielo negando con la cabeza— ¿Cómo eres capaz de volver a esa casa?

—Es mi familia, es mi casa, no me puedo esconder...

—¡Aquí estás bien!

—¡Y allí también! —Subí el tono más que él con los brazos en jarras—. Has escuchado a mi abuelo, está encerrada en su habitación...

—Te estás arriesgando, saldrá alguna vez.

—Si no me ve montará la de San Quintín.

—No te creía tan masoca. —Se giró, dándome la espalda.

—¿Disculpa? —No me esperaba eso de él. Me envaré del mismo enfado que tenía y cerré los puños a los lados del cuerpo.

—Me has escuchado perfectamente. —Se cruzó de brazos con la mirada clavada en el monte que había detrás de las lides de su casa.

—Sí, puede que lo sea incluso contigo —solté sin morderme la lengua.

Se volvió hacia mí, colorado; juraría que había crecido varios centímetros y tenía el cuerpo echado hacia delante a la defensiva.

—¿Conmigo, por qué? —me espetó, ofendido.

—Me dices que no crees en el amor, luego que te hago querer cosas que antes no, me besas sin parar, me tocas y sigues sin creer en el amor. —Le escupí todo lo que llevaba dentro a la cara—. Si hay alguien que debe desconfiar, esa soy yo de ti. ¿Cómo sé que no juegas conmigo? ¿Cómo sé que no te estás aprovechando de mí? ¡A lo mejor el que me toma por tonta eres tú! ¡Vamos, Pablo!, ¡venga, defiéndete! —Estaba quieto; si respiraba, no lo percibí. Sus ojos estaban más oscurecidos. Abrió la boca, quizás para decir algo que no le permití—. Ya me lo has respondido todo, pero que sepas que,

con respecto a ti, yo sí lo tengo claro.

Me di media vuelta y me fui. Sin él saberlo, me había puesto delante la excusa perfecta para volver a mi casa. A cada paso que me alejaba de él, mi corazón se desprendía un poco más del pecho, nunca había sentido un dolor semejante; el dolor de perder aquello que más querías, y lo peor de todo: no me dio tiempo a decírselo. No obstante, si él no estaba dispuesto a luchar por nuestra naciente relación, yo no iba a ser la estúpida que pusiera toda la carne en el asador. No estaba dispuesta a sufrir por un tío que, lo más seguro, no penaría por mí.

Capítulo 14

Los chicos de dieciocho años

El transcurso de aquel día fue extraño, largo, duro a partes iguales. No por el hecho de discutir con Pablo, sino por hacerlo desde el corazón, permitiendo que los sentimientos, las dudas y los miedos tomaran la palabra de la forma en que lo hicieron.

Sus besos, sus caricias hablaban por sí solos, era consciente de ello, sin embargo, a veces debíamos exponer con la voz el amor para que a la otra persona le llegase el mensaje directo, no solo deducirlo, porque ya sabíamos cómo se podían tornar las deducciones en cuestión de segundos. Yo no quería un juego de falso y verdadero, o un examen tipo test. Quería oírsele decir.

El paso del tiempo fue muy muy lento; el ralentí de las agujas del reloj me quemaba por dentro. En mi corazón se abrió una herida invisible ajena a ojos extraños, incluidos los de Pablo; solo la noté al desprenderse de mis ojos dos vulnerables lágrimas. Cuando caí en la cuenta, más cuestiones surgieron: ¿algún día cerraría? ¿O se quedaría clavada en él hasta convertirse en espinitas? Ahora, más que nunca, necesitaba a Noa.

Cuando llegué a casa y encendí el móvil, tenía tres llamadas perdidas de ella. Todavía no era sábado, faltaban dos días, pero seguro que ya estaba en Madrid. Se la devolví sin éxito, no me lo cogió, así que tendría que estar en la piscina, o a saber dónde. A esas horas el móvil estaba más que cargado; yo, más hundida esperando su llamada, y Pablo no daba señales de vida. Procuré entretenerme con todo lo que había a mi alcance, hasta empecé por centésima vez *Romeo y Julieta*, y la fastidié, así a la ligera, sin anestesia, debido a que me vi reflejada en la tragedia shakespeariana. Antes de que me adentrara en pensamientos fatales, el móvil sonó. ¡Salvada por la campana!

—¡Hola, pedorra! —Escuché nada más descolgar.

—Ya sé por qué no te echo de menos —me coñeeé.

—Eso significa que no puedes vivir sin mí, reconócelo, Valentina.

—Cierto, ¿cómo estás?

—Con un calor que te mueres, pegada al aire acondicionado, a la piscina, cansada por haber ido a un pueblo perdido en el que ni Matusalén perdería la sandalia; es más, si te raptan, no acudiré a Paco Lobatón; no te encontrarán, y aburrida —soltó de sopetón.

A esas alturas ya me reía a mandíbula batiente.

—Sí, tú ríete —protestó.

—Ya está. —Aguanté las ganas de reírme—. Hasta aburrida eres divertida. Vente unos días...

—No, Valen, sabes que este año no puedo. Bueno, ¿y tú qué tal?

—Bien —suspiré, y la imagen de Pablo se me vino a la mente.

—¿Eso ha sido un suspiro? —Su asombro traspasó el teléfono—. Has suspirado: señal de un chico, un hombre que te roba el aliento... ¡Mi Valentina ha encontrado el amor! —gritó, entusiasmada por la exclusiva del *Hola*.

—No se te escapa una. —Me recosté apoyando la cabeza en la almohada.

—¡Me lo acabas de confirmar! Cuéntame todos los detalles: nombre, edad... ¡Ay! Como la canción. —Empezó a entonarla—: ¿Cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica su tiempo libre...?

—¿Perales?

—Sí, el nuevo redescubrimiento de mi madre en ese maldito pueblo —bufó—. Si ya sabía que no tenía que ir. Bueno, qué, ¿te tengo que quitar la información con sacacorchos? —inquirió irónica.

—Es Pablo —comenté así al descuido.

De repente todo quedó en el más absoluto de los silencios, no se oía ni una simple interferencia, ni un chasquido. ¡Nada!

—¿Hola? ¿Noa? —la tanteé.

—Vamos a ver, ¿crees que tengo una bolita de cristal para saber quién es ese tal Pablo?

—Es Pablo Hernández de Huría.

—¡¡¿Qué?! —exclamó toda loca—. ¿El otro heredero?

—Sí...

—¡Pero qué bonito!, ¡qué romántico! Amantes fuera y dentro del banco. —Ahora suspiró ella—. Yo también quiero algo así cuando sea mayor. ¡A ver, mujer! Di algo más.

—Es muy bueno, tierno, dulce... —Los adjetivos me salían a raudales—. Creo que...

—Que has conocido al chico de tus sueños. —Terminó por mí la frase—. Chica, siento decírtelo yo: estás hasta las trancas por él.

—Ya, lo que me mata es que no sé si él por mí también.

—Tina, olvídate. Ellos no te dirán nada. Piensan con la polla, solo se preocupan de tenerla saciada; se creen muy machitos y no llegan a la primera pata de la eme mayúscula. Hay una canción de Shania Twain que les va como anillo al dedo, la de *Don't be stupid*.

—Sí, recuerdo cuál es.

—Esa es la banda sonora original de un tío de dieciocho años. Son tristes a más no poder.

—Noa, entiéndeme, necesito hablar contigo, tú tienes más experiencia...

—No digas eso —me interrumpió—. La conclusión a la que acabo de llegar a estas horas es que tengo experiencia en mongolos.

—¿A quién te refieres? —le pregunté un tanto despistada.

Me giré hacia la ventana por si venía Pablo.

—A Julián, ¿a quién sino? —Inspiró—. Su nueva manera de llamar mi atención es golpeando en el suelo —comentó, resignada.

—¡¿Cómo?! —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Muy fácil, con el palo de la escoba. Verás, su habitación cuadra justo debajo de la mía, ¿y qué hace el *tontolaba* este? Golpea con el palo, pero es

tan memo que le sale todo mal. Ayer estuve a punto de bajar, cansada de tanto golpecito; en serio, es cansino. Pero, tía, no me hizo falta, su propia madre lo descubrió, agárrate lo que dijo: «Hijo, tu DNI muestra que tienes dieciocho años; la verdad, parece que has retrocedido a los diez. ¿Puede saberse por qué golpeas en el techo? Hay gente viviendo arriba, no está E.T. ¿Y tú vas a la universidad? Que Dios nos coja confesados». Tía, ni su madre aguanta sus pamplinadas.

A esas alturas solo podía reír. Noa tenía una increíble facilidad para contar todo de manera muy graciosa. Debía reconocer que, en esta ocasión, también se despachó a gusto con su vecino.

—Te dejo, mi padre me ha avisado, hablamos pronto, ¿vale?

—De acuerdo, te llamo yo —propuse.

—Muy bien. Besitos.

—Buenas noches.

Colgué y coloqué el móvil en la mesilla.

Seguí en la misma posición, con la mirada clavada en el ventanal. A lo lejos se oían los ladridos de los perros que amenizaban aquella clara noche. No podía apreciar las estrellas en el firmamento; sí la luna. Apagué la lamparilla y la contemplé en todo su esplendor; su luz se filtraba, perlada, por la ventana; tenue, iluminaba mi espera, me animaba a mantenerme despierta para ver a Pablo, sin embargo, la realidad era que los párpados me pesaban más de lo deseado. El tiempo fue pasando, giraba en mi contra; los segundos volaban veloces, los minutos los perseguían de cerca; vi el caminar de la luna en el cielo hasta que se perdió en la esquina de la ventana.

Pablo no llegaba.

Mi ilusión rozó la pena. Pena por lo sucedido, por lo dicho.

Un pellizco, entre la rabia y el dolor, encogió mi corazón por la pérdida.

Los párpados cedieron al cansancio, no así la mente que, todavía despierta, me recordó las palabras que Tatiana le regaló, inocente, a Oneguin: *«Fue mi vida preludeo fiel de nuestro encuentro; enviado fuiste por los Cielos, mi*

buen guardián... Me visitabas en mis ensueños; tu imagen me consumía, me sentía por tu mirada cautivada. Ha tiempo dentro de mi alma tu voz sonaba como un eco».

Con esa declaración cedí al sueño.

Capítulo 15

Cuando el perdón sale del corazón

«Someday I'll find a way to show you
Just how lucky I am to know you»⁸

—*Miña rapaciña, ¿non te gusta o xantar?*⁹

—Sí, está muy rica, Rosario. —Alcé la vista hacia ella regalándole una sonrisa aunque no tuviese ganas de sonreír.

—Tina, no mientas, no somos tontos —me amonestó cariñosamente mi abuelo—. No has probado bocado.

Lo miré con el ceño fruncido. No era verdad lo que estaba diciendo, me sentía saciada y ya ni podía comer más. Viendo que no iba a darle la razón, me hizo un gesto con la cabeza en dirección al plato. Bajé la vista, segura de lo que había dicho, pero erré: no había comido, solo revolví la comida y la mezclé de tal modo que tenía un aspecto bastante asqueroso. Noté el calor de la vergüenza en las mejillas; abochornada, no me atreví a mirar a nadie. Aun así, juraría que había comido, si no, ¿de dónde me venía esa desgana? Vaya pregunta más tonta: de los nervios y la ansiedad de lo acontecido ayer; de la angustia por pensar que a lo mejor no volvería a ver a Pablo.

—Si la comida no te gusta, te puedo hacer patatas fritas con huevos, o lo que tú quieras —se ofreció amablemente Rosario llenando la jarra de vino al otro lado de la mesa.

—No...

—Rosario, no es que no le guste tu comida, es que nos está enamorada —le aclaró mi abuelo amable, demasiado amable a mi parecer.

«¡Tierra, trágame!», me grité a mí misma. Jamás me había sentido tan incómoda. Apoyé los codos en la mesa y me rodeé la cara con las manos a modo de cortina. Clavé la mirada en el revoltijo que había hecho en el plato deseando ser tan diminuta que cualquier patata me tapase.

—¿*De quen?*¹⁰

—¿Dónde está Lena? —inquirió precavido.

—Durmiendo en su cuarto.

—Pablito.

«¡¿Cómo?! ¿Desde cuándo es Pablito?». Me sorprendió que todo el mundo lo conociese por un diminutivo. ¡Mi abuelo no me había dicho nada!

—¿El pequeño Huría?

El tonito feliz de Rosario me puso más incómoda, nerviosa también. Era el centro de atención por mi supuesta relación con Pablito. Más aún, una relación que no sabía si se había truncado antes de comenzar.

Ahí tenía yo una duda más: ¿en esos días habíamos comenzado algo? Soltar así esa pregunta fue un mazazo para mí. Ni sentido tenía, porque todo había terminado, estaba segura. Ahogada en mi propia casa, atropellada por la gente que quería, me levanté rápido. Quería estar sola.

—Necesito tomar el aire, disculpadme.

—*Filla*, ¿sin comer nada?¹¹ —Rosario se llevó las manos unidas al pecho con una expresión que rozaba más el horror que la sorpresa.

—No te preocupes. —La tranquilicé, intentando sonreír—. Cuando me vuelvan las ganas de comer, regreso.

Salí a toda prisa; no quería que nadie se interpusiera en mi camino. Me importaba un bledo mi abuelo, Rosario, lo que pudieran pensar o que me tomasen por loca. Era tal mi necesidad de marcharme que corrí todo lo que me dieron las piernas y me permitieron las bailarinas, calzado nada adecuado. Corría para huir del recuerdo que Pablo había dejado en mí, sin saber, inocente, que jamás podría escapar de ello. La angustia al pronunciar su nombre me agitó más la respiración; un profundo hueco se abrió en mi pecho;

una horrible lazada me oprimía la garganta y la sentí cuando las lágrimas comenzaron a rodar mejillas abajo. Era mi modo de soltar la tensión, la ansiedad, contenidas las últimas horas. Mi cuerpo se estaba desahogando.

La naturaleza viva a mi alrededor me alteraba aún más: ese resplandeciente verde de la hierba, el cantar atronador de los pájaros me crispaba los nervios. El único que parecía respetarme era el viento, pues ni una triste brisa me golpeaba para refrescarme la piel, ya sudada a esas alturas. En ese entorno despreocupado por mí, un murmullo lejano me frenó y me obligó a parar en seco.

Agotada, con el cuerpo dolorido del esfuerzo, con los pies maltratados por mi inconsciencia,

con un horrible punto de dolor que me cruzó el costado derecho, me limpié esa mezcla de lágrimas y sudor de las mejillas y pude comprobar que estaba en el riachuelo.

Ese día irradiaba una belleza inigualable; desprendía tal serenidad que, a cada nueva bocanada de aire, consiguió que rozase la calma. En ese estado, me abrí camino entre las gramíneas, extendí los brazos y noté las puntas de las altas hierbas en las palmas de las manos. Me acerqué a la orilla del río, así vi cómo de una rama del sauce colgaba una cuerda con un viejo neumático a modo de columpio. En un irrefrenable impulso, me quité las bailarinas y me metí en el agua. Avancé hacia la rueda con sumo cuidado de no resbalar por los cantos rodados; el río bajaba lleno, el agua arrastraba bastante fuerte, golpeaba en mis muslos desnudos. Llegaba a la bastilla del *short*. Su frescor me envolvió, me alivió el cuerpo, y el fluir del agua me despejó la mente. Agarrando fuerte la cuerda, me senté.

—Al fin te encuentro, princesa. ¿Qué haces aquí? —susurró una dulce voz masculina en mi oído, al tiempo que la punta de la nariz recorría el contorno de mi oreja para continuar por mi mejilla.

De inmediato me separé de él, aunque me encantase ese roce. Lo encaré tiesa como una vela, las lágrimas me picaban en los ojos dispuestas a salir. Apreté los puños a los lados del cuerpo de la rabia que me dio verlo delante

de mí tan tranquilo, mientras yo estaba destrozada por dentro.

—¿Tú de qué vas? —vociferé colérica—. ¿Piensas que puedes aparecer así como si nada hubiese pasado?

—¡Eh, eh, eh! ¿A qué viene esto? —Desconfiado, alzó las manos con ademán de pararme.

Su actitud de «no me entero de nada» me enfureció más.

—¿Te estás quedando conmigo?! ¡Llevo horas sin saber de ti! ¡Ayer te estuve esperando y no apareciste!

Pablo, cabreado, separó la rueda de un puñetazo. Avanzó unos pasos hacia mí sin importarle que las bermudas se le mojasen. Su rostro se había contraído con el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Estaba claro que a medida que pasaban los segundos, su enfado iba a más.

—¡Sí, fui a verte, pero estabas dormida!

—¡Mentiroso!, ¡trolero!

—¡Es la verdad, Tina!

El desprecio se reveló en mis palabras:

—No te creo. Solo me quieres para pasar el rato...

—¿Qué dices?!

—¿Cómo sé que no me mientes? —pregunté desafiante, cegada por el dolor que había padecido.

Desesperado, subió la mirada al cielo. Sus ojos marrones se clavaron en mí con fiereza y se cruzó de brazos bruscamente. En cambio, yo tenía que hacer un esfuerzo titánico para no mirarle la boca. Si lo hacía, sería mi perdición, ya que aun con los labios apretados, me resultaban deseosos.

—Tenías la ventana entreabierta y estabas durmiendo vestida, eso me indicó que me esperabas. Me senté en el suelo a observarte, ahí estuve como un subnormal. Admiré cada rasgo de tu rostro, cada línea de tu cuerpo, mientras dormías. Después me tumbé a tu lado, y no me arrepiento, ¿sabes por qué? Por tu reacción: cuando me notaste, me abrazaste. —Hizo una breve pausa. Antes de continuar sonrió de manera ladeada y se acercó un poco más

a mí—. Fue lo más bonito que he vivido.

«¡Hala! Toma boca». Mis ojos, traidores, se posaron en esos labios entre añados y maduros, que daban muestra del hombre en que, en un futuro, se convertiría. Mi rendición fue en todos los sentidos: las piernas me temblaban; el aire se cargó con una extraña electricidad entre nuestros cuerpos que, a la vez, fluía por el agua del río rompiendo mis barreras. Pablo era mi dueño.

—¿Me crees ahora?

—Puede ser, sí.

—Me salió cabezona la niña.

Bajé la mirada un tanto avergonzada por mis acusaciones y por mi actitud. Aunque fue el dolor quien me hizo reaccionar de esa manera ante su presencia, me arrepentía de verdad.

Pablo cubrió la distancia que nos separaba hasta quedar casi pegado a mí. Me rodeó la cara con entre sus manos. Su cálido roce me reconfortó, logrando que aquellas terribles horas, en las que pensé que lo había perdido, desaparecieran. Mi corazón se recompuso en parte. El contraste de temperatura de su piel sobre la mía hizo que la sangre borbotara más caliente en mis venas. Me alzó el rostro y nuestras miradas se encadenaron. En el brillo amarronado de sus ojos pude ver la sinceridad de sus palabras.

¡Qué tonta fui! ¿Cómo pude pensar de aquella manera?

Con un aplomo atípico en un chico de dieciocho años, acercó sus labios a los míos. Comenzó a acariciar las comisuras, el contorno con su boca para excitarme más, para desearlo hasta límites insospechados. En cuestión de segundos me moría entre sus brazos por un beso suyo. Cuando por fin me tuvo donde él quería, al límite de mi consciencia, me besó.

De forma instantánea, mi mandíbula se aflojó. Sin perder tiempo, introdujo su lengua, hambrienta de mi contacto, y jugó a un juego desconocido por mí: la seducción. A través de ese beso me sedujo más a cada segundo. A cada movimiento me conquistaba, me hacía suya, me sometía al deseo impreso en sus labios. Embargada por el amor que sentía por él, me sujeté a sus hombros por miedo a desfallecer.

Temblé.

Quería más.

Necesitaba más.

Fue un beso profundo, en el que había una mezcla explosiva entre furia contenida, ternura y una pasión desbordada que no se agotaba. Sin embargo, el mensaje en él era preciso: no desconfiar de su palabra.

De repente, nunca supe de dónde había sacado el valor suficiente, rompió el beso. Abrí los ojos desconcertada añorando su tacto. Los suyos estaban más encendidos y le daban mayor intensidad a su mirada. El color marrón quedaba casi cubierto por el negro de las pupilas dilatadas. Sus labios, un tanto enrojecidos, eran más deseables que antes.

—Perdóname por lo del otro día, no quería hablarte así —dijo con la voz ronca.

—Creo que ahora eres tú quien debe perdonarme a mí, he desconfiado...
—Me hizo callar colocando su dedo índice sobre mis labios.

—No, no lo acepto, porque no hay nada que perdonar cuando me gustan hasta tus defectos.

Sus palabras no las llevó el viento, sino que quedaron selladas por la dulzura de un nuevo beso.

Tumbados en la hierba, a los pies del sauce, esperábamos a que se nos secase la ropa bajo el sol de la tarde. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, mi brazo izquierdo en su abdomen y una pierna sobre las suyas. Era como una enredadera que lo enrollaba para no dejarlo escapar.

Al fin experimentaba en mis propias carnes esos momentos compartidos, el uno con el otro, en soledad: caricias, dulces besos, arrumacos y ese silencio que habla a través de los gestos y las sonrisas detrás de nuestros labios. Fue mágico; me sentía contenta, relajada al haber disipado aquellos malos

pensamientos. También ayudaban a relajarme los latidos de su corazón debajo de mi oreja.

En ese bienestar en el que Pablo y yo nos instalamos, la naturaleza, molesta en un principio, se tornó la mejor compañera. Sus altas hierbas nos escondían del mundo; los pájaros cantaban en alguna rama; el sol había creado con su calor una cálida burbuja a nuestro alrededor, y el río enviaba una leve brisa que nos refrescaba la piel.

Era simplemente insuperable.

—Creo que Noa se equivoca —musité más para mí que para él.

—¿Noa? —Su curiosidad no me pasó desapercibida.

—Mi mejor amiga...

—Me suena muchísimo ese nombre y no sé de qué —me interrumpió, meditabundo.

—A lo mejor te hablé de ella —repuse, intentando hacer memoria de nuestras conversaciones.

—No lo recuerdo.

—Hay una cantante que se llama Noa.

—Lo sé. —No sonaba convencido—. ¿Y ya os pusisteis al día?

—Sí, estuvimos hablando bastante rato sobre nuestras cosas.

—Vale, el tema fui yo —sentenció, confiado—. ¿Le caigo bien?

Alcé la cabeza hacia él, sorprendida por sus palabras. ¡Había sonado tan engreído! Pero su rostro, relajado, no dio muestras de estar en broma, al contrario, muy a mi pesar, su pregunta iba en serio. Me miró entornando los ojos y, acto seguido, bufó en mi pelo.

—Es tu amiga, me interesa su opinión —se defendió.

Me coloqué de nuevo en mi posición antes de hablar:

—Se alegró mucho de que fueses tú, dijo que éramos amantes fuera y dentro del banco...

—Me di cuenta hace unos días. Continúa.

—Dijo que todos los chicos de dieciocho años pensáis con la polla y vais a

lo que vais —resumí lo importante para saber su reacción.

—Ahí discrepo. —Se posó sobre su codo derecho—. Porque algunos tíos de mi edad, también mayores, vean a las chicas como potenciales polvos no significa que todos lo hagamos. Yo puedo decir que solo me enrollé con una chica de mi clase y ahora ella sale con otro; es más, para perder la virginidad me tuve que ir a Mallorca, de excursión de fin de curso, y fue con una inglesa que tenía la habitación muy cerca de la mía.

Abrí los ojos de par en par, la mandíbula se me descolgó por esa confesión tan espontánea. Sin poder evitarlo, me erguí; no daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¡Este chico era una caja de sorpresas!

—¿En serio?! —exclamé con voz de pito.

Asintió en silencio y se encogió de hombros bastante despreocupado por la información que había compartido conmigo.

—¿De qué más hablasteis Noa y tú?

—Me cantó a Perales.

—¿Cómo? —Ahora el ojiplático era él.

—Sí, hombre, la canción de: «¿cómo es él? ¿en qué lugar se enamoró de ti?» —canturreé.

—Le responderías, ¿no?

—¿A qué?

Esa conversación estaba yendo por derroteros muy extraños. No quería pensar cómo terminaría.

—Mujer, no es tan difícil. —Carraspeó—: ¿Cómo es él? Guapo, soy yo. —Se apuntó el pecho con las manos—. ¿En qué lugar se enamoró de ti? Aquel día que te vi en la playa. ¿De dónde es? De Madrid y veraneo en Galicia, tierra natal de mi familia paterna. ¿A qué dedica su tiempo libre? Me relaja tocar la guitarra, aunque también me está entrando el gusanillo de leer desde que te conozco. —Se incorporó apoyando la espalda en el tronco del árbol—. A esto me refería.

Estallé en sonoras carcajadas. Se había superado a sí mismo. Su reacción,

entrecerrar los ojos, en vez de serenarme me hizo más gracia aún, tanto, que me abracé la cintura. Pablo frunció el gesto. ¡No podía parar de reír!

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó con falso enfado.

No podía articular palabra, estaba encogida sobre mí misma. ¡Lo intenté! Pero no podía ni hablar.

—Así que con esas vamos, te vas a enterar.

Se abalanzó sobre mí y comenzó a hacerme cosquillas. Más carcajadas salieron de mi garganta. Fue un momento de felicidad plena. Luché por apartarlo varias veces, sin embargo, era más fuerte que yo. Además, aprovechaba cada uno de mis movimientos para atacar de nuevo. En una de esas rodamos y se quedó encima de mí. Sus ojos resplandecían de tal forma que parecía haber robado algunos rayos al sol.

En ese instante me enamoré un poco más al verme reflejada en ellos.

8 *Algún día encontraré la manera de mostrarte / La suerte que tengo de conocerte.* Faith Hill “The Way You Love Me”. *Breathe*. Warner Bros. 1999.

9 Mi niñita, ¿no te gusta la comida?

10 ¿De quién?

11 Hija, ¿sin comer nada?

Capítulo 16

No hay cosa más dulce que el amor

*El amor es un humo que sale del vaho de los suspiros; al disiparse,
un fuego que chispea en los ojos de los amantes (...)*
(William Shakespeare; *Romeo y Julieta*. Acto 1º, escena 1ª)

—Me voy a la playa, Rosario.

—Se lo diré a tu abuelo cuando regrese. —Su voz sonó por encima del sonido de la lavadora.

Salí de casa y sobre mi cabeza el cielo estaba encapotado. Había amanecido un bonito día de verano, aunque a medida que transcurría, las nubes tomaron posiciones como el ejército en la batalla. Una sensación de nerviosismo me atenazó, sin razón o con ella, no lo sabía. Solo esperaba que esos nubarrones no bajasen a la tierra y se tradujeran en un nuevo enfrentamiento entre él y yo. El bochorno recargaba el ambiente haciéndolo pesado; la humedad conseguía que, a cada paso que daba, sudara un poco más.

Era insoportable este tiempo.

A ello, se le unía un recelo, o duda, que afloraba en mí. No podía negarle a nadie que estaba colada, hasta el tuétano, por Pablo. ¡Me moría por sus huesos! Sin embargo, no entendía cómo era posible que todavía no hubiésemos tenido sexo. Nos habíamos toqueteado en su cama; nos besábamos sin parar; nuestros cuerpos pedían más, él me lo dejaba claro al pegar su excitación a mí. Entonces, ¿por qué no nos acostábamos?

«A lo mejor, todo radica en mi condición de virgen», pensé, cargando con la culpa.

Bufé cansada, quizás resignada. Visto lo visto, si estábamos destinados solo a ser amigos o compañeros de trabajo era mejor aclararlo ahora, no más tarde. Aunque, sinceramente, eso me haría sufrir igual. Lo quería más que a mi propia vida. Se había convertido de la noche a la mañana en el aire que necesitaba para respirar; era la luz de mi día, mi estrella polar. Con él el tiempo se ralentizaba; su rostro alegre era espejo del mío, el mío del suyo; cuando estaba entre sus brazos, me sentía la chica más especial del mundo, y ese mundo desaparecía con los latidos acompasados de nuestros corazones.

Bajé las escaleras, suspirando.

¿Por qué era tan difícil el amor?

¿Por qué los temas del corazón eran tan complejos?

Caminé por la tibia arena, enterrando los pies en ese manto granulado que me raspaba las plantas y los tobillos. Me acerqué al sitio donde él había tirado las cosas de cualquier manera. Como no estaba por allí cerca, miré a mi alrededor y lo vi dentro del agua, de espaldas a mí, quieto. Algo había en el horizonte que llamaba su atención.

La impaciencia se convirtió en mi peor aliada, porque, un tanto exaltada, estiré la toalla, me quité el vestido y lo dejé hecho un harapo. En dos zancadas fui a la orilla. Allí, pude disfrutar de una agradable brisa marina que me refrescaba, también esperé a notar la temperatura del mar. Era perfecta. Tenía muchas ganas de llegar a su lado, no obstante, me demoré un poco más, quería recrearme en él: sus anchos hombros; su cuello, más largo a esa distancia; su pelo alborotado, el color canela de su piel. Mi cuerpo se encendió de manera instantánea ante su imagen. Estaba deseosa de su contacto, incluso las yemas de mis dedos comenzaron a picarme. Necesitaba tocarlo. Notando mis ojos clavados en su figura, se giró y me cazó mirándolo. Me importó un bledo, en esos momentos no quería disimular que me gustaba.

Sin más dilación, me zambullí.

Nadé lo más rápido que pude. Al darle alcance, me abalancé sobre él. Pablo me recogió entre sus brazos con una infinita dulzura. Jamás conocería a un chico así. Lo sabía. Me estaba malacostumbrando, ya que llegaría un día

en que me faltarían.

—Hola, princesa —murmuró, y su boca, fiera, buscó la mía.

Fue un beso sabroso, profundo, húmedo, con notas a la sal del mar. Nuestras lenguas chocaron, jugaron, se enlazaron en una danza de inagotable seducción. En esa mágica cadencia, el deseo creció en mí, corría por mis venas, calentaba mi sangre de tal forma que me era imposible escapar de aquel torrente de excitación. Ya nada podía separarme de él.

Saborear con ese enloquecido ardor su boca, despejó mis dudas iniciales. Cada día que pasaba junto a él mi inexperiencia desaparecía un grado más; a cada segundo experimentaba algo nuevo dentro de mí. Algo indescriptible que solo comprendías cuando amabas de verdad y te entregabas sin reservas a esa persona. El beso aumentaba la fogosidad de nuestros cuerpos. ¡Juraría que el agua del mar se templó a nuestro alrededor!

Abandonó mi boca para bajar por el cuello con pequeños besos hasta los pechos, que atrapó y estimuló por encima de la tela del biquini.

Entre excitada y asustada, cerré mis manos sobre sus hombros tratando de apartarlo.

—Pablo —pronuncié su nombre jadeante.

Él levantó la cabeza un tanto desconcertado. Me miró fijamente. La intensidad que mostraban sus ojos no era como la de veces anteriores: su color marrón estaba prendido en llamas de pasión.

—Ven. —Se separó de mí y empezó a nadar.

Me dejó anonadada. No entendía nada. ¿Me había perdido parte de la conversación sin enterarme? ¿A qué venían esas prisas? Para no parecer más idiota de lo que ya me sentía, lo seguí. Al salir del agua, me cogió de la mano y tiró de mí. Nos encaminamos hacia el otro lado de la playa a toda prisa.

—Coge las toallas —me ordenó al pasar a la altura de nuestras pertenencias.

Obedecí, agarrándolas casi al vuelo, porque no me soltaba la mano ni por asomo. Me la apretaba cada vez más fuerte, quizás temía que me

desvaneciese o me volviese etérea en contra de su voluntad. ¡Ni de coña! No me iba a alejar de él.

Llegamos a una cueva que se abría en la roca. Era una cavidad de tamaño medio; los rayos del sol, que se colaban entre las nubes, entraban en ciertas partes, aunque casi toda estaba a oscuras. Aquel lugar era perfecto, incluso me aventuré a pensar que era muy romántico. Además, no importaba lo que hicieras, te protegía de ojos indiscretos.

Pablo soltó el aire que, en algún momento, se le había quedado congelado en los pulmones. Me arrancó de las manos las toallas para colocarlas en la arena, una al lado de la otra, creando una especie de cama. Después, se volvió hacia mí. Su mirada, y el gesto de su rostro en general, pretendían mostrarse tranquilos, pero no lo logró. Una sombra de angustia cruzó sus ojos. No me gustó nada. Me acerqué a él con la intención, al menos, de enterarme de qué hacíamos ahí.

—Voy a hacerte el amor —soltó a bocajarro.

«¡¿Qué?!», exclamé en mi fuero interno. Fue tal la impresión que abrí los ojos todo cuanto me dieron; alcé tanto las cejas que casi me llegaron a la raíz del pelo y la mandíbula se me desplomó al suelo, ¡seguro que se me veían las amígdalas! No daba crédito. Yo pensaba que eso surgía, no que te lo decían, ¡hala!, así a la fresca, como si te estuvieran hablando de la meteorología. Mientras que yo estaba pasmada, Pablo aparentaba estar más sosegado, incluso tener la situación bajo control.

—Tranquila. —Me besó en la frente—. Te lo digo porque la próxima vez que te bese en los labios no me voy a poder controlar, no voy a ser dueño de mis actos y no quiero que te asustes; quiero que disfrutes de este momento como yo lo voy a disfrutar...

—¿Cómo sabes que vas a disfrutarlo? —inquirí, insegura. Jamás me sentí tan hecha un flan.

—Porque es contigo, Tina. —Me acarició la mejilla con el dorso de su dedo índice.

Si se hubiera echado a reír, no habría reaccionado; si hubiese habido un

cataclismo, no me habría enterado, ya que estaba en un mundo paralelo donde solo había vida por esa sonrisa tierna que dibujaba su boca e iluminaba su rostro. Era consciente de que estaba en un estado de nervios grave: me temblaban las piernas de tal forma que, más tarde o más temprano, me fallarían. Pablo, dándose cuenta, me abrazó. Le rodeé la cintura con los brazos, enterré la cara en su pecho, salpicado por un suave vello, y su aroma a almizcle, jazmín, lavanda, mezclado con el olor único del mar, fue el bálsamo que necesitaba para calmarme. Ejerció un poder sobre mí que desembocó directamente en mi centro de placer, despertando las ansias de poseerlo y hacerlo mío.

Pablo, con su rostro escondido en el hueco de mi cuello, comenzó de nuevo con esos pequeños besos, livianos roces con la punta de la lengua. Mi cuerpo cedió a él.

—No me hagas un chupetón —le pedí con voz queda.

—A mí no me gusta hacerlos, parece que estoy marcando una vaca.

Lo dijo con tal convicción que de entre mis labios se escapó una risilla nerviosa. Pero no fue solo por eso, sino que soltó su cálido aliento sobre mi sensibilizada piel, penetró en cada poro y la hizo hormiguitar. Cegada por esa suave caricia, mi boca cobró vida. Recorrí, poco a poco, su ancho pecho con besos cortos para que su esencia quedase impregnada en ellos. No desaproveché la ocasión para experimentar, y lo hice con sus pezones, que, ante mi caricia, se endurecieron más. Comprobar cómo su cuerpo respondía a mí me enaltecía.

Víctima de una premura que jamás había vivido, alcé las manos, sujeté su rostro y lo besé. Fue un beso voraz, demoledor. Nuestras lenguas se unieron, febriles por el deseo. Pablo, con manos nerviosas, movimientos rápidos, un tanto torpes también, liberaron mis pechos de la parte de arriba del biquini. Ahora estábamos piel con piel. Sentirlo tan pegado a mí fue una sensación estimulante que me arrebató los sentidos. Ávida por culminar, por tenerlo dentro, mis manos volaron a la cinturilla de su bañador y una se coló dentro. Al principio acaricié su dureza de forma tímida, luego me lancé, impulsiva, y

se lo agarré fuerte. Pablo gimió en mi boca. Mi cuerpo vibró en ese instante.

Me separé con la respiración agitada y no pude evitar clavar la vista en esa mano que se movía sobre su miembro. De repente, me entró un ataque de pánico.

—Pablo, yo no sé, ¿y si lo hago mal? ¿Y si no te gusta? Nunca lo hice...

—Me preguntas todo esto con mi pene en tu mano, ¿te das cuenta?

Como si me hubiese pillado robándolo, me separé de él.

—Tina, no pienses, déjate llevar —me aconsejó con voz enronquecida.

Me cogió de la mano y me dirigió a las toallas. Siempre tierno, me empujó hasta que quedé tumbada. Me separó las piernas con una rodilla mientras se deshacía de la parte de abajo de mi biquini y de su bañador, que acabaron tirados a un lado. Desde mi posición comprobé que irradiaba cierto nerviosismo a pesar de sus esfuerzos por no aparentarlo.

Colocado de nuevo sobre mí, volvimos a besarnos. Nuestras lenguas reavivaban el fuego, marcaban el ritmo de nuestro deseo. Una de sus manos me acarició un pecho, endureciendo a su paso el pezón, para continuar por la línea de mis costillas, las caderas. Las yemas de sus dedos dejaron un rastro delicado, al igual que las alas de las mariposas, sobre mi piel. Metió la mano entre nuestros cuerpos y alcanzó mi húmeda entrepierna que ansiaba sus atenciones. Introdujo un dedo en mi interior. Se movía con extrema delicadeza, paciente; excitaba más mi trémula piel, incluso, descubrió ese punto sensible de mi cuerpo que me hizo temblar y me cortó el aliento. En cuestión de minutos, exploté en un torbellino de sensaciones y mi sangre se convirtió en lava.

De repente, se separó de mí. Abrí los ojos. No sabía cuándo los había cerrado. Lo vi arrodillado poniéndose el condón. Fue la imagen más erótica que había contemplado jamás.

Volvió a situarse encima de mí, apoyado, esta vez, en sus antebrazos. Me miró con dulzura; podría decir que sus ojos me acunaron al tiempo que me penetraba. Al principio lento, después de unos segundos, lo hizo con firmeza y de un solo empellón. Me abracé a él cerrando los ojos con fuerza.

—¿Te duele?

No me dolía. Era una especie de extraña quemazón latente en mi bajo vientre. Me tenía que habituar a él, a su tamaño. Pablo, quieto, me dio un tierno beso. Abrí los ojos de nuevo y ahí estaba, mirándome como si fuese la única chica en la faz de la tierra. El miedo a la primera vez se borró, pues él consiguió que se convirtiera en algo mágico, especial, digno de recordar.

Si esa era su intención, lo logró. Nunca lo olvidé.

Negué con la cabeza. Pablo comenzó a moverse despacio para que me acostumbrara a él, sin romper el beso. Luego, incrementó la intensidad de sus envites, mucho más profundos y precisos. Mis manos se deslizaron por su espalda, de tensos músculos, hasta su trasero, que apreté incitándolo a moverse, a lo que él respondió con más ímpetu. Mi cuerpo convulso se rindió, una vez más, a esa espiral de placer a la que él me condujo. Perdida en otra dimensión, cobijada por su cuerpo, sin resuello, comprendí el significado del verbo amar. Pablo, en dos embestidas más, se dejó ir con un leve gruñido.

Durante un rato, se quedó encima de mí. Todavía jadeantes y temblorosos, tratamos de recomponernos.

—Te quiero, princesa —murmuró, apoyando su frente en la mía.

Esa frase fue un disparo directo al corazón que, henchido de felicidad, se saltó varios latidos antes de galopar en mi pecho con una nueva intensidad. Le tomé el rostro entre mis manos y me percaté de algo que supe que jamás volvería a experimentar si no era con Pablo. Ese algo fue el calor de su mirada. Nunca unos ojos me habían observado con esa mezcla de amor, ternura, como lo hizo él en ese momento. Me olvidé de respirar. Sin palabras ante tal declaración, reaccioné de la única manera que se me ocurrió: lo besé. No con pasión, sino con devoción, para mostrarle que sus sentimientos eran más que correspondidos. Su tímida sonrisa fue la respuesta.

Salió de mí y rodó hasta quedar a mi lado. Me arrastró con él y mi cabeza quedó sobre su pecho.

Era perfecto.

Todo era perfecto.

Fue como lo había soñado.

El ambiente a nuestro alrededor era tranquilo tras haber hecho el amor. El aroma de su piel se había entremezclado con el mío; dos sinfonías armonizaban mis oídos: los latidos de su corazón al compás de las olas en la playa que, a mayores, inundaba la cueva con ese inconfundible olor a yodo. Mis músculos estaban extenuados, pero, en esa lasitud en la que me hallaba, el resplandor de la felicidad me iluminaba, me sentía dichosa, ya que estaba con el chico al que amaba. El hombre de mi vida.

Alcé la vista y ahí estaba, sonriente. Jugaba con nuestras manos, enlazando o desenlazando los dedos a la tenue luz del sol. Embriagada de amor, lo abracé más fuerte. Solo quería disfrutar de ese momento único en mi vida. Deseaba parar todos los relojes, congelar el tiempo y estar para siempre con Pablo.

Él rompió la quietud al tararear la canción. Aquella que había sido causante del enfrentamiento con mi abuela. Me erguí para encararlo antes de hablar:

—¿Qué canción es? —inquirí con cierta inquietud.

—*La vie en rose*, de Édith Piaf —me contestó en un perfecto francés.

—¿Es muy vieja?

—Tendría que buscarlo, pero, vamos, tiene décadas. ¿Por?

La verdad, que mi abuela conociese esa canción no me sorprendió, ella se había criado en Francia y no regresó hasta muchos años después. Lo que sí había sido extraño fue su reacción al escucharla. ¿Por qué? ¿Qué razón la llevó a hablarme de ese modo?

—Tina, ¿qué ocurre? —Se incorporó para estar a mi altura sin importarle nuestra desnudez.

Colocó una mano en mi mejilla, acariciándome con la yema de su pulgar

el pómulo. Esa sencilla carantoña me derritió.

—El día que terminé en tu casa, a mi abuela le enfureció mucho escucharme canturrear esa canción. Acusó a mi abuelo de habérmela enseñado.

—¡Tu abuelo! —exclamó, enarcando una ceja. Retiró su mano de mi piel—. No me imagino a tu abuelo, ni tampoco al mío, escuchando *La vie en rose*. —Su acento me enamoraba a pasos agigantados, estaba claro.

—Ya ves.

—Aunque viniendo de tu abuela, me lo creo todo; es más rara que un perro verde. —Se encogió de hombros.

Era cierto, su comportamiento no daba lugar a dudas. Desde que había vuelto de casa de Lucas no la había visto. Aun así, me dolía la percepción que Pablo tenía de ella. Era como mi madre, la quería y la respetaba de la misma manera, sin embargo, no podía defenderla. No, tras lo sucedido.

—No recuerdo a mis padres escuchar esta canción, y mi madre es francesa —continuó—. Tampoco a mis abuelos. Mi abuelo es más de música clásica, ópera, aunque ahora soporta de todo, incluso se ha vuelto crítico de U2.

—¡Qué dices! —Me tapé la mano con la boca a causa del eco.

—Sí, como lo oyes, analiza todas las letras. —Cogió mi pierna derecha y comenzó a acariciarla—. Sabe inglés, mi abuela le enseñó, aunque ya no lo habla. Se compenetraban a la perfección. Creo que ni mis padres llegan a ese nivel.

Con la mirada clavada en mi muslo, se perdió en sus recuerdos. Su gesto se tornó triste por la persona que había perdido. No quería imaginarme el sufrimiento que supondría perder a mis abuelos. Un pellizco entre el dolor y el miedo apretó mi corazón, cruzó mi pecho, me arrebató parte de la alegría que sentía. Una pregunta se alojó en mi cerebro para quedarse: «¿Qué recuerdo tendría yo de ellos?». Cuando antes la respuesta era muy sencilla, ya no lo era. Negué con la cabeza en silencio, observando cómo su mano recorría mi pantorrilla.

—Ey, Tina. —Colocó su dedo índice bajo mi mentón para elevar mi rostro

hacia él. Nuestras miradas chocaron sin ninguna intención de separarse, ya que el azul de mis ojos se perdió en el marrón de los suyos. Así, enganchadas, bailaron un vals infinito—. No perdamos el tiempo con pensamientos tristes; ellos ya vivieron su historia, ahora es nuestro momento, aprovechémoslo.

Me cogió por los hombros y me arrastró hasta que quedamos tumbados de nuevo. Me besó con determinación, en un intento por borrar toda la pena que habíamos vivido.

La pasión nos hizo olvidar el resto.

2ª PARTE

Esto no es el final

*Shot through the heart
And you're to blame
You give love a bad name
I play my part
And you play your game
You give love a bad name¹²*

*12 Disparo directo al corazón / Y es tu culpa / Tú le das mala fama al amor /
Yo interpreto mi papel Y tú juegas tu juego / Tú le das mala fama al amor.
Bon Jovi "You Give Love a Bad Name". *Slippery When Wet*. Mercury
Records. 1986.*

Capítulo 17

Un alma en pena

Magdalena arrastraba los pies pesarosa.

Su vida languidecía desde hacía largos años.

Nadie parecía advertirlo.

Nadie escuchaba su silencioso lamento.

A nadie le alarmaba.

Una gran pena le oprimía las entrañas, la doblegaba dejándola carente de consciencia. Durante esos años, se dedicó en cuerpo y alma a su nieta. No fue más que un mero placebo.

Solo una cosa era cierta: el rencor que años ha floreció en su pecho.

Un pecho que él yermó.

Ahora, todo se había intensificado. Su amor de madre la ahogaba en lágrimas amargas; en una funesta omisión que se le clavaba en lo más hondo del alma.

Sí, era madre. Mas hubo un día que el hijo le gritó la verdad a la cara, la echó de su vida. La repudió. Se marchó con todo lo que eso conllevaba.

Lo perdió.

Todo aquello era irrecuperable.

Se llevó la mano al pecho. Un pinchazo le cruzó el corazón y salió al exterior, efecto de ese aciago recuerdo que se retorció en su interior como la daga que siempre llevaría clavada la imagen de La Dolorosa. No había dolor más inmenso que la pérdida de un hijo estando viva.

¿Alma y corazón? ¡Qué decir! Una se corrompió con la vida; el otro fue amputado, cosido y más tarde mal remendado, porque todavía, entre sus

costuras, segregaba finos hilos de sangre.

Recuperó el hálito gracias a una brisa que no le permitía cejar en su empeño de ir a ese lugar donde, una vez, rozó las migas de la felicidad.

Continuó su camino, entretanto los primeros recuerdos que tenía de Galicia bailaban en la retina de sus ojos. Cada nuevo paso que daba le costaba un suspiro; era una nueva piedra incrustada en su zapato. A cada nuevo avance se flagelaba más.

Algo en el ambiente la frenó.

Los sonidos de la naturaleza se confundían con otros. Tal vez los intentaba encubrir.

Aguzó el oído y ahí los escuchó. Eran los gemidos del más bajo de los pecados. La lujuria había enredado a una inocente pareja de jóvenes que se rendían a ella cuales siervos, enloquecidos por la pasión, cegados por el deseo. No se percataban de que, a lo lejos, alguien los observaba con un regusto amargo. Muchas décadas atrás, en aquel mismo lugar, a los pies de aquel mismo sauce, ella se entregó a un amor ardiente. Le enardeció el cuerpo, le vibró el alma cada vez que recibió aquel placer que la hizo gritar.

La muchacha, con el vestido arremolinado en su cintura, contoneaba sus caderas, lentamente, encima de su amante; en los temblores de su delgado y febril cuerpo reconoció la inexperiencia, al tiempo que las manos de él la tranquilizaban y la adiestraban en cómo se hacía.

También se reconoció en ello. Las manos de un hombre también le imprimieron la seguridad para moverse como si cabalgase un negro corcel de pura sangre. Así lo veían sus ojos.

Mas hubo algo, un simple detalle que, hasta entonces, le había pasado desapercibido.

La muchacha de larga melena castaña —desparramada por su espalda al tener la cabeza echada hacia atrás—, de cuerpo menudo y pechos todavía pequeños, era su nieta.

La pareja se movió y la hierba los escondió. La imagen pasó a cámara lenta ante sus ojos, por ello pudo atisbar quién era su amante: Huría.

La bilis le subió esófago arriba. La paladeó en la boca del mismo modo que aquella otra tarde en la que descubrió a ese hijo entramando una traición mayor a la que ella vivió.

El pasado regresaba virulento.

Capítulo 18

La decisión

—Te veo esta noche en tu habitación.

—No.

Pablo se tensó ante mi negativa.

—¿Te has cansado de mí tan pronto? —preguntó en un tono de falso disgusto.

—No, tonto. —Le eché los brazos al cuello y acerqué mis labios a su oído, incrementando su expectación—. Así mañana nos cogemos con más ganas.

Soltó una carcajada y echó la cabeza hacia atrás.

—¿He dicho algo gracioso?

Me miró sin perder la sonrisa. Aquella que tanto me hacía suspirar. La misma que me hacía vibrar.

—No, como diría mi abuelo: «Es una verdad como un templo». —Me dio un beso muy tierno—. Con una condición.

—Vale, ¿cuál?

—Mañana a las doce nos vemos en la playa. —Me pegó más a su cuerpo al rodearme por la cintura—. Es mucho tiempo sin ti, compréndeme.

Su garganta dio sonido, vida, a unas bellas palabras que su lengua acarició para convertirlas en un nuevo tesoro de nuestro amor. Lo besé. ¡Qué más podía hacer si sus labios habían conseguido que mi grado de enamoramiento se multiplicara por mil! Aun así, un viejo temor en mi corazón empañó ese momento.

—Me estás malacostumbrando.

—¿Ah, sí? —enarcó una ceja un tanto contrariado.

—Sí, llegará un día en que no me digas estas cosas y entonces pensaré mal.

Ya estaba dicho. No había vuelta atrás. Dar voz a una de mis inseguridades me dejó muy indefensa ante Pablo. Esa fue la primera y última vez que lo haría, pues había ocasiones que no compensaba exponerse a los demás, dándoles la oportunidad de que te hiriesen en lo más profundo del alma.

—Nunca pasará, porque, tarde más o menos, siempre te diré algo bonito. —Pegó sus labios a mi oreja—. ¿Te cuento un secreto, princesa?

Ese apelativo tenía el poder de estremecerme desde hacía días y mi piel se erizó bajo el vuelo de su cálido aliento.

—¿Qué? —solté con voz queda, expulsando, también, el aire que se había quedado atrapado en mis pulmones.

—Soy romántico.

Me separé de él y arrugué la nariz en un gesto desagradable que afiancé al negar con la cabeza. Pablo, sorprendido, a la vez que dubitativo, aflojó su agarre. Sus ojos se mostraron ante mí más aprensivos que nunca, incluso su rostro se puso algo pálido. Mi expresión lo había dejado bloqueado. Para no hacerlo sufrir más, hablé:

—No me había dado cuenta —bromeé, conteniendo la risa.

—Mira que eres mala. —Buscó mi boca y la devoró. Suspiró al separarse—. Venga, ve para casa o nos quedaremos aquí.

Nos besamos de nuevo. Él con los ojos cerrados; yo con ellos abiertos. En un arrebató, tomé su rostro entre mis manos para retenerlo un poco más a mi lado. Pasado un rato, muy a mi pesar, rompió el beso. Durante unos segundos, nos miramos en silencio.

—Hasta mañana, Tina. —Haciendo acopio de toda su fortaleza, se recolocó en la bicicleta y salió disparado.

Yo solo asentí. No podía decirle un adiós, un simple hasta luego o un buenas noches. Cada vez me costaba más alejarme de él. Era mi alegría. El

corazón me brincaba, se alimentaba, con la promesa de vernos al día siguiente. Con él respiraba, paladeaba las mieles del amor y olvidaba que hacía días que no veía a mi abuela, ni ella hacía nada por verme. Me estaba arrepintiéndome de haberle pedido que no viniese.

Hoy Romeo no subiría por mi balcón.

Anduve hacia casa con la bici sujeta por el manillar. Sentía las rodillas temblorosas a causa de lo que denominé desde ese día como el efecto Pablo, y además de tanto sexo. Era verlo, aunque fuese de lejos, y la excitación se desprendía de mi bajo vientre y me recorría todo el cuerpo, se me aceleraba la respiración, mi corazón galopaba loco por él; a veces, incluso humedecía la ropa interior. Mi deseo estaba descontrolado. Una tonta sonrisa se me dibujó en la cara, porque saber que mis sentimientos eran correspondidos me hacía la chica más afortunada de la faz de la tierra.

«Tengo que contárselo a Noa», me avisé para mis adentros. Pegué un pequeño brinco de la emoción. La dejaría anonadada. No se esperaría ninguna de las novedades que tenía. No obstante, sabía a lo que me enfrentaba: su interrogatorio. Querría todos los detalles y debía conseguir que aquellos más especiales no salieran de mi boca, ya que debían ser solo para mí. Al pensarlo, una risilla maliciosa se escapó de entre mis labios. Estaba tardando en llamar a mi amiga.

Eché a correr. Una fría brisa se colaba a través las tuyas, agitaba sus espesas copas, me alborotaba el pelo debajo de mi gorro de paja y, entre la carrera y ese incómodo viento, algunas gravas se colaron dentro de mis zapatos. Miré al cielo, que se encapotaba cada vez más. No eran las típicas nubes negras, pero la amenaza de lluvia era más que clara. En Galicia el tiempo cambiaba muy rápido.

Cuando llegué, apoyé la bici en el portalón y entré en casa. Según todos los horóscopos, por mi fecha de nacimiento era cáncer y, como tal, bastante intuitiva, o eso afirmaban. En mi caso la intuición debía de estar incubándose, porque fallaba estrepitosamente. Excepto ese día. La quietud en el interior era de todo menos normal; la oscuridad en el recibidor, al igual que en el resto

del pasillo, revelaba un descuido muy extraño en Rosario. Ella conocía los horarios de esa casa como la palma de su mano.

Mi mente se retrotrajo a aquella tarde en la que comenzó esa situación que me alteraba y se filtraba en el aire que respiraba.

El silencio.

Ese aciago silencio me advirtió del peligro. Ni un ruido ni voces lejanas, solo mis tenis contra el suelo se perdían en la inmensidad de los cuatro lados de la casa. Agucé el oído y ni en la cocina se oía trastear a nadie. Tampoco olía a comida. Era como si la hubiesen abandonado de repente y se hubiesen olvidado de mí. Lentamente, con cierta reticencia, me acerqué a la escalera de madera que llevaba a los pisos superiores. Subí dos escalones resguardados por una impresionante alfombra oriental sujeta, en cada peldaño, por una varilla. Miré por el hueco, pero a simple vista todo parecía demasiado tranquilo.

De pronto, el ruido de una puerta al abrirse me sobresaltó. Bajé a toda prisa y me pegué a la pared, con las manos detrás de mí. No quería que nadie me viera.

—Lena, no hagas cosas de las que luego te arrepientas. —Oí a mí abuelo en tono bastante seco.

—Tú a mí jamás —recalcó la última palabra—, ¡jamás!, me vas a decir qué debo y no debo hacer, ya lo hiciste durante muchos años.

—No te prohibí nada, siempre te dejé que actuaras con libertad —le recriminó o, más bien, le recordó.

—Nunca fui libre, Álvaro, no como tú. Atente a las consecuencias. Tú no me pediste opinión en ciertas decisiones, tú sabes cuales; ahora soy yo la que va a cumplir su voluntad.

Los tacones de mi abuela, cuales disparos de cañones, resonaron en toda la casa.

El sosiego posterior me hizo ser testigo de la manera en que me retumbaba el corazón en el centro del pecho. Estaba entre sorprendida y asustada. Di gracias por estar apoyada contra la pared, pues, de los nervios, me fallaba el

equilibrio. Inspiré profundamente y, al bajar la mirada, algo me llamó la atención. Pegados a la esquina del primer escalón, había cuatro bultos. No eran cuatro bultos cualesquiera, eran cuatro maletas. Las dos de mi abuela y las mías.

«¿Nos vamos? ¡A mí no me moverá nadie de aquí!» grité a un ente invisible.

En respuesta a mi protesta, Rosario apareció enjugándose las lágrimas. Su media estatura parecía haber encogido, caminaba arrastrando los pies, cabizbaja. Varias veces sorbió por la nariz, otras tantas se sonó sin darse cuenta de mi presencia. Era invisible para ella. Tampoco me resultó extraño: no levantaba la vista del suelo. En cambio, mi abuela, a la que una vez mi abuelo definió como un halcón, me vio antes de llegar a mi altura.

—Cariño, has llegado. —No me pasó desapercibido su tono falso y el gesto torcido de su rostro—. Venga, regresamos a Madrid.

—No —me negué en redondo.

Lo tenía decidido, yo no me iba a mover de allí hasta el final de las vacaciones. Mi abuela entrecerró los ojos, frunció los labios en una mueca de total desaprobación. Su rostro, en general impertérrito, rígido, se tiñó por una sombra que me atemorizó, ya que después de todo lo vivido con ella, no sabía cuál sería su reacción a mi oposición.

—Lo harás. —Quizá no era tanto una orden como una amenaza.

—¡No quiero irme! —le espeté.

Dispuesta a defender mi decisión, me separé de la pared, enrabiada, con los puños apretados a los lados de mi cuerpo. A lo mejor mi comportamiento era muy caprichoso, pero, la verdad, me daba igual. No iba a ceder.

Esta vez no.

Mi abuela se abalanzó sobre mí y me estrujó la muñeca con una fuerza descomunal. Hasta pensé que iba a cruzarme la cara, porque un rayo de odio iluminó el azul de sus ojos. Mientras que a ella la dominaba la ira, yo era víctima del miedo más atroz. Tenía el cuerpo paralizado, la sangre aterida por completo en las venas; el palpitar de mi corazón era descompasado y los ojos

me amenazaron con derramar lágrimas. No sabía los derroteros que tomaría aquella situación.

—¡Tú te vienes conmigo y punto!

—¡No!

—Suelta a la niña, Lena —le ordenó mi abuelo desde lo alto de las escaleras.

Su desafiante voz la liberó de esa extraña posesión. Tuvo un efecto exorcista sobre ella, ya que aflojó su agarre, lo cual agradecí al notar que la sangre me volvía a fluir en los dedos. Sus ojos también mostraron cierto cambio: se volvieron vidriosos. Aunque jamás derramarían nada.

—Así me pagas todos estos años que te he criado como si fuera tu madre, ¿es que no te importa tu abuela? Te estás portando muy mal conmigo, no me merezco este trato ni tampoco que me hables de esa manera tan grosera. Siempre te he dado mi amor y mi cariño, ¿y esto recibo a cambio?

Sus palabras, su mirada cariñosa poco a poco hacían mella en mí. Me daba pena. La mujer fuerte desaparecía en pos de una mujer desvalida, por algún motivo que se me escapaba. Quería comprenderla, no obstante no conocía su historia. Además, era demasiado joven para percibir el sonido del chantaje.

—Anda, Tina, ¿vas a dejar sola a tu abuela?

En ese instante, la imagen de Pablo me vino a la mente arramblando con todo a su paso. Me acordé de nuestra cita de la mañana, de su dulce beso al despedirnos, de sus miradas, sus sonrisas, sus caricias. Me di cuenta de que si me marchaba, no solo me iba a arrepentir, sino que lo perdería, estaba segura, porque él no lo entendería. Un nudo me oprimió la garganta al vislumbrar esa posibilidad. Así, en mitad de una encrucijada, me vi dividida: dejar a mi abuela por un chico o irme con ella. Durante esos eternos segundos no sabía qué hacer, me presionaba y, finalmente, mis pocas ganas de regresar a Madrid desequilibraron la balanza. Fue la primera vez que le hice caso a mi corazón.

—Me quedo. —Di voz a mi decisión.

—La niña ya ha decidido —recalcó mi abuelo con un tono cortante,

lacerante, además de frío.

El gesto de mi abuela mudó de manera fulgurante. Era altivo y, a un mismo tiempo, mostraba asco. Sí, asco. En décimas de segundo pasé de nieta a convertirme en un ser al que despreciar. Aquella percepción me dolió en lo más profundo del alma. Su actitud maternal, a veces cómplice, se desvanecía por esa otra tan indiferente, a la que no estaba acostumbraba y que parecía innata en ella. Sus ojos se volvieron del azul del hielo, impenetrables, y en ellos vi su verdadera naturaleza: la animadversión por aquellos que no hacían lo que ella quería. Con un añadido: esta vez la culpa era toda mía.

—Eres igual que todos —me espetó, elevando un poco el labio superior y el mentón en postura arrogante—. Pensaba que eras mejor, pero ya veo me equivoqué. —Se separó de mí como si pudiera contagiarle alguna enfermedad peligrosa—. Traidora como tu padrino y tan puta como tu madre.

—Alfonso, Rosario, llevaos a la niña de aquí —ordenó mi abuelo que bajaba las escaleras con una rapidez tal que parecía haber recuperado la juventud de antaño—. ¡Ahora!

Sentada en una de las sillas de la cocina, con la mirada clavada en el mantel a cuadros azules y blancos que cubría la mesa, me acunaba a mí misma cual niña abandonada, cuyo padre trabajaba demasiado, con el que apenas compartía una tarde de domingo; esa niña que había crecido al amparo de sus abuelos y que no sabía si era bienvenida o si, simplemente, la querían como siempre había creído. Estaba extraviada en inhóspitos caminos desconocidos, pues nunca había transitado por esa pena que se adhería a ella igual que una sanguijuela. Me abrazaba a modo de protección. Aquel suceso jamás lo olvidaría.

Estaba en completo *shock*. Solo era consciente del dolor que me atenazaba, me atravesaba el pecho y salía por la espalda, como una lanza;

respiraba de forma tan descompasada que el aire no me llegaba a los pulmones, así aumentaba la sensación de falta de vida; los oídos los tenía taponados por una extraña presión que me alejaba del mundo.

Ese dolor me iba consumiendo desde dentro y aquellas últimas palabras lo avivaban aún más.

Lo que me infligió más daño fue el rechazo y el brillo azulado de su odio por mí. Me sentí un estorbo; me convertí en algo que se debía aguantar por algún motivo; alguien a quien se podía repudiar como una pordiosera porque mi vida no tenía ningún valor para ella. Tampoco tuvo la más mínima compasión en compararme con una persona a la cual no conocí solo por la necesidad de humillarme.

Esa tarde mi mundo se derrumbó

A pesar de todo ello, no solté una sola lágrima.

Una persona, a la que no miré, deshizo el agarre alrededor de mi cintura y me cubrió manos con las suyas, más cálidas al tacto. Al no reaccionar, tomó mi rostro obligándome a subir la mirada. La mujer me miraba con un inmenso cariño que, seguro, era fingido.

—Ay *neniña*¹³, no quiero verte triste. —Estaba apenada, con los ojos anegados en lágrimas y las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo.

—No... No... —Las palabras se me atascaban en la garganta—... No me quiere —pronuncié al fin.

Escuchar de mi propia voz esa afirmación me sacudió entera. Miles de recuerdos se resquebrajaron en mi mente al ser consciente de la magnitud que revelaba, y llegué a una conclusión más dolorosa aún: a lo mejor yo también tendría que haber estado en aquel accidente. Esa nueva realidad en mi vida provocó que mis ojos se abrieran como compuertas para derramar las lágrimas que hasta ahora se negaban a soltar. Yo me hundía más.

El dolor ya era insoportable.

—Claro que te quiere, pero cuando se está enfadado se dicen cosas que no se sienten. —Si quedaba alguna duda, habló con más firmeza—. Tu abuela

siempre te querrá. Aquí te queremos todos, Tina.

—Lo que dijo —sorbí por la nariz— de mi madre... —La voz se me quebró.

—No hagas caso de una vieja amargada —expuso Alfonso sin delicadeza, sentándose a mí lado.

Rosario, airada, me soltó y, con los brazos en jarras, se enfrentó a su marido.

—¿Cómo dices eso delante de la niña?

—No digo ninguna mentira...

—La niña no sabe de lo que hablas. —Le advirtió con la mirada que no siguiese por ese camino.

En mi estado cabía la posibilidad de que me enterase de la misa a medias por estar sometida al dolor, alienada, con la mente nublada, paralizada por lo vivido, aunque no fue así. Supe que algo callaban. En un arrebato de desesperación, me limpié las lágrimas con los dedos antes de preguntar a las claras:

—¿Por qué dijo eso mi abuela? —Le agarré la manga de la camisa con manos temblorosas.

Sin asustarse, tampoco sorprenderse, inclinó el cuerpo hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa, y me dio unos golpecitos en los puños, tal vez para calmarme, cosa que no consiguió. Hombre parco en palabras, siempre con ese gesto serio característico en él, tenía en su poder aflojar un poco mi dolor.

—No lo entenderías, son cosas de mayores. —Zanjó la conversación.

Mi esperanza se hizo trizas.

Esa frase me cayó como un jarro de agua fría. En pocas palabras me indicaron que no me metiese donde no me incumbía. Así lo hice. No insistí, cuando sabía que no me iba a responder. Nadie parecía enterarse de que con esa actitud, me hacían sentir mal; se me estaba obviando cuando la que más sufría era yo y, la verdad, pasaran los años que pasaran, jamás sería lo

bastante mayor como para conocer esos secretos que todos ocultaban con celo. Nunca descubriría qué pasó aquella tarde, o en el pasado, porque un día esas personas ya no estarían conmigo.

Cansada de todo, desesperanzada, lo solté y coloqué las manos en mi regazo. Comencé a hipar convulsivamente, lo que no me permitía respirar bien.

—Te voy a hacer una tila.

Con una capacidad de reacción asombrosa, oí a Rosario coger un cazo, llenarlo de agua y ponerlo al fuego en cuestión de segundos. Alfonso, quizás algo más nervioso, se levantó arrastrando la silla contra el suelo. Pegué un brinco con el estridente chirrido.

—Maldita sea, no hay sitio para el amor en esta familia —dijo entre dientes mientras salía de la cocina.

Capítulo 19

Sentirse una extraña en su propia casa

—Buenos días —saludé nada más entrar en la cocina.

Alfonso y Rosario levantaron la cabeza de sus respectivos desayunos. Estaban en silencio, algo bastante raro en ellos, porque siempre tenían una conversación entre manos.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —Rosario dejó su desayuno para atenderme—. Ven, toma asiento, ahora te caliento la leche.

Me dio un beso en la mejilla al tiempo que me sentaba en una de las sillas de mimbre, frente a Alfonso y a su gran taza de leche, en la que flotaba algo amarillo. Me eché hacia delante apoyando los antebrazos en la mesa, así miraba con curiosidad el contenido de la taza. No debí hacerlo; de repente, empecé a salivar y el estómago me rugió.

—¿Quieres probar este desayuno? —me preguntó limpiándose la boca con una servilleta.

—Sí, por favor...

—Y sin favor también me vale. Rosario —llamó a su mujer—, *senta, muller*¹⁴, que le hago yo el desayuno a la niña —le informó del cambio de planes.

—¿Pero qué dices? —replicó ella por encima del hombro.

Alfonso se acercó en dos zancadas al lado de su mujer. La separó de los fogones con un leve movimiento de cadera.

—*Senta*¹⁵.

Rosario se giró hacia mí levantando las cejas, suspicaz.

—¿Te gustará? —Sus ojos, al contrario de lo que pudiera parecer, me

miraban interrogantes.

Me encogí de hombros. No podía responder algo que todavía no sabía, ni tampoco había probado.

Se sentó mascullando algo ininteligible en gallego, pero pronto se centró en su desayuno compuesto por café con leche y dos rebanadas de pan con miel.

Los observé, tan diferentes y tan bien avenidos. El típico matrimonio antiguo que se casó para toda la vida y toda la vida llevaban juntos enfrentando las malas vivencias, celebrando los buenos momentos. Rosario, siempre sonriente, con su buen hacer y sus soluciones rápidas. Alfonso, sin embargo, era más callado; tampoco había encontrado yo una persona con esa mirada tan limpia, tan clara. A pesar de verlo cada día con esa ropa de faena, como decía mi abuelo, se traslucía un hombre con cierta elegancia, amable, además de expresivo. Esa mañana, su rostro —de frente amplia, pronunciada mucho más por las importantes entradas; unas cejas que debajo albergaban esos ojos azul claro como el cielo; nariz larga y ancha, de la cual salían dos líneas perfectas que cuadraban su boca de labios finos, siempre de gesto serio, que al sonreír lo hacían con ganas resaltando la mandíbula angulosa que terminaba en un mentón estrecho; su pelo cano no dejaba ver aquel rubio que tanto había fascinado en su juventud a Rosario— estaba más taciturno por mucho que lo intentase disimular.

—Qué poco hablas, Tina —señaló languideciente, Rosario—, ¿estás bien?

—Sí —mentí para no preocupar a nadie—, gracias por dormir conmigo.

—Recordé viejos tiempos; cuando eras bebé, tu abuela y yo éramos las únicas que te calmábamos. —Me cogió la muñeca derecha, tiró de mi brazo hasta que unió nuestras manos—. Siempre te cuidaré y, si quieres, esta noche estaré contigo.

Volví a asentir. No tenía palabras para expresar mi agradecimiento por ese detalle tan bonito. No le era nada, por nuestras venas no corría la misma sangre, aun así, en sus ojos marrones vi la sinceridad mezclada con ese cariño que me había mostrado desde que tenía uso de razón. Metí los labios hacia

dentro y clavé los dientes en un intento para no llorar, ya que ella parecía más mi abuela que la verdadera.

—Aquí tienes. —Alfonso me puso una taza de leche humeante—. No eches azúcar —dijo, dándome unos golpecitos suaves en el hombro.

Se sentó de nuevo en su sitio y, con algo de urgencia, desenvolvió de un enorme trapo un bollo de pan de maíz, lo reconocí por la miga amarilla. Lo pegó al pecho, así le debía de resultar más fácil de cortar.

—Desmenúzalo en la taza. —Me lo dio—. Un *almorzo*¹⁶ nutritivo.

—Si no te gusta, te hago otra cosa.

—La niña es de *bon dente*¹⁷ —replicó.

Después de seguir sus indicaciones, cogí una cuchara para aplastar un poco el pan; cuando lo noté blandito, lo probé. Tenía razón, estaba muy bueno, algo que agradeció mi famélico estómago; normal, me había metido en la cama sin cenar. Además, estaba tan esponjoso que casi ni tenía que masticar. Entre bocado y bocado formulé una pregunta, más que nada para no ser desconsiderada:

—¿Y la abuela?

—No la vi todavía, estará descan...

—Se fue por la noche —la interrumpió mi abuelo.

Volví la vista hacia la entrada. Estaba parado en el quicio de la puerta. A los pocos segundos entró con paso tranquilo. No estaba ni triste ni enfadado, al contrario, aparentaba más relajado. Tragué con dificultad la última cucharada. El pan se había hecho una bola que me cayó en el estómago como una bomba.

«Se fue», repetí para mis adentros, porque no me lo creía.

Esas dos simples palabras fueron las más dolorosas.

—Sin despedirse de mí —afirmé. Un regusto amargo me inundó la boca.

—No se despidió de nadie.

—Abuelo, ¿qué hice? ¿Por qué se marchó de esa manera? —Las preguntas salieron con desesperación.

Era tal mi angustia que me olvidé de seguir desayunando. Solo quería saber qué le había pasado a mi abuela para comportarse así, y estaba segura de que yo había sido la causante: primero, la rosa y la canción; luego no quiso verme; ayer, mi negación.

Él, sin nerviosismo aparente, colocó las manos en el respaldo de una silla y respiró hondo, no supe si para buscar la respuesta adecuada o solo las palabras que no me hiriesen.

—Os advertimos que fueseis discretos...

—No, por ahí me niego. —Me levanté furiosa, enfrentándome a su reproche—. No hemos hecho nada malo, pero si su inquina hacia los Huría es capaz de llevarla a quitarme la palabra y a comportarse tan mal conmigo, entonces puede que no me quiera tanto.

Empujé la silla tan fuerte que la tiré en mi huida. Salí corriendo, no quería que más dedos me acusaran de lo sucedido, ya era suficiente con recriminármelo a mí misma.

Acabé encerrada, más bien escondida, en mi habitación, con la radio encendida a un volumen considerablemente alto para acallar las voces que me asaltaban la mente, que no me permitían pensar con lucidez ni estar tranquila. Vaya palabra. Tendría que eliminarla, en mi vida ya no tenía cabida.

Sentada en la cama con las piernas pegadas al pecho, la cara apoyada en las rodillas, dejé que pasara la tarde. Si la mañana había empezado de la peor manera, el día no continuó mucho mejor. A mi cabreo, se le juntaba la decepción. Pablo no apareció a nuestra cita de media mañana. Cuando necesitabas a una persona, siempre fallaba. Tenía que enfrentar esa situación sola, no había otro modo. ¿Mi abuelo? No, me culpabilizaba, eso me dolió mucho por su parte; ¿mi padre? ¡Ni de coña! Mi abuela le habría contado todo y, la verdad, ya estaba tardando en llamar, porque nunca me había

permitido que le faltase el respeto a nadie.

El corazón me dio un vuelco.

¿A quién le había faltado el respeto? ¡¿A quién?! ¿Es que ser sincera era un defecto? ¿Es que no podía decir lo que quería? Dije lo que sentía al pronunciar aquel no, y ese mismo día por la mañana cuando había negado ser culpable de amar a alguien a quien mi abuela odiaba solo por su maldito apellido. No sabía qué le había pasado en su momento con los Huría, no era asunto mío y no quería estar en medio de sus follones.

Resoplé frustrada. Quizá tendría que haberme ido con ella, claudicar, hacerle caso, al menos nadie me culparía de nada, o sí, a saber. Sin embargo, no podía irme, Pablo me tiraba mucho. Era cierto que en invierno íbamos a estar muy ocupados, él en la universidad, yo cursando COU, pero juntos, eso era lo importante.

«Vaya cumpleaños que voy a tener», me acordé. Cumplir diecisiete tendría que ser lo más maravilloso del mundo, rozaba los dieciocho, la tan ansiada mayoría de edad: poder ser libre; hacer lo que realmente me gustaba; hacer lo que quisiera, no lo que me dictasen; poder salir hasta que amaneciese... Ser adulta en lo bueno y en lo malo, también escapar un poco del yugo de las personas que me cuidaban. En aquellos momentos ni quería saber nada de eso. Mi abuela ya no iba a estar, mi padre tenía que trabajar hasta agosto, cuando empezaba sus vacaciones. ¡Un asco!

Miré el despertador y ya solo quedaban cinco minutos para cenar. Me levanté desanimada, desganada, del mismo modo bajé las escaleras. No quería ver la cara de nadie, esa era la verdad. Seguro que ellos la mía tampoco, pero solo por fastidiar un poquito me iban a tener que aguantar.

—Tina, cariño, ven, quiero hablar contigo.

La voz de mi abuelo sonó por encima de mi hombro, lo que supuso, sin él saberlo, una cuchillada por la espalda. Giré sobre mis pies abriendo las alas de la nariz y mordiéndome la lengua hasta hacerla sangrar para no decir algo de lo que me podría arrepentir. Fui a la biblioteca, cerré la puerta tras de mí y me señaló con la mano que tomase asiento en la silla que había delante de su

escritorio.

—Abuelo, mira, lo acepto, vale, asumo toda la culpa...

—¿De qué hablas? —inquirió, enarcando una ceja.

—Del asunto de la abuela, fue culpa...

—La única culpable es ella, Tina, yo jamás te culparía por amar a una persona, pues solo tienes dieciséis años...

—Puede decirse que diecisiete —lo corregí, a lo que él sonrió de manera sesgada.

—Cuasi diecisiete. —Asentí—. Eres joven y debes vivir. No voy a hablarte de eso.

Fruncí el ceño un tanto confundida. Sí, me había perdido una temporada de mi propia vida, o estaba atolondrada, porque no sabía qué quería referirme mi abuelo.

—No es nada importante. —Le quitó hierro al asunto, seguro que por mi expresión—. Solo quiero darte un consejo ahora que te falta poco para tu mayoría de edad. —Me guiñó un ojo.

—Hasta el año que viene no cumplo los dieciocho —le recordé.

—Un año, en esta vida, no es nada. —Esa frase hizo que me saltasen todas las alarmas, que me clavara en la silla y no desviase mi atención a otro lado—. Atiende: se abre una etapa de mucho trabajo a partir de ahora, sobre todo en la universidad. Nunca, jamás, tires la toalla, ni en lo personal ni en lo laboral. Es de cobardes, y mi nieta no lo es. —Enfatizó esa última frase levantando el dedo índice—. La fuerza de voluntad es lo que nos caracteriza, agárrate a ella; es muy sabia y, con esfuerzo y empeño, te hará llegar lejos. En esta vida debes aprender a oír, ver y callar. Oír es necesario: abre tus orejas, aprende a escuchar, es la manera en la que acercarás a las personas. Ver: abre los ojos, a veces tenemos la respuesta delante de nosotros y no la divisamos; si estás ojo avizor, sabrás defenderte de los enemigos. Callar: el silencio te hace comprender muchas cosas, incluso observar aquello que los demás no discernen. Si sabes combinarlos llegarás a lugares que otros, por impulso, quizás no logren.

Miré a mi abuelo conmocionada. Trataba de controlar la desesperación, la tristeza que me produjo escuchar ese discurso de sus labios. Era un sabio consejo, no obstante, para mí, estaba un poco fuera de lugar, pues no sabía todavía qué había sido lo que lo empujó a dármele. En aquellos momentos, frente a él, comprendí que mi enfado con el mundo era absurdo, ya que me restaba tiempo para estar con los míos. El brillo en sus ojos verdes y la serenidad que desprendía su gesto, como su postura en la silla, me hizo sentir infantil, además de miedo. Miedo a perderlo. Una pregunta me asaltó la mente. Una voz interior, amedrentada, me decía que no lo hiciera. Sin embargo, tenía la suficiente confianza con él como para hacerlo.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? Parece que te estés despidiendo.

Ladeó la cabeza sonriéndome cariñosamente.

—Lo hago porque a lo mejor el año que viene no puedo.

Sus palabras provocaron que un escalofrío me recorriese entera. Al respirar notaba un agujero enorme en mi pecho. El mismo miedo me impulsó a abrazarlo. Me levanté y corrí a sus brazos. Era una de las personas a las que más quería, y pensar en la sola idea de no tenerlo a mi lado me resquebrajaba por dentro. Amedrentada, presentí que ese consejo, siempre bienvenido y acertado, era el último. Mordiéndome el labio inferior para contener las lágrimas, lo abracé más fuerte, pues no quería que eso ocurriese. Escondí la cara en su cuello y respiré el frescor de su colonia. Fragancia que toda mi vida me acompañaría.

La cena, como ya era frecuente en la última semana, se hizo en la biblioteca. Mi abuelo sacó algunos temas de conversación, pero no era capaz de seguirlo. Sí, le respondía, hacía alguna frase compuesta, poco más. Estaba en *shock*, incluso me sentía miserable por pensar mal de él durante casi todo el día.

Terminar me alivió. Salí al jardín y, cerca del acantilado, me senté como un indio sobre la fría hierba, sin importarme la presencia de bichos nocturnos, y lloré. Mis lágrimas se deslizaron otra vez por mis mejillas, de esa manera soltaba todo lo que se había acumulado en mí desde el día anterior, aunque la

razón más evidente era pensar que un día mi abuelo se moriría y nunca más lo tendría conmigo. Me tapé la cara con las manos para gritar sin ser escuchada. Lo hice, pues debía dar salida a la impotencia que la palabra muerte, una a la que debía estar acostumbrada, me sumió. Desesperada, alcé la vista hacia esa inmensa cúpula oscura, donde las estrellas titilaban nerviosas, y, por primera y última vez en la vida, le rogué:

—Si es verdad que hay alguien ahí arriba, escúchame: solo te pido que no te lo lleves ahora, déjame un poco más —me limpié la nariz con la manga de la chaqueta—, por favor.

Solté un sollozo. Bajé la cabeza más desesperada aún, desesperanzada, pensando en mi abuelo. Con las muñecas apretando los ojos, lloré en silencio mi pena.

—Princesa, fui a tu habitación y no estabas —me dijo Pablo sentándose a mi lado—. Tina, ¿estás bien?

No le respondí, no podía, estaba ahogada en mi propio dolor. Sin mediar palabra, en vez de marcharse, volvió a sorprenderme: me cogió en brazos, me sentó sobre sus piernas y me consoló. Me abrazó fuerte; me permitió llorar sobre su hombro mientras me acariciaba suavemente el pelo.

—Vamos, princesa, cuéntame qué ha pasado, ¿es cosa de tu abuela?

—No —hipé—, se fue ayer por la noche.

—Vaya alegría que me acabas de dar.

—Es por algo que ha dicho mi abuelo.

—¿Qué fue? —preguntó con los labios pegados a mi sien.

Le referí todo. Le conté lo que me había dicho al detalle. Pablo me escuchó sin interrumpirme; después de terminar estuvo un rato callado antes de hablar:

—Mi abuelo, el día de mi cumpleaños, me sentó en su despacho y me dijo algo parecido —reconoció.

Su serenidad al hablar relajó cierta parte de mí. ¿Qué tenía Pablo? ¿Qué poder tenía para que me influyera de esa manera? ¿Acaso eso era lo que hacía

el amor?

—Pablo, en mi caso es el año que viene.

—Sí, cierto, pero, como bien dice mi madre, se debería estar agradecido por abrir los ojos cada mañana. En el caso de ellos, a su edad, cada día que pasa es un regalo...

—Les están prestando días, ¿eso es lo que quieres decir?

—Yo no lo digo, es mi madre —se defendió.

Asentí desviando la mirada hacia donde estaría la playa. Hasta ese momento no me había percatado de que el sonido del mar, el vaivén del agua, las olas rompiendo en la arena se filtraban por mis oídos y me ayudaban a relajarme un poco más, así como el calor de su cuerpo. Me acurruqué entre sus brazos que, a pesar de ser delgados, eran fuertes, me protegían, me mimaban. Fueron unas escasas horas las que nos habían separado y lo había extrañado igual que si se tratase de un año.

—Hoy no bajaste a la playa —dije sin maldad.

—Vinieron mis padres. —Respiró sobre mi pelo—. Ayer cuando llegué a casa ya estaban, se van pasado mañana, y después...

El impulso del amor me empujó a besarlo. Lo necesitaba. Me urgía sentirlo cerca. Volver a besarlo fue el aliento que me faltaba. Acariciando su velluda mejilla, supe que, al menos, tenía algo que se mantenía intacto: él. Hice acopio de todas mis fuerzas y rompí el beso. Debía decírselo. No era nada fácil ponerle voz a esa declaración, por eso, delineé su rostro en la oscuridad. Era mi manera de coger valor.

—Pablo, eres lo más importante para mí. —Le tapé la boca con la mano para poder continuar—. Tenerte a mi lado es lo mejor que me ha pasado. Sé que este invierno estaremos muy ocupados...

—Tina, espérate —me interrumpió—. No voy a estar en Madrid.

—¿Qué? —Mi voz sonó muy aguda.

Me tensé, no lo pude evitar, pues no era lo que esperaba escuchar. Me separé de su pecho, así quedaba frente a él.

—No voy a estudiar en Madrid —aclaró con voz queda—. Voy a La Sorbona.

Esa noticia fue la última escotada final, mejor dicho, la guinda a las veinticuatro horas más horribles de mi vida. Si había pensado que no me quedaban más frentes abiertos por los que recibir nuevos golpes, me equivoqué.

Instintivamente, gateé hacia atrás para poner distancia entre ambos. Su presencia ya me alteraba los nervios. Los latidos de mi corazón se asemejaban al sonido de los timbales que retumbaban en mi cabeza y llegaban a mis oídos. No supe cómo, percibí el girar del mundo. En ese instante, deseé poder bajarme y que girase sin mí dentro, pero ese frustrado deseo solo consiguió que mi cabreo le explotase en las manos a Pablo.

—¿Cuándo tenías pensado decírmelo?! ¿Cuándo te subieras al avión?! —Le espeté dolida y también resentida por el trato que todos los que me rodeaban me estaban dando—. Me acabas de aclarar que ni nuestra relación ni yo somos importantes como para darnos una oportunidad.

—Tina, escucha... —Intentó explicarse.

—¡No te voy a escuchar! No me da la gana oír tus falsas disculpas después de demostrar que no valgo nada para ti...

—No...

—Parezco la tonta del cuento y ya estoy cansada de que nadie me tenga en cuenta. ¡Vete de mi casa! —Lo eché.

Aun sin estar erguida del todo salí corriendo hacia casa. Las lágrimas volvían a mí como un torrente imposible de parar. A cada nueva zancada, comprendí que Pablo ya no formaba parte de mi vida, afirmación que me dejó hecha añicos.

14 Siéntate, mujer.

15 Siéntate.

16 Desayuno.

17 Buen diente.

Capítulo 20

¡Feliz cumpleaños!

—¡Felicidades, Ulloa! —exclamó jubilosa Noa al otro lado de la línea.

—Gracias.

—¿Cómo se sienten tus recién estrenados diecisiete años?

—De la misma manera que los dieciséis —respondí un tanto borde.

—Te han sentado fatal, quién diría que estas de cumple. —Intuyó con acierto—. ¿Te ha pasado algo con tu Romeo?

Respiré hondo para controlar el arranque de malhumor que me estaba subiendo por el estómago. Recordar lo sucedido hacía tres días todavía dolía.

—Sí, has acertado. Resulta que si no llego a sacar el tema, lo hice de casualidad, no me entero de que se va a estudiar a La Soborna. —Le resumí la situación, obviando la parte correspondiente a mi abuela—. Noa, no te equivocabas, solo piensan con la polla. Ahora me doy cuenta de que era su pasatiempo de verano hasta que el reloj le señalase la fecha para irse.

—Perdona que te diga, pero la tonta eres tú —me encasquetó—. ¡No he terminado! —me advirtió por si se me ocurría contraatacar—. Vamos a ver, Tina, si te tengo al lado, te pego una colleja, lo juro, ¿es que no te das cuenta de que este chico tenía una vida antes de ti? Hizo sus planes, después apareciste tú, y lo más probable es que no supiera cómo darte esa noticia. También te digo: es una suerte que no te hayas acostado con él, porque estáis abocados a una relación a distancia y esas, con el tiempo, no funcionan.

Me callé la boca. No estaba dispuesta a desmontar su última afirmación.

—Te desvirgó —afirmó sin respirar.

—¡Qué dices! —Procuré disimular.

—Sí, sí, tú a mí no me engañas. No me rebatiste nada de lo que te dije, raro en ti cuando estás muy cabreada. —Bajó la voz—. A ti el Huría te desvirgó.

Dejé caer la cabeza hacia delante en señal de rendición. No podía escapar de Noa. Me conocía demasiado bien, sabía en qué momento le ocultaba algo.

—Vale, está bien, lo reconozco.

—¡La Ulloa ya no es virgen! —vociferó, entusiasmada—. ¡Hubo *desvirgamiento!*

—Esa palabra no existe.

—Me da igual. —Soltó una risita tonta—. ¡Ja! ¿Ves, mona?, el tiempo me dio la razón: con dieciséis sería tu primera vez y, además, con el Huría. ¿Cómo lo hace? —preguntó curiosa.

—Es muy dulce, muy tierno, está muy pendiente... Noa, no tengo con quién compararlo.

—Cierto. Al menos una de las dos ya no está a *two candles*¹⁸.

—Echa mano de tu vecino y no estarás a dos velas.

Mi intención era clara: devolverle el golpe.

—Hace veinticuatro horas que tengo esa idea pululando en la cabeza —me confesó sin vergüenza alguna—. Quizá lo haga, así le doy un poco de mambo al cuerpo. Querida Valen, te dejo, y hazme el favor de pedirle disculpas, estoy segura de que le montaste un pollo.

—Vale —dije por decir—. Un besito.

—Pasa un buen día y felicita a tu abuelo de mi parte.

—Lo haré, hasta luego.

—Chao.

Fue la primera vez que estaba deseando darle al botón de colgar.

Ese día parecía cualquier otro, salvo el de mi cumpleaños. No recuerdo pasar ninguno como ese: mi padre no podía venir, mi abuela se había marchado, y, bueno, tampoco quería pensar en Pablo, ese chico que se acercaba más a la rana que al príncipe encantado de un cuento. Así que estaba en Galicia con mi abuelo, Rosario y Alfonso. Trataba de convencerme de que no necesitaba nada más. ¿Lo logré? Ni idea. Solo quería que pasase lo más rápido posible.

La charla con Noa, en vez de aliviarme, me agobió. No esperaba que lo defendiese de ese modo. No era tonta, sabía perfectamente que él tenía una vida y había hecho unos planes antes de que nos conociésemos. Lo que no entendía era que callase tanto tiempo su próximo traslado a Francia, ¿era tan complicado de entender? Parecía que sí. En algo mi amiga no falló en su percepción: una relación a distancia no funcionaba. Sería muy difícil. Debía mentalizarme de que seguir a Pablo me conduciría a un lugar de sufrimiento. Tenía que cambiar de dirección, tomar la que me alejase de él, aunque me extirpara el corazón en el intento. Eso conllevaba no pedirle disculpas.

Sin embargo, no sabía que no solo Noa, sino también los astros se confabulaban en mi contra.

Encerrada en mi cuarto, me lamía las heridas; mi orgullo estaba demasiado dañado. Delante del espejo me observaba con el vestido vaquero y las sandalias haciendo juego que mis abuelos me habían regalado. La melena castaña caía ondulante sobre mis hombros; mis ojos apenas brillaban, su expresión entristecida los ensombrecía, como el resto de la cara que, además, con la tez un tanto pálida para la estación estival, desprendía pena. Esa imagen me cabreaba porque vi mi dolor y vislumbré mis sentimientos por Pablo, lo que me fastidió mucho más. Bajé la cabeza avergonzada de mí misma. Sin pararme un segundo más frente a esa imagen, aprobé mi apariencia y salí de mi habitación con los hombros caídos. A cada escalón que bajaba entraba más al oscuro averno. A medida que me acercaba a la planta baja, se oían risas y voces afables. Si ya no era poco sentir que no pintabas nada en esa casa, ahora era la aguafiestas oficial, ¡perfecto!

Arrastrando los pies, me dirigí al salón de donde procedían y en el umbral me quedé boquiabierta. En mitad de la estancia estaban en corrillo Alfonso, Lucas, Rosario y mi abuelo. Charlaban animadamente, mientras que Pablo, sentado en una esquina del sofá, se perdía en sus propios pensamientos. Estaba muy lejos de aquí. Entre sus manos sostenía un pequeño regalo que apretaba fuerte como si fuese una fuente de energía. Verlo así, apartado del resto, hizo que mi corazón se resquebrajase un poco más. Al notar mis ojos sobre él, alzó su rostro y nuestras miradas se encontraron; mi alma voló junto a la suya para encadenarse por siempre. De repente, el salón comenzó a moverse; el espacio se estrechaba hasta tal punto que me aproximaba a Pablo sin caminar.

Como un resorte se levantó; sus pasos aceleraban mi corazón en un baile descompasado; mi respiración, de la emoción, era muy irregular, y para colmo, los ojos me picaban, amenazaban con derramar las lágrimas que había contenido esos días. A grandes zancadas, acortó la distancia que nos separaba; quizá se trataba de centímetros, no lo tenía muy claro, pero en cuestión de segundos lo tenía a mi lado. No hizo falta pronunciar ninguna palabra de disculpa; sus ojos, brillantes, suplicaban un perdón; los míos, llorosos, claudicaron a su amor. Nos abrazamos fuerte. Pablo escondió su rostro en mi pelo; yo, en su pecho. Todas las personas tenemos un lugar al que pertenecemos, y mi lugar era ese; el aroma de mi vida: su fragancia, aquella excitante mezcla de almizcle, jazmín con esas notas amaderadas; los latidos de su agitado corazón, la melodía que mis pies bailaban.

Pablo era mi todo. Ese infinito donde habitan el corazón y el alma de los amantes.

Embriagada por su calidez, me reconfortó, alejó todos mis rencores y derribó mis barreras. De nuevo, abrazaba la felicidad más dulce.

—Te quiero —me susurró al oído.

Fue un leve rumor, suficiente para llenar mi mundo de color. Su aliento inundó mi cuerpo, mendigo que imploraba, requería de sus atenciones, aunque era imposible en esos momentos.

—Tengo algo para ti. —Se separó de mí no sin antes de darme un beso en el pelo.

Me recreé en él, en sus movimientos medidos, ahora más tranquilos. Vestía un vaquero y camiseta negros, con unos botines del mismo color. Sencillo con un toque de elegancia, a lo que la barba crecida, que le cubría la línea de la mandíbula, le daba un aspecto más de hombre, quizás algo más maduro. Tampoco me pasó inadvertido cómo las otras cuatro personas no perdían detalle, en silencio, de nuestro reencuentro desde un segundo plano.

Alcanzó el paquete y se volvió hacia mí con una sonrisa enigmática, algo nerviosa, danzando en sus labios. De nuevo las mariposas aleteaban en mi estómago.

Noa tenía razón, estaba hasta el tuétano por Pablo.

—Feliz cumpleaños, Valentina —dijo con voz algo enronquecida.

—Un libro. —Con dedos temblorosos rasgué el papel—. *Romeo y Julieta*. —Abrí los ojos pasmada.

—Era de mi abuela...

—Pablo, no...

—Fue el libro con el que mi esposa viajó de Inglaterra a España —intervino Lucas—. Siempre fue muy especial para ella. Lo cuidaba con un gran cariño y, cuando su mente todavía no se había perdido en la oscuridad de la enfermedad, me pidió que lo guardase para que, en su momento, se lo entregase a nuestro nieto y él se lo regalase a una persona especial —explicó al detalle. Mis mejillas, a esas alturas, ardían—. Estos días lo vi como loco buscando ese regalo perfecto, ninguno era válido; ahí supe que debía hacerle entrega de este libro. Sé que está en buenas manos.

—Gracias —le agradecí avergonzada.

—A mí no me las des, es a tu novio.

Miré a Pablo. No pude evitar sonreír. Estaba más nervioso que yo; cabizbajo por la timidez, se rascaba la nuca con un aire tímido que me conquistó. Ni corta ni perezosa, me acerqué y le robé un beso en la mejilla.

A partir de ahí los sucesos de desarrollaron de manera diferente a como tenía pensado o me imaginaba que sería en un principio. Pese a que había dos ausencias más que notables, fue un cumpleaños memorable. Rosario me regaló una chaqueta que ella misma calchetó y un costurero, en el que había todo lo necesario para aprender a hacer ganchillo, algo que deseaba desde hacía tiempo. Por último, mi abuelo me sorprendió con una sencilla pulsera de plata. Emocionada, me vi rodeada de cinco personas que me mostraron su cariño en ese día. Aun así, me faltaba mi padre.

La cena fue tranquila, amena, divertida. Rosario había preparado unos platos con mucho esmero —todo lo hacía de ese modo—, y los degustamos elogiando su buena mano en la cocina. Pero si algo esperaba con ansia, esa era la tarta de galleta y chocolate. Se volvió, no supe cuándo, una tradición por esa fecha. Aquella tarta nunca faltaba en nuestro cumpleaños, costumbre que me encargué de continuar. Tras soplar mis velas, cogida de la mano de Pablo, al fin pude probarla, paladear ese sabor tan típico de mis veranos.

Después, ya que la conversación de los mayores derivaba a la política, Pablo y yo aprovechamos para salir al jardín. Paseamos bajo la luz de las estrellas, los únicos ojos extraños que nos vigilaban; el alegre canto de los grillos era la algarabía que nos acompañaba; la cadencia de la noche nos rodeaba con su halo mágico, en el que nuestras almas flotaban inseparables, a la vez que la helada enfriaba nuestra piel. No se necesitaba de la pasión para percibir que ardías por la persona amada.

Al dar la vuelta a la casa, Pablo tiró de mí, me pegó a la pared y buscó mi boca con desesperación. Febril, le di la bienvenida al interior de la mía. No quería perder más tiempo en tonterías, así que, con ansia, nuestras lenguas se tentaban, se calentaban, querían resarcirse de esos días de lejanía. El fervor era tal que, a veces, nuestros dientes chocaban. En ese juego de desahogo, nuestros cuerpos se excitaban más a cada segundo. Enrosqué los brazos alrededor de su cuello, deslizando los dedos en el suave cabello de su nuca, y tiré de él para no permitirle que se escapara de mí. Pablo reaccionó de igual manera y apretó su agarre, así percibí a través de la ropa su la dureza de su

miembro. Un suspiro se desvaneci6 en su garganta.

Poco a poco, la intensidad del principio se rebaj6 hasta que rompimos el beso.

—Te he echado de menos. —Me cogió el rostro entre sus manos—. No sabes cuánto.

—Y yo a ti.

Nos volvimos a besar, esta vez de manera más tierna, contenida. Quería todo de él, especialmente, tenerlo dentro de mí para alejarme de la realidad y nunca más regresar. Ese beso fue imparable en todos los sentidos.

—Tina —se separ6—, aquÍ nos pueden pillar.

—Ven.

Con rapidez lo llev6 a la casa del árbol. AllÍ estaríamos un poco más resguardados. Solos, fuera del alcance de todos, tiré de su camiseta para sacársela, pero me cogió por las muñecas y me impidi6 seguir.

—No tengo condón.

—¿Qué?

—Lo que oyes —resopl6, negando con la cabeza.

—Da igual. —Mi voz son6 insignificante en la inmensidad de la noche. Apoyé las manos a la altura de sus caderas—. Tú solo abrázame, es lo único que quiero.

—Princesa —sonri6 de manera sesgada—, deseo concedido.

Me cubri6 con el vigor de su cuerpo. ¡Ojalá pudiera estar así para siempre! Apoyé la cabeza en su pecho y permanecimos en silencio.

—Estos días he pensado bastante —dijo, intrigante—. De hecho, no sé cómo lo verás, pero... yo... —se le atascaban las palabras en la garganta.

—Arranca —lo insté.

—El año que viene vente a Francia a estudiar conmigo. Estaríamos juntos. Es que no puedo esperar a trabajar contigo en el banco, es mucho tiempo.

Me tensé. No pude evitarlo, porque ese futuro no me gustaba. No por Pablo, al que quería con toda mi alma, sino por el banco. Ese malestar no le

pasó desapercibido.

—¿Qué ocurre? —Me escrutó un tanto preocupado—. ¿No te gusta mi plan?

—No es eso, Pablo...

—¿Entonces?

Me incorporé. Su insistencia me molestaba un poco, pues podía tomar a mal mis palabras. Me abracé a mis piernas para tener un punto de apoyo y no zozobrar ante lo que pudiera pasar.

—Es que mi ilusión no está en el banco. Me gustaría estudiar Educación Infantil y poder trabajar con niños. Eso es lo que me gusta, aunque soy consciente de que tengo que renunciar a ello en pos de lo otro —me sinceré finalmente.

—A ver. —Pablo se movió hasta quedar sentado detrás de mí y yo entre sus piernas—. Te comprendo, a mí no me hubiese importado estudiar biología, porque es mi afición desde niño, y saber que tu vida está ligada a un negocio familiar te condiciona en todos los aspectos. Es más, yo no podía hablar con mis compañeros de selectividad porque su contestación era: «tú cállate, Huría, que ya sabemos dónde vas a terminar». Tampoco sentirás la presión que siente el resto, al menos no en dimensiones tan superlativas.

Me giré para mirar esos dos luceros marrones que tenía por ojos.

—¿De verdad te gustaría ser biólogo? —inquirí asombrada.

—No te lo diría si no fuera cierto.

Conocer esta parte escondida de él, me relajó.

—Pero también te digo: empieza económicas; si ves que después del primer año todavía sigues con esa ilusión por la educación, plantéate la posibilidad de hacer las dos carreras. No el año que viene, porque el primer curso de universidad estás obligada a cogerlo completo. A partir de segundo, solo sería cuadrar horarios. —Me alentó—. Eso sí, a mi lado, siempre a mi lado.

—Hacer algo a lo que no me voy a dedicar...

—Atiende. —Apoyó la barbilla en mi hombro y tuve que contener un escalofrío al roce de su áspera barba—. No sé cómo va el rollo en eso de las carreras de educación, sea como sea, a lo mejor tendrás prácticas de varios meses en los que sabrás si te gusta o no. Muchas veces desde fuera nos gusta y cuando estamos en el ruedo, resulta que no.

—No lo había pensado así —reconocí.

—¿Ves?, solucioné tu problema existencial.

Me besó allí donde su rostro había estado, a medida que dejaba un reguero de pequeños besos por la línea de mi cuello hasta alcanzar el lóbulo de mi oreja, que mordió, haciéndome gemir. La excitación —que aumentaba por el riesgo a ser encontrados en esas tesituras, debido a que la oscuridad no nos proporcionaba una seguridad total—, hizo caldear tanto el ambiente que, incluso, percibí cómo las gotas de sudor se deslizaban por mi espalda.

Nuestras manos finalizaron aquello que de otro modo no se podía.

Capítulo 21

Recuérdame

«Deja que hable,
deja que hoy te cuente,
Como quema que te vayas,
Entre lágrimas, me duele.

(...)

Párale los pies a ese reloj que nos controla,
que no nos deja ser,
que apaguen el sol de una vez.»¹⁹

«*I just wanna be with you*
Right here with you, just like this
And I just wanna hold you close
Feel your heart so close to mine
And just stay here in this moment
For all the rest of time.»²⁰

—Eleva... —gimió de manera entrecortada— las piernas.

Hice lo que me pidió. Las subí sin llegar a rodearle el cuerpo. La penetración fue más profunda; su dureza ahondó más en mi interior, tanto que el dolor, durante unos segundos, traspasó la frontera del placer. Me retorcí bajo su cuerpo y arqueé la espalda echando la cabeza hacia atrás pues, con el

ritmo constante, implacable, incluso preciso, que imprimió a cada una de sus embestidas, marcaba cada rincón de mi cuerpo. El incremento de sus movimientos consiguió que reconociese partes de mi anatomía que no sabía que existían. Suspiré y clavé los dedos en su espalda. Perdida en su pasión, le hice entrega de mi ser, mi alma, en el momento que un estallido de emociones surgió de mi interior. Me estremecí jadeante. Todavía temblorosa, sujeté a Pablo cuando de un último empujón, se perdió con un leve gruñido.

Nuestros agotados cuerpos parecían fundirse en el humedecido contacto de piel con piel, lo que nos hacía más sensibles el uno al otro.

Escondió el rostro en el hueco de mi cuello, lo que aproveché para besarle el hombro. Ese leve roce con la punta de la lengua me permitió saborear su esencia más pura: la fragancia de su perfume, picante al paladar, y el sudor creaban una mezcla exquisita que, a la vez, flotaba en el ambiente cargado de mi habitación.

Hacía tres días de la noche de mi cumpleaños. Desde ese encuentro, el reloj no había hecho otra cosa que correr en contra de mi voluntad, porque quedaban unas escasas cuarenta y ocho horas para que Pablo se marchase a Francia. Ese pensamiento me produjo un terremoto de sensaciones, aumentando ese desolador vacío que yermaba mi pecho.

Ya lo sentía lejos cuando aún estaba dentro de mí.

Por culpa de ese sentimiento de pérdida, en vez de aprovechar cada segundo prestado, unas lágrimas furtivas se precipitaron desde mis ojos y rodaron por mis mejillas hasta perderse en su piel. Pablo, notándolo, se separó de mí. Apoyado en sus antebrazos, tomó mi rostro entre sus manos y, con la yema de sus pulgares, me limpió las lágrimas.

—No llores. —Me suplicó con la voz enronquecida—. No quiero verte así en estos últimos días, amor. —Pegó su frente a la mía, convirtiendo nuestros alientos en uno—. Ojalá pudiera meterte en la maleta y llevarte conmigo, pero sé que allí donde esté, tú me acompañarás.

Al moverse, provocó que, entre lágrimas, de mi garganta saliera un suspiro y la piel se me erizara. Mi sexo todavía era muy sensible a él. Me besó, al

tiempo que salía de mí con extrema suavidad. Fue un beso cadencioso, dulce y tierno como a los que me tenía acostumbrada. Sin embargo, era distinto, porque imprimió en él la voluntad de hacerme creer en la posibilidad de un nosotros. No tenía el sabor de la despedida, sino de la promesa tácita de que otros vendrían. Era la necesidad que Pablo sentía de grabármelo en los labios. En el alma.

Lo que nunca supo es que jamás se me olvidaría.

Terminamos tumbados de lado, cara a cara, mirándonos fijamente a los ojos. Navegué por sus rincones, hasta entonces, desconocidos. A través de ese color marrón tan suyo, bañado por vetas caobas, descubrí que me animaba a la vez que, por dentro, se derrumbaba. La pena me oprimió la garganta cortándome la respiración.

—Te quiero —le confesé, abriéndome en canal.

Esa simple frase debía ser suficiente para mostrar cada uno de los sentimientos que me embargaban en ese momento.

—Yo también a ti, Tina, no hay palabras para describirlo. Pero quiero que sepas que estaré contigo; buscaré la forma de que hablemos diariamente. Memoriza esto: cada latido de mi corazón, cada segundo de mi vida, te pertenece. —Carraspeó en un intento de controlar sus propias emociones—. Y ahora y por siempre, te prometo que mi amor será lo que te regale cada día del resto de mi vida.

Contagiada por el romanticismo de que impregnó su promesa, me dejé arrastrar con voz queda:

—Soy tuya, Pablo.

Nos abrazamos como si no hubiese un mañana. Mis dedos se enredaron en el pelo de su nuca, aún húmedo por el sudor. Desesperada, me lancé a pedir mi último deseo en esa noche que no tenía muy claro si era la antepenúltima o la penúltima, porque para mí era la definitiva.

—Quiero despertarme a tu lado, pasa la noche conmigo.

—No te prometo nada. Vivo al otro lado, y ahora resulta que están mis padres —bufó—. Lo más seguro es que cuando despiertes, yo me haya

marchado.

Su respuesta era la esperada, sin embargo no pude evitar tensarme. No me moví, no quería que viese la decepción dibujada en mi cara. Él lo hizo por mí. Me apartó y me escrutó bajo su atenta mirada. Me sentí una niña caprichosa.

—Ey, princesa, estoy aquí, ¿vale? —Sus ojos desprendían tal cariño que me derretí y, a la vez, me sentí la chica más afortunada por tenerlo conmigo—. Que no pueda despertarme a tu lado no significa que no desee hacerlo. Valentina, desde que te conocí, la vida se ha vuelto mejor. —Me acarició la mejilla con su dedo pulgar—. Me haces querer cosas que antes no quería.

—¿Eso es malo?

—No, para nada. —Me besó—. Es bueno —otro más y habló sobre mis labios—, muy bueno.

Me besó de nuevo con poderío, arramblando cualquier resquicio de duda. Nos teníamos, eso era lo que importaba.

En mitad de la noche, me desperté. Abrí los ojos sobresaltada no por una pesadilla, ni mucho menos por la falta de Pablo, ya que tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y mi brazo derecho le rodeaba la cintura. Él me abrazaba por los hombros y estaba profundamente dormido. En esa postura tan normal en una pareja, me emocioné. No lloré, aunque sí levanté la cabeza para observarlo mientras dormía: su rostro reposado, no así los ojos, que se movían rápido detrás de los párpados. Por primera vez, me fijé en la longitud de las pestañas. Seguí el puente de su nariz, que desembocaba irremediabilmente en la boca. Con cuidado de no despertarlo, levanté el brazo y le acaricié la mejilla calmando las ganas que tenía de hacerlo. Él, como si también lo deseara, buscó ese roce en mi mano para continuar, luego, en su plácido sueño. Mi corazón brincó feliz. Sí, estaba conmigo, era mi

almohada, y me aceptaba. Grabé en mi mente este instante tan mágico y romántico que solo yo presencié. Me acomodé de nuevo a su lado. Debajo de mí, la sinfonía de su corazón me acompañó hasta que Morfeo me volvió a visitar.

Inconsciente, no supe ver que estaba rozando, con la punta de los dedos, las hieles del amor. Si fuese de otro modo, me olvidaría de la universidad y aprovecharía al máximo el tiempo que nos quedaba, pues solo cuando vives un falso amor, valoras los segundos felices.

19 Pablo Alborán “Recuérdame”. Terral. Warner Music Group, Parlophone. 2014.

20 *Solo quiero estar contigo / Aquí mismo contigo, como ahora / Solo quiero tenerte cerca / Sentir tu corazón muy cerca del mío / Y permanecer aquí, en este momento / Por el resto del Tiempo*. Aerosmith “I don’t Want to Miss a Thing”. *Armageddon: The Album*. Columbia Records. 1998.

Capítulo 22

Las últimas víctimas del rencor

Verano del 2001

Pablo trataba de caminar pausado, de no parecer ansioso por estrechar de nuevo entre sus brazos a Tina: su chica, su mejor amiga, la única que ocupaba su mente. La amante que residía en su corazón regresaba a Galicia para reencontrarse de nuevo con él tras casi un largo año de ausencia.

Muchos fueron los cambios que había percibido en ella las pocas veces que se vieron: su belleza de mujer con casi dieciocho años; esas sinuosas curvas que se torneaban en sus estrechas caderas y terminaban en esas largas piernas; su mirada viva, salvaje, había adquirido una fuerza que, si se lo permitiese, vería más allá de su alma. Una cascada de emociones lo desbordaba y lo empujaba a correr. No podía, debía controlarse para no asustarla con su alborozo, ni abrumarla con su alegría desmesurada. Él, que siempre se había considerado sensato, incluso un poco frío, quería tener pies alados para llegar cuanto antes. Podía sonar cursi, si esa palabra tuviese cabida en su vocabulario. No importaba, así lo sentía y no se iba a cortar por lo que dijeran los demás. Nunca se había parado a oír lo que el resto pensaba o rumoreaba.

Se paró delante de la entrada de la finca de los Ulloa-Castro, la misma que un verano antes asaltaba para ver a Tina y hacer el amor con ella. Tomó aire y metió sus sudorosas manos en los bolsillos en un zafio intento por controlar la ansiedad. Bajo ese panorama, puso el pie derecho en el camino que lo conduciría a la gran casona.

Sus tenis gruñían al contacto con la grava. Las tuyas, que bordeaban el camino, no le inspiraban ninguna confianza. Se mostraban ante él como un

compacto muro imposible de salvar. Sus tupidas copas eran titanes preparados para engullirlo en cualquier momento. Su corazón era el único sonido que sus oídos, taponados sin razón aparente, escuchaban. Un poco más desbordado que antes, alzó los hombros y continuó cabizbajo, cuando una brisa gélida le acarició la nuca al tiempo que un escalofrío recorría su metro setenta y nueve de estatura. No creía en las supersticiones de las que a veces su abuelo hacía gala, sin embargo, en ese escaso segundo, calculado por el reloj, algo en su interior lo puso sobre aviso.

Avanzó por ese maléfico pasillo hasta que, al levantar un poco la vista, divisó la edificación, tan vieja como la de su familia, aunque sus ojos, inmediatamente, volaron a la figura de una mujer de pelo cano, más o menos de mediana estatura y silueta estrecha, enfundada en un peto vaquero. Ella, presintiendo su presencia, cruzó una mirada con él que lo congeló.

Era Magdalena, su peor pesadilla, la última persona con la que quería encontrarse, y lo peor de todo: se dirigía con paso firme hacia él. Elevó una sencilla petición al cielo: «Por favor, que no me eche a patadas». Volvió a henchir los pulmones de aire; debía encararla con todo su aplomo. Si los exámenes en La Soborna le parecían difíciles, nada se podría comparar al escrutinio de esa mujer, por llamarla de alguna manera.

—Buenas tardes, señora Ulloa. —Procuró sonar firme.

—¿Pablo? —Ella entrecerró sus brillantes ojos, del más oscuro azul zafiro.

—Sí.

—¡Qué alegría! —Le acarició el brazo—. La última vez que te vi aún usabas pañales. —Sonrió ante ese detalle sin importarle la vergüenza que el muchacho podía estar pasando—. ¿Qué te trae por aquí?

—Creo que ya lo sabe. —Cerró los puños dentro de los bolsillos.

—Vienes a ver a Tina —afirmó.

«Si lo sabes, ¿para qué cojones preguntas?», pensó en silencio. Si algo llamó su atención fue que ella no perdía la sonrisa. Era como si su presencia no le molestase.

—Así es...

—Debes saber que no va a venir sola, muchacho. —Su rostro se puso serio de repente. Las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo y sus ojos se ensombrecieron.

—¿Cómo? —inquirió sin comprender qué quería transmitirle.

—Me sabe muy mal tener que darte esta noticia, pero viendo que mi nieta no te lo ha dicho, no me queda más remedio que hacerlo yo misma: desde hace algunos meses se está viendo con un chico...

Pablo no escuchó más. Se envaró, se estiró cuan alto era, incluso cabría decir que creció unos centímetros. Frunció el ceño y su mandíbula se tensó tanto que se podía escuchar el rechinar de sus muelas.

—Miente —espetó entre dientes.

—No, hijo, no es así, ojalá lo fuera —se disculpó, apenada—. Durante tus vacaciones, ¿cuántas veces has podido ir a buscarla al instituto?

Hizo memoria. Tina solo le permitió una vez, ¡una!, acercarse a la puerta del instituto, en las vacaciones de mediados de octubre y principios de noviembre. Tras lo cual, salvo en Navidades, le fue casi imposible verla cuando regresaba a España. Viaje que hacía por ella. A pesar de eso, no pudo reprimir su rencor hacia Lena:

—No me creo nada de lo que usted diga. No me he olvidado todavía cómo la trató el año pasado, así que guárdese sus palabras para quien quiera escucharla.

—A mí no me retes, mozuelo.

—Y usted no invente.

—Muchos años antes que tú, me enamoré, y lo que deseaba era estar junto a esa persona, no busqué mil ardides para zafarme de él. Eso hizo Tina. —Chasqueó la lengua—. Estás tan ciego que no ves la realidad. ¿Acaso pasó contigo tus vacaciones de abril? ¿No, verdad? Se había ido de viaje con Noa, y yo te digo que su amiga se quedó en Madrid; Tina la utilizó de tapadillo. El día que regresó ¿te contó algo de ese viaje o lo eludió? —Observó cómo Pablo palidecía—. Tus ojos me dicen que fue lo segundo. ¿Te llamó para despedirse? No, porque tenía clase. Ahora piensa, ¿cuántas veces sus estudios

se interpusieron entre vosotros? ¿Cuántos «hoy no puedo, tengo que estudiar» has escuchado de su voz? Tú estudiaste COU, ¿no tenías tiempo libre?

No respondió. Las fuerzas lo abandonaban. Lena, aprovechando ese instante de debilidad, atacó de nuevo:

—Los estudios fueron la excusa, debes creerme. —Volvió a apoyar la mano en el brazo del muchacho, así, pudo comprobar su tensión—. A mi nieta, y no es por defenderla, le ganó la batalla tu estancia en Francia. Sabes muy bien que la distancia quema, aleja; la mayor parte de las veces el amor no resiste sus envites. ¿No te sentías solo sin Tina? ¿En estos meses nunca se te pasó por la cabeza dejarlo todo y regresar a España? Vivo con ella y fueron muchas las noches que la oí llorar por ti, no nos permitía confortarla; en las esquinas suspiraba por ti; estaba sin rumbo; dormía con el teléfono pendiente de ti. Ella solo se refugió en quien le dio consuelo —terminó, con voz estrangulada—. Ahora están de camino.

Pablo hacía rato que había perdido la capacidad de articular palabra. El lazo del que iba a ser ahorcado le constreñía la garganta cada vez más fuerte. El suelo, finalmente, se abrió bajo sus pies. Lo precipitó hacia un lugar desconocido, morado por los restos de aquellos que una vez amaron. El verdugo había cumplido su misión: el condenado colgaba muerto. Era carne de carroñeros como los cuervos.

Miró una última vez a Magdalena a través de la neblina que le cubría la visión. Su mundo de tecnicolor se convirtió en uno en blanco y negro, en el cual las personas se transfiguraban en sombras que flotaban etéreas. Giró sobre sus pies y se fue tambaleante, igual que un borracho, con el pecho vacío y el corazón... sin corazón; alguien se había encargado de arrancárselo de cuajo. Un huracán de dolor lo estaba dejando yermo por dentro. La historia que Lena le había contado fue el látigo que lo fustigaba y lo empezaba a someter a un calvario que duraría años.

Salió de la propiedad de los Ulloa y echó a correr para poner distancia, al fin y al cabo ya no pintaba nada allí. Su vida, su existencia, ya no tenían sentido; habían perdido el valor, la luz... todo se había truncado. De repente,

su cabeza y sus ojos se pusieron de acuerdo: se oscurecieron como el averno, su nuevo hogar, donde había un sitio que llevaba su nombre.

Esa era la razón por la que no creía en el amor. Ese dolor, tanto tiempo reflejado en la figura de su abuelo, lo había separado de lo que todo el mundo buscaba o anhelaba vivir. Cuando había logrado alejarse de esa utopía, el muy tonto se dejó embaucar por aquella niñita de mirada aguamarina que lo embrujó, y no supo ver que se trataba de su castigo.

Llegó al riachuelo sin resuello. Allí tenía tan buenos recuerdos que dos lágrimas se desprendieron de sus ojos. Su mente, a cámara lenta, procesó cada uno de ellos y, a medida que los visionaba, se juró que cuando tuviese la oportunidad, Tina Ulloa pagaría las migajas en las que él se estaba convirtiendo.

Ese día llegaría.

Ese día lo saborearía como el último de su vida.

Magdalena sonrió exultante. Por fin, pudo respirar tranquila. ¡Más aún! Ya podía conciliar el sueño que un año antes le habían arrebatado. Paladeaba las mieles de la gloria; se regocijaba en ese añejo rencor que manaba en su sangre desde hacía décadas y que ese día ardió de nuevo en sus venas, al prender las llamas de la venganza debido a la ejecución perfecta de su plan.

Nadie se reía de ella.

Nadie le mentía.

Nada se le ocultaba.

Nadie, ni su nieta, la humillaban, como hizo aquella tarde cuando eligió al pequeño Huría en vez de a su abuela.

Su amplia sonrisa era la imagen de la victoria.

—Señora Magdalena...

—No digas nada, Rosario —la interrumpió Lena con severidad sin darse la vuelta—, es lo que debo hacer. Es mi ley.

Esas tres últimas palabras fueron la síntesis del hecho consumado.

Capítulo 23

El sabor de ese último verano

Tirada en el suelo, con las rodillas recogidas contra mi pecho, seguía esperando a que mi padre diese señales de vida. Esa que a mí se me escapaba a cada pequeña bocanada de aire que tomaba. Aun así, me ahogaba en mis propios sentimientos; en ese alarido que todavía estaba anclado en mi garganta. Me dolía el pecho; los ojos me escocían de tanto llorar. Era un mero harapo inservible por el dolor. Esa sensación humana de la que todo el mundo huía, pero en la que todos caímos, me había raptado el alma, me había vapuleado el corazón y me había descuartizado hasta no dejar nada de mí.

«Pretende disfrutar de la libertad que tiene en Francia, le dijo Lucas a tu abuelo, no quiere ningún tipo de relación y ahora no sabe cómo romper contigo. Si no me crees, llámalo». Lo hice. Quería que él me lo dijera; escucharlo de su propia voz, que diera la cara como una persona decente. Me equivoqué. No lo era. No tuvo la valentía de descolgar. Los tonos sonaban al otro lado de la línea; quizá esperaba a que me cansase y, al insistir demasiado, conseguí el efecto contrario: apagó el móvil.

Mi abuela aquella mañana me había dicho la verdad: «El desamor es el sentimiento verdadero, la bofetada que te despierta y te llama tonta a la cara». La tomé por loca y no lo estaba. Ella, en algún momento, lo experimentó. El arrepentimiento me revolvió las tripas. Hacía casi un año que la había abandonado, cuando más me necesitaba, cegada por un mal amor. No la escuché, embaucada por un chico que, como muchos otros, te utilizan hasta encontrar a otra. Sí, eso fue lo que pasó: Pablo me cambió por otra.

El rencor me recorrió de pies a cabeza. Rencor hacia todos, empezando por mi abuelo, ¿cómo podía ser tan sucio y rastroso? ¿Me había mentido el

año pasado? ¿Para qué me había empujado a esa historia? ¿Con qué fin? Nunca me habría esperado algo así de él. Lágrimas amargas volvieron a brotar de mis ojos, corrieron por mi piel y se suicidaron en la fría madera del suelo.

Morir.

Morirme era lo que quería para terminar con ese sufrimiento que me reventaba por dentro.

Me maldecía por haber sido tan tonta; por haberme creído las mentiras de mi abuelo, de Lucas y, del que más, de Pablo. «Él solo quería un polvo», me dijo una voz en el interior de mi cabeza. Era tal el dolor al darme cuenta de ese detalle que, si pudiera, me arrancaría la vida para fallecer y terminar con todo cuanto antes.

El primer amor. Ese mito del que todo el mundo hablaba maravillas, se cobró conmigo la felicidad de otros. Él era uno. Mientras comenzaba su vida en Francia sin mirar atrás, yo me desangraba tanto que ya ni tenía sombra, porque yo era la sombra del ayer. No obstante, me quedaban fuerzas suficientes para prometerme que jamás volvería a pisar Galicia.

En ese instante, irrumpió el sonido del teléfono en la biblioteca. Como un resorte, me levanté y lo cogí.

—Papá...

—Cariño, ¿estás bien?, ¿qué ocurre? Me preocupó...

—Quiero irme a Madrid —hipé—. Por favor papá, quiero regresar —sollocé, desesperada.

—Tranquila, cuéntame qué...

—No me dejes aquí, papá, por favor...

—Haré todo lo posible —comentó en tono nervioso. Hubo una breve pausa—. Te prometo que hoy duermes en Madrid. Lo arreglaré para que así sea.

Colgó sin despedirse, aunque con una promesa.

Me senté en el suelo con la espalda apoyada en el escritorio y la vista

perdida en algún punto invisible de la alfombra.

Ese fue mi primer recuerdo amargo del amor, pues las lágrimas que mis ojos vertían eran aquellas que mi corazón no podía. Y dolían. Ese indecible dolor me rasgó las venas, abrió una profunda herida cuya cicatriz se convertiría en una espina que siempre sangraría por Pablo. Pensar en él produjo que mi pecho se quedara hueco, sin vida. Una lazada oprimía mi garganta, me cortaba la respiración y me hacía tragar con dificultad. Y en mi boca, el sabor de ese último verano permaneció durante años.

NOTA DE AUTORA

El sabor del último verano es una historia de amor y pérdida. De cómo se puede vivir el primer amor y de cómo se sufre cuando lo pierdes. Cada uno de sus personajes tiene su propia historia y se conocerá en *El fino hilo de la mentira*. Espero que caiga en vuestras manos muy pronto.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no tendría sentido sin dos personas que formarán parte de ella para siempre. La primera, Lola Gude (Selección de Bdb), que durante una conversación me dio el empuje para lanzarme a contar, en pocas páginas, lo acaecido en la vida de los protagonistas aquel verano. La segunda, Érika Gael. No es solo una profesora de un taller de escritura, es más una amiga. Entre risas, charlas en las que diseccionas, sin darte cuenta, la novela, se cuelan consejos, palabras de ánimo, a veces de consuelo. Gracias por todo lo que me has enseñado y, sobre todo, por tu paciencia.

A Caroline March. Mi amiga del alma que, sin tener terminada la novela, así como quien no quiere la cosa, me preguntó: «¿Me la vas a enviar?». Por supuesto, todas y cada una de las que escriba. Gracias por todo: charlas virtuales, recomendaciones compartidas, los consejos. En fin, gracias por estar ahí y ser una gran amiga.

A Bea, por comprender esos meses en los que estuve enclaustrada (por la novela y otros motivos). Por esas largas charlas telefónicas, por las teorías, hipótesis compartidas que van surgiendo en nuestras vidas. Te he robado para el personaje de Noa, la ocasión lo merecía.

A mis tres mosqueteras (compañeras) de A merced de las musas: Isa, Maria, Marion. Chicas, sois la gran sorpresa de este mundillo de la escritura y las mejores compañeras de viaje. Espero que las risas, nervios, *frikismo* a niveles máximos, lecturas, no se terminen. No cambiéis nunca.

A todas mis chicas del grupo de WhatsApp. Por vuestro ánimo y apoyo incondicional. Por vuestro interés en lo que hago. Aunque a veces no me pronuncie o llegue tarde, estoy con vosotras.

A mi familia, por compartir conmigo este momento tan feliz en mi vida. Gracias por vuestro apoyo.

La historia de Tina y Pablo continúa en:

El fino hilo de la mentira

Capítulo 1

Volver

«Ve a Galicia, pon tierra de por medio, distánciate, y tómate tu tiempo para pensar», me había aconsejado Noa.

No lo veía ni tan bien, ni tan claro, al recordar la manera en la que salí, aquel último verano, jurando no regresar. ¡Vaya tontería! Si lo hubiera sabido antes, no lo habría hecho. Trece años después la rompía, ya que había regresado a ese pozo negro que tanto tardé en tapar y del que no sabía si había salido alguna vez.

Adolorida, cansada, con el alma ametrallada por los disparos que me regaló la vida, además de la sensación abrumadora de que el aire que respiraba no me llegaba a los pulmones, caminé hacia el jardín para postergar el momento de entrar de nuevo en aquella casa. Según tenía entendido, constaba de tres niveles: el principal, en el que se asentaba la casa; en el segundo, los rosales, las hortensias y otras plantas ornamentales creaban una estampa única y a veces era posible captar su increíble aroma, dependiendo de cómo soprase el viento, desde cualquier habitación; por último, el sector destinado a las vides, con las que, otrora, se elaboraba vino para consumo propio. No sabía si se continuaba haciendo. Nunca se me permitió acercarme a esas dos últimas, porque la finca tenía un pronunciado desnivel a causa del

acantilado que se inclinaba peligrosamente hacia el mar.

«Tina, juega por donde pueda verte». Volví la vista y ahí estaba mi abuelo, con su habitual sonrisa paternal, los ojos entornados por el sol, siempre avizor. Esa falsa visión estrujó mi garganta provocando que tragara varias veces para controlar las emociones que se agolpaban en mi pecho. Miré al frente y, en esos escasos segundos, la vegetación parecía sacada de un lienzo de cualquier museo del mundo. Era como si no hubiese cambiado, excepto una cosa: yo.

Ya no era aquella niña a la que controlar, pues muchos años hacía que la habían descuidado, sino una mujer que regresaba en un último intento por curarse y no dejarse arrastrar por la angustia en la que estaba sumida, que la consumía sin nadie percatarse de ello y se alimentaba de las pocas fuerzas que su mellado cuerpo retenía.

Era la última oportunidad que me daba a mí misma para recomponer mi vida o simplemente seguir viviendo.

De repente, el sol me quemaba la piel, la cuarteaba, la desprendía de los huesos como si no estuviese acostumbrada a esa abrasadora exposición. Me froté los brazos con las manos; debía aliviar esa horrible impresión y me refugié entre los árboles. Paseé sin prestar atención a mi alrededor, abstraída en mis recuerdos. Me convertí sin darme cuenta en mi propio fantasma hasta que un bulto, en uno de los castaños, me llamó la atención. Giré sobre mis pies reparando en la vieja casa del árbol, pero mis ojos me fallaron y fueron más allá. Cruzaron el acantilado hasta la otra casona, aquella a la que un día acudí desesperada y me dio cobijo. Movida por una mano invisible apoyada en la parte baja de mi espalda, caminé hipnotizada hasta el borde. A esa distancia percibí que había movimiento en la casa; al menos una ventana estaba abierta, por la que se colaba, flotando, la cortina. Alguien la cogió y de inmediato cerró.

«La casa está habitada», me dije consternada.

Un escalofrío me atravesó entera al tiempo que un rayo eléctrico me recorrió el cuerpo destruyendo los restos latentes de mi corazón, si todavía

quedaba alguno. Hacía mucho tiempo que no lo sentía.

El peligro inminente que se desprendía de esa imagen me llevó a pedir que no fuese él quien estuviese allí.

Si te ha gustado

El sabor del último verano

te recomendamos comenzar a leer

Secretos bebidos en el agua

de Sara Lis

SARA LIS

Secretos bebidos en el agua



B

SELECCIÓN

Juvenil paranormal

—¿Cómo es posible? ¿Cómo he podido ser tan idiota? Y mira que se veía venir, que todo el mundo me lo decía, pero yo pensaba que esta vez sería diferente, que conmigo se portaría mejor que con las otras. ¡Mira que soy ingenua a veces!

Marta se hacía estas reflexiones en voz alta mientras conducía por la autovía de Madrid a Cartagena. Las gasolineras y mesones pasaban unos detrás de otros rápidamente a ambos lados de la carretera dejando una estela de vacío a su alrededor. Tras varios años trabajando sin descanso había decidido pedirse seis semanas de vacaciones para aclararse las ideas. Bueno, sería más justo decir que no tuvo otra opción, los responsables de la cadena fueron bastante tajantes al respecto, su situación sentimental estaba haciendo mella en el *share*, y eso no se podía permitir. En un primer momento las audiencias aumentaron porque a todo el mundo le gusta conocer las miserias de los demás, pero después, viendo que Marta no entraba al trapo y seguía con su vida como si no hubiera pasado nada, la gente perdió el interés y se pasaron a ver otros programas donde daban más carnaza y ahondaban más en las desgracias ajenas.

Porque ya es malo que tu novio te sea infiel, pero es peor ser portada de todas las revistas y tema de discusión en varias televisiones. Pero claro, eso es lo que pasa cuando «tu novio» es un jugador del Real Madrid y «tú» eres presentadora de un programa de cotilleo de máxima audiencia.

—No, no es culpa mía, no es que yo sea idiota, es que él es un cabrón. Y esa rubia con la que estaba... Prefiero ni pensarlo, porque no creo que pudiera decirle cosas demasiado bonitas. ¡Valiente pécora! —Sacudió la cabeza al decir esto y su larga melena morena se movió al compás.

Instintivamente, mientras conducía, pisó el acelerador, como si quisiera atropellar esos sentimientos, pero en seguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió a levantar el pie. Lo último que necesitaba ahora era un escándalo por exceso de velocidad. Suficiente mal estaban ya las cosas como para encima volver a ser portada de nuevo. Los kilómetros volaban mientras ella se dirigía a su ciudad natal. Volver siempre la reconfortaba porque veía a

su familia y se reencontraba con sus amigos, pero esta vez todo era diferente. No le apetecía encontrarse a nadie pues veía la pena, la piedad o incluso el sentimiento de que ella solita se lo había buscado en los ojos de los demás. Su novio, «exnovio» se corrigió mentalmente, era un mujeriego empedernido antes de conocerla a ella, y por lo que reflejan las últimas ediciones de las revistas del corazón, después de conocerla siguió con sus antiguas costumbres a pesar de prometerle que cambiaría. Sintió de nuevo ganas de acelerar con lo que trató de distraerse poniendo uno de sus CDs favoritos en el reproductor del coche.

—Venga chicos, cantadme un poco. —Y subió el volumen de la radio, con la música alta no podría escuchar sus pensamientos. Y se dejó invadir por el ritmo de One Republic. Y con los acordes de *Counting Stars* se sumergió en una conducción intranquila hacia su ciudad natal.

—Muy bien, esto ha estado tranquilo estos últimos días, pero eso no significa que nos tengamos que dormir en los laureles.

—Entendido, jefe.

—¿Seguro? Porque tienes cara de no estar despierto todavía —le recriminó el inspector Martínez a su subalterno mientras lo miraba de reojo.

—Claro que sí, aunque no negaré que necesito un café —respondió Raúl al tiempo que iba derecho a la cafetera de la oficina. Moviéndola con gracia y se sirvió una generosa taza de café con dos azucarillos.

El ambiente en la brigada de la Policía Judicial era bastante relajado ese lunes por la mañana. La luna llena había pasado y ahora tenían por delante una semana que se antojaba más tranquila que la anterior. Es un dato curioso y mucha gente no se lo cree, pero las estadísticas están ahí, cuando hay luna llena, los crímenes se disparan. Cada uno de los miembros se dirigió a su mesa, pues siempre había trabajo que hacer, aun cuando parecía que la situación estaba calmada. La brigada de la Policía Judicial tenía una parte de la tercera planta para ellos, las mesas estaban alineadas junto a los grandes

ventanales para aprovechar al máximo los trescientos días de sol al año de los que orgullosamente presumía Cartagena. Era un ambiente que conjugaba perfectamente lo moderno con lo funcional. Al fondo, tras una puerta de cristal al ácido, se encontraba el despacho del jefe de la brigada.

El «jefe» era el inspector José Antonio Martínez, aunque sus subordinados le llaman *Horatio* a sus espaldas por su parecido con el jefe de C.S.I Miami. Nada más poner un pie en la puerta de la comisaría para salir a la calle, sacaba de un bolsillo del uniforme sus gafas de sol espejadas, para deleite de su equipo, que se reía a escondidas. Rondaba los cincuenta, aunque nadie sabía con exactitud qué edad tenía y ninguno había osado nunca entrar en la base de datos nacional para comprobarlo. Tenía el pelo castaño claro salpicado de innumerables canas y unas arrugas bordeaban sus ojos dándole un aspecto de sabio consejero. A pesar de su edad, se mantenía en forma y sus amplios hombros quedaban ceñidos dentro de los jerséis de hilo que solía llevar.

Horatio había conseguido formar un buen equipo con el paso de los años. Eran personalidades muy distintas, pero que cuando se juntaban trabajaban estupendamente.

En la brigada podíamos encontrar a Pilar, o mejor dicho, *la Pili*, la secretaria de la unidad que ponía un punto de humanidad y de sentido común al equipo. Era un poco bruta hablando, pero con un corazón de oro, aunque a veces sus modales no lo demostrasen. Una mujer que de joven fue realmente guapa y que ahora aún conservaba parte de su atractivo aunque estuviera más regordeta y el tiempo no hubiera pasado en balde. Es amable y dicharachera y se comporta como la madre de todos los de la brigada. Pablo Romero, uno de los mejores investigadores, tranquilo, tímido y sereno, pero a quien no se le escapaba una. Cuando no se encuentra trabajando aprovecha para salir a navegar pues es un apasionado de la vela. Susana Gutiérrez, la chica del equipo, parecía una princesita porque era delgada y con carita de niña buena, pero era una de las personas más duras de toda la unidad. Se giró a mirar por la ventana y el sol extrajo reflejos color oro de su cabello rubio. Tecleaba a

gran velocidad un informe en el ordenador con sus largos dedos de color porcelana. Y por último tenemos a Raúl Albaladejo, que aún estaba apoyado de espaldas en la mesa de la cafetera. No pudo reprimir un bostezo cuando finalmente cogió su taza y se la llevó a su mesa. Este era una mezcla entre Sonny Crockett y Austin Powers, siempre de buen humor, con la palabra justa para hacer sonreír a todo el equipo. Su altura y su envergadura evidenciaban su pasado como boxeador semiprofesional. Unos ojos verdes como la menta que se le echa a un té moruno y una sonrisa con blanquísimos dientes son su seña de identidad. Le cuesta tomarse la vida en serio, pues tiene muy claro que no va a salir vivo de ella, por eso siempre bromea y su buen humor se acaba contagiando a todos los miembros del equipo.

Llevaban unos años trabajando juntos, y habían conseguido resolver algunos casos bastante interesantes. Uno, de hecho, fue hace unos años, cuando pillaron a un asesino en serie que estaba trabajando en Cartagena y que llenó el litoral de asesinatos rituales con una cuidada a la vez que macabra puesta en escena. Fue una noticia que catapultó al equipo de *Horatio* a lo más alto. Fueron portada de todos los periódicos y concedieron varias entrevistas en la televisión nacional pormenorizando los detalles del caso y cómo fueron capaces de resolverlo para encontrar al asesino. Desde entonces, y gracias a Dios, habían tenido casos más sencillos. Nadie quiere vérselas con un asesino en serie todos los días.

El jefe se encaminó tranquilamente hacia su despacho pasando su mirada despacio por sus subordinados. Se rascó la sien de forma automática con el pulgar de la mano derecha pensando que esta calma es la que precede siempre a la tormenta. Al llegar a su mesa se sentó disgustado en la silla, tenía un mal presentimiento, las cosas iban a ponerse feas de un momento a otro.

—Va a salir mal. No puede salir bien.

Ella murmuró las palabras, casi susurrando, con el miedo dibujado en las comisuras de los labios y en sus profundos ojos castaños. La habitación

estaba casi en penumbra, una pequeña ventana con la persiana hasta la mitad dejaba entrar unos rayos de sol que parecían aletargados y faltos de vida. La luz se reflejaba en la pintura color pastel de las paredes y se escurría hasta bañar suavemente los muebles que cubrían las paredes de la habitación. Estaban sentados en una cama con un cabecero de madera maciza rematado por querubines regordetes. A ella nunca le había gustado esa cama, le había inspirado desconfianza y algo de aprensión el hecho de tener que dormir bajo la mirada de esos niños ángeles. Él se había reído de ella aduciendo que eso no eran más que tonterías y ella había acatado sus órdenes, como siempre hacía, pues él era lo más importante de su vida. Fue él quien consiguió sacarla de aquel horrible barrio y ofrecerle una vida más o menos de verdad.

—Deja de decir eso, ya está hecho y no podemos volver atrás. Hicimos lo que teníamos que hacer para salvar el pellejo, ahora ya no es nuestro problema.

Él trataba de mantener la calma, aunque por dentro era un hervidero de sensaciones encontradas. Miraba al techo distraído intentado que ella no se diera cuenta. Le costaba admitir que ella pudiera tener razón, aunque eso pasaba bastante a menudo. Recordó la vez que le dijo que no le gustaban los ángeles regordetes del cabecero de la cama, él se había reído de ella y sin embargo, con el paso del tiempo, él había comenzado a detestarlos también. ¿Podría tener ella razón ahora también como ya la tuvo con los querubines?

—Siempre será nuestro problema, ¿es que no lo ves? —preguntó ella, apelando a su humanidad, reconectándolo con su lado bueno. Él estaba decidido, no daría su brazo a torcer y las cosas se harían a su manera.

—Veo que te estás comportando como una histérica, que si sigues así nos pillan fijo. Así que cierra la boca y trata de parecer tranquila.

No le gustaba la idea, pero no sabía qué otra cosa podían hacer. Ella respiró hondo, se concentró en su respiración, en sentir cómo el aire entraba y llenaba sus pulmones lanzando el diafragma hacia abajo. Luego, muy despacio, exhaló el aire, lo fue soltando poco a poco. Repitió esta operación varias veces, aire dentro y luego fuera, hasta que consiguió calmarse. Se

ajustó la falda, sacó una de sus mejores sonrisas y decidió salir a enfrentarse a la vida con la mentira que les había tocado vivir.

Paso rápidamente a ver a su madre y a recoger la llave de la casa de la playa. Su madre no dijo nada, pero tenía la frase «te lo advertí» escrita en la mirada. Era una mujer prudente, y sabía que su hija estaba pasando por un mal momento, así que decidió no añadir más leña al fuego; pero Marta sabía que le tocaría una charla con ella tarde o temprano. Prefería que fuera tarde, su madre siempre acababa ganando ese tipo de discusiones. Se montó en el coche y el espejo retrovisor le devolvió unos enormes ojos color avellana, detrás de ellos su madre seguía en el porche con los brazos cruzados y los labios apretados. Se despidió con un gesto de la mano que su madre le devolvió segundos antes de darse la vuelta y meterse en la casa. Se marchó dejando un rastro de perfume en el ambiente y un murmullo de ropa almidonada tras de sí. Terminadas las formalidades con su madre, se dirigió rumbo a la casa que sus abuelos tenían en la playa.

—¡Maldita cerradura! Sí que tiene que hacer tiempo que nadie la usa porque está atascada —se lamentó en voz alta mirando alrededor por si había alguien capaz de echarle una mano. Trató de girar la llave al mismo tiempo que empujaba con el hombro y, tras un momento de indecisión por parte de la puerta, las bisagras cedieron y esta finalmente se abrió.

El olor a polvo era bastante insoportable, así que no perdió ni un segundo y lo primero que hizo al entrar fue abrir todas las ventanas y dejar que el aire marino inundara la casa. Miró alrededor contenta, no era el Palacio de Buckingham, pero para seis semanas podría bastar.

Su madre le había dado la llave de la casa de verano de sus abuelos. Desde que ella y sus primos crecieron apenas la usaban. Su hermano la debe haber utilizado en alguna ocasión para pasar un fin de semana con sus amigos, pero eso era todo. La casa seguía teniendo esos horribles muebles que recordaban de forma muy directa a los ochenta con estampados imposibles y tejidos más imposibles todavía. Decidió dejar la maleta en la entrada y sacar el portátil.

Tuvo que apartar un búho hecho con conchas y una caracola de escayola de la mesa delante del sofá para poder hacer sitio. La funda de flores del sofá estaba polvorienta, se dijo que debería poner una lavadora si no quería morir de un ataque de asma. Además, tendría que pasar por la tienda a comprar algunas provisiones, porque salió corriendo de Madrid y solo llevaba consigo medio paquete de Chips Ahoy y varias latas de Coca Cola light.

Ya se dedicaría a todo eso más adelante, ahora no tenía ni las ganas ni el coraje de ocuparse de algo tan mundano. Sintió una presencia a su lado y Loken se echó a sus pies. Era el labrador dorado que el futbolista le había regalado cuando empezaron a salir. Él ya podía ponerse como quisiera, pero el perro no se lo pensaba devolver.

—Venga, vamos a darte de comer, chico guapo. Tú al menos no me traicionarás. —Le puso algunas de sus croquetas en su plato y aprovechó para salir al porche a respirar el aire salado.

Sus abuelos tenían una casa enfrente de la Playa de Levante en Cabo de Palos. Era una pequeña construcción de paredes encaladas, con una puerta que en otra época fue de un azul muy vivo, y ahora era una mezcla de azul oscuro y gris. Hacía años que no entraba en esa casa y le sorprendió lo poco que había cambiado. No se puede decir lo mismo del entorno, antes había pequeñas chalés como los de sus abuelos a un lado y a otro, ahora había chalets muy lujosos, varios con piscina y todo. Siempre pensó que era un estupidez tener piscina teniendo el mar justo delante. ¡Y qué mar! El Mediterráneo, fiero y tranquilo, profundo y antiguo. Era algo que había echado muchísimo de menos en Madrid, allí no hay mar. No se había dado cuenta de lo mucho que lo añoraba hasta que volvió a tenerlo delante. Cerró los ojos un instante saboreando el salitre del aire y dejándose mecer por el arrullo constante de las olas.

Salió un poco al paseo marítimo, a la izquierda se veía la Manga, con sus monstruosas construcciones que se abarrotaban en verano de turistas ávidos de un trozo de arena y de unas cuantas olas. Estábamos en pleno mes de abril, ya había pasado la Semana Santa y el tiempo había refrescado un poco, con

lo que no había turistas, la Manga estaba prácticamente desierta. Si miraba a la derecha ahí estaba el faro. Su abuelo siempre le contaba la historia del faro y ella lo miraba fascinada mientras representaba la construcción y cambiaba las voces para ser unas veces el farero, otras el rey y otras un pirata berberisco. El faro fue al principio una torre de vigía que se construyó en el siglo XVI para defenderse de los piratas, pero siglos después, en el XIX, fue demolida, y sus sillares se emplearon en la construcción del nuevo faro. «Los cartageneros no olvidamos nunca nuestra historia, la reciclamos y la volvemos a integrar en nuestras vidas», le había dicho su abuelo una vez.

Entró de nuevo en la casa, cogió la correa de Loken y una chaqueta, saldrían a dar un paseo. Le sentaría bien caminar por la playa desierta. A Loken le volvía loco la arena. Es curiosa la atracción que ejerce el mar en un perro nacido en Madrid, cuando estuvo de vacaciones en la costa con el futbolista...

—No, no vamos a pensar en él, ¿verdad, Loken? Ahora vamos a pensar solo en nosotros.

Y dicho esto, bajó los escalones que separan el paseo marítimo de la playa. Loken salió disparado a meterse en el mar, pero nada más tocar el agua con las patas dio media vuelta. Por lo visto no estaba preparado para la temperatura del agua en abril. Estuvo tentada de quitarse los zapatos y pasear descalza por la arena, pero al ver la reacción de su perro se lo pensó mejor, no parecía sensato andar descalza en pleno mes de abril, por muy en la costa mediterránea que se encontrara. Suspiró y se dispuso a dejar su mente vagar perdiéndose en el murmullo de las olas y la brisa mediterránea.

—¿Cómo has visto a la niña?

—Estaba bien. Me la esperaba más triste, más deshecha, pero supongo que ya no es nuestra pequeña. Ya se ha hecho una mujer, podrá lidiar con esta ruptura —lo dijo con la boca pequeña, pues no quería preocupar a su marido, aunque ella tampoco estaba muy convencida de sus palabras. El rápido encuentro con Marta solo había servido para dejarla aún más intranquila,

desaparecer durante seis semanas en Cabo de Palos no le parecía la mejor solución al problema, ella hubiera preferido que se quedara con ellos en casa. Así podría consolarla como cuando era pequeña y venía buscando refugio en su regazo tras caerse del tobogán y hacerse un rasguño.

—No es solo una ruptura, es el escarnio público, es salir en prensa, en que tu nombre se asocie a un malnacido que no tiene huevos para ser un hombre de verdad. —Fernando, el padre de Marta, siempre había sido muy temperamental, sobre todo con los asuntos que atañían a su hija.

La pareja estaba hablando en la cocina de la casa de los padres de Marta. Era un dúplex con jardín que se encontraba en uno de los barrios de la periferia cartagenera donde últimamente había habido una gran expansión inmobiliaria amparada por la ya célebre burbuja del ladrillo. Ellos fueron de los primeros en comprar, antes de que los precios se dispararan y se volvieran prohibitivos para la mayoría de los mortales a menos que quisieran ver sus destinos enlazados con el del banco al menos en treinta años. Así que bien podían decir que habían sido afortunados.

La cocina la habían ido ampliando con el paso de los años ganándole terreno al patio que, desde que se fueron los hijos, ya apenas utilizaban. Era una estancia bastante amplia con una gran mesa de comedor donde reunían a la familia para las grandes ocasiones y electrodomésticos metálicos de última generación que daban un aspecto un tanto industrial a un espacio moderno pero hogareño.

—Vale, Fernando, vale. Yo también estoy cabreada, ese futbolista no me gustó nunca, pero es a quien Marta eligió, así que no nos quedaba otra que aguantarnos. —De nuevo dijo esto para calmar a su marido, no porque realmente lo pensara—. Además, tú conoces a tu hija, sabes que si le hubiéramos dicho que no nos gustaba, se hubiera comprometido con él, se hubieran ido a vivir juntos o cualquier cosa similar. Ya la conoces, es una cabezona que no soporta que le digan cómo tiene que hacer las cosas. No se puede negar que es hija tuya —dijo señalándole con el dedo de forma acusadora.

—No sé de qué me estás hablando, mujer. —Y le dedicó a su esposa una sonrisa sincera. ¡Qué bien lo conocía Irene! Más de treinta años de matrimonio, con sus altos y sus bajos, evidentemente, pero aún seguían teniendo esa complicidad propia de los primeros años de matrimonio. Fernando se levantó pesadamente de la silla de cocina en la que estaba sentado, los años no estaban pasando en balde y ya comenzaban a resentirse sus rodillas si pasaba demasiado tiempo en la misma posición. Se acercó a su mujer y la abrazó por detrás dándole un beso en el cuello.

—Vamos a darle tiempo para que se instale, y el fin de semana la invitamos a casa a comer paella. Se lo podemos decir a su hermano también y nos reunimos todos —dijo Irene ilusionada.

—Los vecinos van a pensar que es Navidad, porque solo en esa fecha nos ven a todos juntos comiendo en casa —añadió Fernando con una sonrisa irónica que no solo se quedó en los labios, sino que subió decidida hasta sus ojos.

—¡Eres imposible! Ya sé de dónde ha sacado la niña eso también. —Pero no pudo evitar sonreír, pensando que su marido tenía razón. Hacía ya varios meses que no se juntaban todos, el trabajo de Marta en Madrid le dejaba poco tiempo libre y, cuando tenía unos días de descanso, solía irse con su novio de turno o con sus amigas. Es una vida que a ella le costaba trabajo comprender, pero que tenía que respetar. Además, ahora estaba aquí, su pequeña ha vuelto a Cartagena, seguramente será sólo cuestión de tiempo que deje la cadena de televisión para sentar cabeza aquí. O al menos, con eso soñaba Irene cada noche.

Le dejaría unos días para que se instalase con tranquilidad en la casa de la playa, y después la llamaría para proponerle la comida. Sin más dilación, se puso a hacer mentalmente la lista de la compra anotando todo aquello que necesitaría para una auténtica paella familiar.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Pablo mirando por encima del hombro de su compañera el papel que ella sujetaba en la mano.

—Un folleto sobre apartamentos de vacaciones, estoy pensando irme unos días en el puente de mayo. —Susana lo dijo mitad hablando mitad suspirando de ganas.

—¿Y se te ha ocurrido ahora? Ya tiene que estar todo pillado desde hace meses.

Pablo apenas levantó la vista del informe que estaba leyendo, se pasó la mano por el pelo castaño y se ajustó las gafas de pasta con un dedo apoyando sobre el puente de la nariz. Siempre había sido el más cerebral del equipo, y no es algo que comenzara en la edad adulta, ya siendo un adolescente siempre había sido el más responsable de su pandilla. Era analítico y eso lo hacía en ocasiones parecer frío o insensible, cuando en verdad solo era una fachada protectora tras la que esconder su más que evidente timidez. Nunca había destacado en los estudios ni en los deportes, siempre había estado en el medio, bien protegido dentro de la masa, destacar no era su punto fuerte. Su pelo castaño caía en mechones desiguales sobre las gafas, que ocultaban unos ojos color miel llenos de inteligencia.

—Tú y tu manía de ser tan realista, Pablo. Déjame que disfrute pensando en que puedo pasarme unos días tranquila alejada de esta comisaría, y ¿por qué no decirlo? ¡De todos vosotros! —Les guiñó un ojo a sus compañeros mientras añadía esto último y los señalaba con el dedo.

—Vaya, princesita, no sabía que ahora te caíamos mal —rio Raúl desde detrás de su mesa.

—Os quiero con locura, pero eso no significa que no quiera un poco de tiempo para mí.

—¿Solo para ti? ¿No hay nadie que quieras que te acompañe? —añadió Pili, sumándose a la broma general.

—Si no tienes a nadie, sabes que yo me ofrezco voluntario, no imagino mejor plan que pasar un fin de semana con una belleza como tú. —Raúl le soltó una sonrisa de galán al tiempo que le guiñaba lascivamente un ojo.

—Bueno, dejadlo ya todos. En especial tú, Raúl —y apuntó airada con el dedo a su compañero, aunque no dejó de sonreír.

—Como el jefe nos pille hablando de vacaciones y de bellezas en vez de adelantando informes se nos va a caer el pelo a todos. Así que, chicos, a trabajar.

—Pablo, eres un cortarrollos... —masculló Raúl pero, dicho esto, se sumergió en sus papeles con cara de extrema concentración.

Susana echó un último vistazo al folleto promocional que había recibido en el buzón de casa y que había decidido conservar en vez de tirarlo directamente a la papelera de reciclaje. Es verdad que no tenía nadie especial con quien compartir su vida en ese momento, pero eso no implicaba que no pudiera pasar unas vacaciones divirtiéndose lejos de casa. Se le ocurrieron varios nombres de amigas que estarían interesadas en hacer el viaje con ella, nada de novios, solo chicas. La idea la hizo sonreír y pensó en ese viaje como en un capítulo de Sexo en Nueva York, beberían martinis y criticarían a los hombres. Ya había llegado a esa edad en la que irremediabilmente empiezas a preguntarte cuánto tiempo le queda a tu arroz antes de pasarse. No es que tuviera unos sentimientos maternales demasiado fuertes, pero imposible no darse cuenta de que en las bodas de sus amigos con los que compartió instituto la mesa de los solteros se iba empequeñeciendo peligrosamente y ella aún no había dado el salto a la mesa de los casados, o al menos, a la de los que tenían pareja. Aun así, no lamentaba su vida, le gustaba su trabajo, sus compañeros de equipo, y no lamentaba casi ninguna de las decisiones que había ido tomando a lo largo de los años.

Sí, un viajecito con las amigas le sentaría de maravilla, sería como en los viejos tiempos, solo chicas con ganas de pasárselo bien y de olvidar sus problemas, que para unas eran no tener aún pareja y para otras no tener casi tiempo libre justamente por tener una pareja estable.

—No ha ido tan mal, ¿no crees?

—He hecho lo que he podido, he sonreído, he respirado, y sobre todo, no he confesado lo que habíamos hecho.

Ella lo miraba con infinita ternura, sabía que todo lo que había hecho era

por los dos, por salvarlos, por encaminarlos hacia una vida lejos de la miseria que habían conocido en sus primeros años. Además, él estaba tan guapo cuando se ponía serio... Tenía la piel morena y la mandíbula fuerte y masculina que servía para encuadrar un rostro viril y unos preciosos ojos verdes.

A ella lo que más le gustaba eran sus brazos, con los músculos bien contorneados fruto del trabajo duro y de levantar pesas en casa cada noche antes de acostarse. Sus manos eran fuertes, con las palmas ásperas propias de aquellos que han tenido que ganarse la vida a fuerza de esfuerzo y trabajo. No le sobraba ni un gramo de grasa, la piel se pegaba a sus músculos dibujándolos debajo de la camisa azul celeste que ahora llevaba remangada justo por encima del codo.

Una sombra cruzó por su mirada antes de que añadiera en tono cansado:

— ¿Ya estamos otra vez con eso? No tuvimos más remedio. No le des más vuelta, por favor. Ahora ven aquí, sé una forma de que pares de pensar en eso

La atrajo con suavidad hacia sí y comenzó a acariciarle la nuca. A él también le estaba costando trabajo dejar de lado lo que había pasado, pero no iba a permitir que ese pequeño *percance*, como él lo llamaba, influyera en sus planes. No iba a volver a prisión, eso podía jurarlo. Además, sentía que esos horribles querubines no dejaban de mirarlo y de juzgar todo lo que había hecho en el pasado.

—Está decidido —dijo en voz alta sobresaltándola un poco—. Mañana tiramos esta cama a la basura y nos compramos una nueva. No prepares nada para mañana por la tarde que vamos a ir al Ikea a comprar algo que pegue más con nuestro estilo y que no tenga niños rechonchos en las esquinas.

Ella sonrió y le besó suavemente en los labios. Se acurrucó un poco más en el hueco de su pecho y apoyó la cabeza contra él sintiendo los latidos de su corazón al compás de su respiración. Notaba su pecho subiendo y bajando al tiempo que el corazón martilleaba sin descanso bombeando sangre hacia todo el cuerpo. Él siempre conseguía hacerle olvidar todo lo malo que había en su vida solo con unas cuantas palabras.

Loken se lo estaba pasando pipa. Iba lleno de arena, desde las orejas hasta la punta de la cola y apenas se apreciaba el color dorado de su pelaje bajo la montaña de arena que lo cubría. Había escarbado un hoyo enorme y luego se había revolcado en la arena, había vuelto a intentar meterse en el agua, pero había recapacitado en el último momento y había corrido playa arriba y abajo. Ahora parecía entretenido olisqueando un montón enorme de algas que estaba a unos cincuenta metros de donde ella se encontraba. Marta lo miraba divertida, cómo podía pasárselo tan bien con tan poco. Empezó a ladrar y a gruñir al montón de algas y ella no pudo retener una sonrisa. La playa estaba desierta, estaban solo ella, su perro y el mar. El cielo estaba de un azul claro y limpio y el Mediterráneo se reflejaba más bonito que nunca. La arena se hundía con cada uno de sus pasos dejando pequeñas marcas de la suela de sus deportivas.

Se paró y se puso a dibujar un círculo con el pie, dejó la mente en blanco y se transportó a los años noventa, a cuando venía a pasar los veranos con sus abuelos, su hermano y sus primos. La casa se llenaba de voces de niños, y de olor a pescadito frito que hacía su abuela en el porche bajo el gran alero de madera blanca y azul. Por las tardes bajaban a la playa y se pasaban horas jugando en la arena. Jugaban a saltar las olas, y a hacer carreras de natación, había que llegar hasta la boya y volver y, sobre todo, había que esquivar todas las medusas. Sí, ahora que estaba aquí lo recordaba con increíble claridad. Hacían concursos de castillos de arena con los niños de las casas vecinas, y salían a buscar conchas para decorar las almenas, y con palos de polo hacían el puente levadizo. Pero eso fue hace muchos años, antes de dejar Cartagena para irse a Madrid, antes de que el futbolista entrara en su vida. De repente se levantó un poco de viento y le dio un escalofrío, deberían ir volviendo a casa si quería lavar al perro antes de pasarse por el supermercado y comer a una hora decente.

—¡Vamos, chico, es hora de volver a casa! —gritó y el viento arrastró lejos sus palabras.

Pero el labrador no le hizo caso, siguió dando vueltas alrededor del

montículo sin parar de gruñir y ladrar.

—¡Venga, Loken! No te hagas de rogar, vámonos a casa que tenemos que bañarte.

El perro la miró durante un segundo, y luego volvió a ladrarle a las algas.

—Está bien, iré a por ti. Veo que hoy nos hemos levantado un poco rebeldes. —Y dicho esto, comenzó a andar en dirección al perro con la correa en la mano para poder llevarlo hasta casa.

Al llegar junto al perro trató de ponerle la correa pero él empezó a ladrar y a correr alrededor de las algas. Era un montículo de tamaño considerable y con un fuerte olor a algas en descomposición, seguramente había sido arrastrado por la marea de la noche anterior pues según le había contado su madre, llevaba dos días haciendo mucho viento y el mar andaba bastante revuelto. Por supuesto, terminó diciendo que tuviera cuidado si decidía bañarse pues las corrientes son fuertes en esta época y dado que estamos en temporada baja no habría nadie en la playa que pudiera socorrerla si se ahogaba. Su madre siempre había sido una agorera de primera categoría, y Marta tuvo prácticamente que jurarle que no se bañaría en el mar, algo que estaba claro que no pretendía hacer, ya que el agua fría del mes de abril no era algo que la tentara especialmente.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Hay algo en ese montículo? Seguro que es un pez o un pulpo y ahora sí que va a apestar la casa cuando volvamos — dijo dirigiéndose al perro directamente.

Se acercó para mirar más de cerca y vio a lo que Loken le había estado ladrando. No era un pez, y desde luego no era un pulpo, era una mano. Retiró con cuidado las algas para descubrir un cuerpo bajo el montículo.

—Bien, si queríamos pasar desapercibidos hemos empezado con mal pie, chico. Al menos sé exactamente a quién debemos llamar.

Sacó su móvil y marcó el número de una de sus mejores amigas, era una pena no llamar para ponerse al día y saber más sobre su vida, sino para decirle que su perro acaba de encontrar un muerto en una playa mientras ella trataba de que nadie supiera que estaba en Cartagena.

—Desde luego, Loken, mi vida se parece cada vez más a un libro de Jardiel Poncela.